Al dia siguiente de su llegada cayó enferma con un fuerte resfriado.

Tal vez guardando cama y tomando alguna precaucion hubiera podido salvarse; pero el afan que tenia de visitar el palacio, de correr los paseos de Madrid, en una palabra, la impaciencia de los pocos años y la debilidad de su esposo por complacerla agravaron su dolencia, y la infeliz no volvió á levantarse del lecho.

A los quince dias de su llegada á Madrid sucumbió, quedando Filiberto en posesion de la inmensa fortuna de su esposa.

Cundió la noticia de su llegada, de su desgracia y de su fortuna, y como es natural, sus antiguos camaradas acudieron á consolarle.

Poco á poco fué calmándose su pena, y al noticiar á Méjico la nueva del fallecimiento de su esposa, envió plenos poderes á una persona de toda su confianza para que consiguiera que le reconociesen como heredero legítimo de la difunta.

Al mismo tiempo daba sus instrucciones al mayordomo, diciéndole que vendiese la mina, que conservase para atender á sus necesidades en el resto de su vida el 5 por 100 de lo que produjera, y que le remitiera el resto á España por conducto del virey.

VI.

Como para emprender el viaje se habia provisto de fondos, podia aguardar á que la herencia viniera á sus manos y aguardar ocioso.

Ahora bien, la ociosidad, proporcionándole contínuas entrevistas con sus antiguos camaradas, y entreteniéndole en murmuraciones, le facilitó los medios de conocer la mayor parte de las debilidades que habia cometido durante su vida la marquesa de la Llana, y como esta, al ver perdidas sus esperanzas de enlazarse con el marqués del Puente, pensó que Filiberto, viudo y rico, podria reemplazar al marqués, hizo lo posible por atraerle á su lado.

Entonces fué cuando se despertó en el antiguo guardia de Corps el deseo de vengarse de ella.

Filiberto, que no podia olvidar su antigua vida de soldado, logró volver al real cuerpo, seguro de obtener entonces más éxito que nunca, toda vez que su fortuna le permitia los medios de favorecer á sus camaradas y obsequiarles con contínuos banquetes y francachelas.

En una de ellas, y cuando estaban á los postres, se habló, como sucede siempre en semejantes casos, de las mujeres más en boga.

La marquesa de la Llana dió más que ninguna pasto á la murmuracion.

Cada cual refirió una anécdota para dar á conocer las

debilidades galantes de aquella mujer, sus codiciosas intrigas y sus malévolas intenciones.

—Su última obra, dijo uno, es verdaderamente la más inícua.

Y despertando la curiosidad con esta proposicion, á ruego de los asistentes se vió obligado á referir la conducta que Matilde habia observado con la hija del marqués del Puente, haciéndola creer que su amante habia muerto en la guerra y obligándola á profesar en un convento.

—Estas noticias indignaron á Filiberto.

—Yo os ofrezco, queridos amigos, exclamó, castigar á esa infame mujer que durante tanto tiempo me ha tenido engañado.

—Pronto la castigarán sus acreedores, dijo uno.

—A pesar de su habilidad y su talento, añadió otro, son tantas las trampas que ha hecho últimamente, que no la dejan á sol ni á sombra, y el dia ménos pensado va á estallar de un berrinche.

—Lo que no impide, observó un tercero, que salga todos los dias á pasear en su carroza por el Prado de San Fermin y que se dé tono pasando por las gradas de San Felipe.

VII.

La conversacion terminó y todos se retiraron.

Precisamente en aquella misma noche recibió una car-

ta de la marquesa rogándole que fuese á verla sin pérdida de tiempo.

El guardia se excusó pretextando que no era prudente que un hombre que acababa de quedar viudo fuese á visitar á una señora jóven y guapa, pero que si tenia mucho interés en hablarle la esperaria en su casa al dia siguiente á las tres de la tarde.

La marquesa ofreció asistir, y Filiberto, de acuerdo con sus amigos, buscó á la mayor parte de los acreedores de Matilde y les dió cita para el dia siguiente á las dos en su casa.

Al mismo tiempo convidó á sus camaradas para proporcionarles el espectáculo de la divertida escena en que iba á desempeñar el principal papel.

Algunos acreedores acudieron á la cita, y Filiberto les manifestó que les habia llamado porque á las tres debia ir á verle la marquesa de la Llana, y como era tan difícil para ellos echarle la vista encima, creia dispensarles un favor facilitándoles lo que tanto deseaban.

VIII.

Preparadas las cosas de este modo, á las tres en punto llegó la marquesa en su carruaje hasta la puerta de la casa donde habitaba Filiberto.

Este salió hasta el coche, abrió la portezuela y se apresuró á dar la mano á la marquesa para que bajase.

Segun las instrucciones que habia dado á los acree-

La marquesa de Lallana manifestó su indignacion á Filiberto.

dores y á sus amigos Filiberto, en el momento en que la marquesa se apease del carruaje debian presentarse todos en la puerta de su casa.

Filiberto se acercó con la mayor finura á Matilde, y cuando ya habia puesto el pié en el estribo vió en el portal á los coristas de aquella escena.

Quiso retroceder, pero Filiberto, que ya tenia cogida su mano,

—Tranquilícese Vd., señora, la dijo; todas esas personas deben ser muy conocidas de Vd.

La marquesa de la Llana manifestó su indignacion á Filiberto.

—Es Vd. un miserable, le dijo. Creí tratar con un caballero y veo que me he equivocado.

—Yo tambien creí tratar en otro tiempo á una señora, y la verdad, estoy arrepentido de haber abrigado semejante creencia.

—Todo ha acabado entre nosotros para siempre, dijo la marquesa soltando la mano de Filiberto y volviéndose al carruaje.

—¿No quiere Vd. descansar en mi casa? Lo siento, porque podria Vd. haber ajustado sus cuentas con los que la esperan.

La marquesa no contestó una palabra más.

—¡A casa! gritó al cochero llena de ira.

Y partió el carruaje enmedio de los silbidos y de los hurras de los que presenciaron aquella escena.

IX.

Si hubiera tenido recursos la marquesa, hubiera comprado aquel mismo dia el brazo de un asesino para castigar á Filiberto.

Pero pronto trocaron su irritacion en desesperacion los acreedores, que al dia siguiente citaron ante los tribunales á la marquesa, obligándola á deshacerse de todo cuanto tenia para pagarles y á retirarse de Madrid avergonzada, como indicamos en el capítulo anterior.

La pobre pagó bien sus pecados en aquel destierro.

En cuanto á Filiberto se vió obligado á partir de nuevo para Méjico, porque surgieron dificultades que requerian su presencia.

X.

Tenemos que cumplir una promesa que hemos hecho á los lectores.

Darles á conocer lo que el abyecto pueblo de *pan y toros* fué cuando el látigo del invasor de España le despertó de su letargo.

Antes de trazar estos cuadros, que han de completar nuestro trabajo, veamos qué es lo que sucedió á los personajes más importantes de esta historia.

CAPITULO XXXVII.

—

Generosidad y abnegacion.

I.

Dejamos al marqués del Puente profundamente impresionado por la muerte de su hija y por el desengaño que habia sufrido al persuadirse de que la marquesa de la Llana habia sido la verdadera causa de todas sus desdichas impulsada por el vil móvil de la codicia.

Eran muchas las desgracias que experimentaba su corazon para que no se doblegase al peso de ellas.

Despues de haber sufrido durante muchos años atrás remordimientos por haber seducido á la madre de Dolores, si habia hecho desgraciada á su hija, obedeciendo á su noble impulso se proponia indemnizar á la jóven llevándola á su lado y labrando su felicidad.

Al poco tiempo de realizar este pensamiento, una pingüe herencia vino á facilítarle nuevos y poderosos recursos para llevar á cabo su propósito, y cuando ya creia haber haber vencido aquella série de desventuras, cuando le sonreia la idea de pasar el resto de su vida en apacible tranquilidad, disfrutando del amor y de la gratitud de su hija, del mismo sentimiento paternal,

aquellas mismas riquezas con que esperaba fomentarle despertaron en la marquesa de la Llana ideas codiciosas, y aquella mujer con su diabólica habilidad eclipsó de nuevo la estrella del marqués.

—¿Qué va á ser de mí? se decia. He perdido á mi madre; he presenciado la terrible agonía de mi hija y estoy convencido de que el único afecto que inspiraba ó creia inspirar en el mundo era vilmente interesado. Solo en el mundo, sin afecciones, sin esperanzas, ¿de qué me sirven las riquezas que poseo? No pueden ser más que un torcedor para mi alma, porque al recuerdo de la fortuna no podré ménos de experimentar un dolor cruel, viendo que de nada sirve cuanto poseo para ofrecer un poco de felicidad á los séres á quienes he hecho desgraciados.

II.

Dominado contínuamente por esta idea, concibió un pensamiento, y antes de realizarle consultó á su confesor, un venerable dominico de aquellos que con su ciencia y su virtud hacian olvidar á las personas honradas y buenas las debilidades de algunos otros frailes.

—Padre, le dijo, ha muerto mi hija. Para encontrar algun destello de su alma necesito dirigirme al corazon del hombre que la ha amado, y á quien ella consagró todo su afecto. Ese hombre es honrado y pundonoroso; ha sacrificado su porvenir á su desesperacion. Yo necesito que sea dichoso, porque solo de esta manera podré

creer que lo es mi hija. Confiando en la misericordia de Dios, presumo que esa pobre mártir podrá ver desde el cielo el bien que yo dispenso en nombre suyo y me bendecirá. Así pues, padré mio, he pensado dividir en tres partes mi cuantiosa fortuna. Una para Antonio Delgado, que es el hombre á quien amó mi hija; otra para los pobres; la otra, en fin, para un convento, en el cual entraré á acabar el resto de mis dias. ¿Qué os parecen mis planes, padre mio?

—Que os los inspira Dios, contestó el dominico. Sí, amigo mio; esa resolucion que habeis tomado es la única que puede ofrecer alguna tranquilidad á vuestro espíritu. Cuando el hombre llega á una situacion semejante; cuando rompe todos los lazos que le ligan á la tierra, lo primero que debe hacer es desprenderse de los bienes terrenales para olvidar las preocupaciones que producen y poder consagrarse por completo á la meditacion, á la oracion.

III.

Animado por el beneplácito del dominico, emprendió su viaje á Sevilla, y preguntando por Pepe-Hillo, no tardó en ser conducido á su casa.

Antes de emprender el viaje formuló en toda regla la donacion inter-vivos de la tercera parte de su fortuna para que entrase desde luego en posesion de ella Antonio Delgado.

La otra parte la donó de la misma manera á los es-

tablecimientos de beneficencia, y conservó la tercera con ánimo de entregarla al tornar de su viaje al convento de la Merced, en donde se proponia tomar el hábito.

El marqués fué recibido con la mayor cordialidad en casa del torero.

Todavía no se hallaba Pepe-Hillo completamente restablecido de la última cogida que habia sufrido en la plaza de toros de Madrid.

Su casa, centro en otro tiempo de la más expansiva alegría, parecia en aquella ocasion asilo de tristeza.

Y no era el estado poco satisfactorio de salud de Pepe-Hillo el que proyectaba aquella sombra en su hogar.

Tanto él como su esposa y sus hijos estaban acostumbrados á verle con frecuencia sufrir las consecuencias de sus heridas.

Pocos toreros, en efecto, han sido más desdichados que Pepe-Hillo bajo este punto de vista.

Hábil y diestro, era á la vez tan arriesgado, que puede decirse que de cada veinte veces que salia al redondel, una, por lo menos, era cogido.

Pero tenia una excelente encarnadura, mucho ánimo, y no tardaba en restablecerse y en volver á buscar el peligro.

Lo que causaba la tristeza de aquella familia; lo que habia cambiado por completo el carácter de María del Pópolo; lo que hacia que aquella mujer, tan aficionada antes al lujo, vistiese con la mayor modestia; lo que

habia convertido en casi sepulcral silencio la alegría, los chistes, los chascarrillos, en una palabra, la animacion de aquella casa, era la pena que se retrataba en el rostro de Antonio.

IV.

Tambien el jóven habia sabido la causa verdadera de la muerte de Dolores, y si como buen hijo habia hecho los mayores esfuerzos por ocultar su pesadumbre para evitar que sus padres sufrieran al verle sufrir, no habia podido ménos de caer en un profundo abatimiento, y aunque contínuamente hacia asomar á sus labios una sonrisa complaciente, no era aquella sonrisa más que la máscara que ocultaba la hiel de su corazon.

¿Y cómo no?

Jóven, valeroso, entusiasta, impulsado por aquella pasion, de humilde plebeyo se habia convertido en militar distinguido.

Habia saboreado el goce de la gloria; habia soñado una felicidad sin límites con la posesion de Dolores; habia experimentado el sentimienio de la patria; la habia visto entregada á la rapacidad de una camarilla insolente y menguada, y habia perdido á Dolores para siempre por efecto de una intriga vil y miserable.

Estas impresiones á los veinticuatro años debian marchitar su corazon, y lo marchitaron en efecto

V.

Antonio abandonó el servicio militar y aseguró á sus padres que si querian verle tranquilo al ménos, le permitieran vivir en su compañía, exclusivamente consagrado á cuidar los intereses de su familia y á fomentarlos para asegurar el porvenir de sus hermanos.

Hacer una vida vulgar, monótona, ir amortiguando poco á poco sus sentimientos, vejetar... hé aquí la medicina que se proponia dar á su enfermedad.

No tardó el marqués en conocer la situacion de aquella familia, y proporcionándose una entrevista con Antonio, le comunicó la resolucion que habia tomado.

El jóven se negó á aceptar el beneficio, pero el marqués le aseguró que al obrar de aquella manera habia obedecido la última voluntad de su hija, sagrada para él.

—Vd. tiene un deber que cumplir, añadió. Sus padres de Vd. han perdido la tranquilidad para siempre por efecto de la desgracia que pesa sobre Vd. ¿Quién sabe si la tristeza, quitando á su padre de Vd. el gusto de su profesion, puede conducirle á la pobreza? Entonces es un deber en Vd. velar por su madre y por sus hermanos. Solo haciendo el bien podrá Vd. encontrar alguna tranquilidad, y no olvide Vd. que dispensando beneficios es como Dios le recompensará uniéndole en el cielo con mi pobre hija.

VI.

Estas últimas palabras conmovieron á Antonio en alto grado.

—Tiene Vd. razon, señor marqués, le dijo. El móvil que me ha impulsado á no aceptar sus generosos donativos no es bueno, porque le alimenta el orgullo. Seré humilde, aceptaré esa dádiva del padre de mi esposa, porque como esposa mia la considero.

—¡Gracias, Antonio, gracias! Ahora solo me falta comunicar á Vd. mi pensamiento.

—Hable Vd., ya le escucho.

—En cuanto llegue á Madrid voy á entregar lo que me queda al convento de la Merced y á pedirle un asilo. Cuando esté preparado tomaré el hábito, y desde aquel apartado retiro elevaré al cielo contínuas preces por la felicidad de Vd. y por la salvacion de mi querida hija...

VII.

Antonio llamó á sus padres, les comunicó delante del marqués lo que acababa de saber, y todos, bendiciendo á aquel generoso protector, se despidieron de él con lágrimas en los ojos, sin conseguir, como anhelaban, que permaneciese algunos dias á su lado.

El marqués tenia prisa en buscar la soledad del convento.

La parte que donaba al hijo de Pepe-Hillo consistia en una crecida cantidad de dinero, que estaba depositado en el Banco de San Cárlos y en dos casas que tenia en Madrid el marqués.

Antonio tuvo que venir á Madrid para tomar posesion de estos bienes, y al efecto hizo el viaje con el marqués; pero no estuvo en la córte más que el tiempo preciso para despachar sus asuntos, y regresó á Sevilla dispuesto á conseguir que su padre se retirase de la lidia y pasase el resto de sus dias en santa paz, gozando de las comodidades que podia ofrecerle su hijo.

CAPITULO XXXVIII.

El amor y el amor propio.

I.

¿Qué seria de nosotros si no existiera el dolor? ha dicho una escritora distinguida.

Sin el dolor difícilmente adquiriríamos ese conocimiento del mundo que da la reflexion, porque lo único que hace reflexionar al hombre es el dolor.

Antonio, desde su retiro, recordaba lo que habia visto mientras habia estado en la guerra, y al comparar los heróicos rasgos de valor de sus camaradas, los inmensos sacrificios de aquellos voluntarios de la patria con las miserables intrigas, con las infames cábalas, con el miserable egoismo que dominaba en la córte, no podia ménos de sentir una aversion inmensa hácia el foco de corrupcion en donde se fraguaban todas las desdichas del país.

Antonio sabia que el ejército era bueno, que el rey era bueno tambien; pero veia en el ejército, representacion del pueblo, y el rey, padre de ese mismo pueblo,

una perturbadora y miserable camarilla de gentes que, explotando las debilidades bondadosas del monarca y la obediencia ciega del ejército y el pueblo, á trueque de emplear el tiempo en orgías, de entregarse á todos los vicios, de enriquecerse en breve tiempo, no tenian inconveniente en vender á la patria, en sacrificar á sus mejores hijos, en hacer aparecer á los ojos de Europa como un autómata á aquel pobre rey, víctima de la codicia de sus servidores y de las pasiones de su esposa.

Aparecióse, pues, á los ojos del jóven el monarca español como un árbol carcomido por los gusanos, y temia á cada instante que aquel árbol hueco desapareciese á impulsos del terrible huracan que se llamaba la República francesa y que se habia desencadenado sobre Europa.

II.

No era solo Antonio el que abrigaba este temor.

Los buenos españoles, y entre ellos se contaban algunos hombres de ilustracion, de carácter, de virtudes, fijos los ojos en Francia, veian aumentarse aquella espantosa hoguera que habia consumido el trono, las instituciones seculares, el sentimiento religioso; en una palabra, toda la vida de aquel gran pueblo de Luis XIV; y como sus llamas se aumentaban y se extendian, no podian ménos de pensar que, no oponiendo un vallado de acero á aquel fuego asolador, tambien alcanzaria á España la consecuencia del incendio.

De nada servia que hombres de la ilustracion y de la virtud de Jovellanos y de Saavedra tuvieran en sus manos las riendas del poder.

Su dominacion fué breve; vivian sobre un volcan.

Sus pensamientos, sus planes, se estrellaban en los caprichos del favorito de la reina, que, aunque ostensiblemente no gobernaba, vuelto á la gracia de María Luisa despues de un breve período de tiempo en que estuvo alejado de ella, era el verdadero jefe del Estado.

Todo esto hacia creer á las personas pensadoras, y entre ellas se encontraba Antonio, que lo mejor que podia hacerse en semejante situacion era retirarse del foco corruptor, apartando de esta manera combustible.

III.

Al volver de Madrid á Sevilla, lo primero que hizo Antonio fué comunicar á su madre su pensamiento.

María del Pópolo lo aceptó con entusiasmo.

Para ella habia acabado todo en el mundo al extinguirse la alegría en el corazon de Antonio.

—Tienes razon, le dijo, es necesario que procuremos que tu padre abandone la lidia. Ya tiene bien sentá su reputasion, y con lo que él posee y lo que el señó marqués te ha legao podemos vivir como prínsipes.

—En ese caso, toda vez que Vd. aprueba mi pensamiento, es necesario que me ayude Vd. á realizarle.

IV.

De acuerdo madre é hijo, abordaron la cuestion con Pepe-Hillo.

No se ocultaba á los indivíduos de su familia lo difícil de la empresa, porque un hombre que desde los primeros años de su vida se habia consagrado con tan loca aficion al toreo, que por su mérito habia adquirido tanta celebridad, que con el trabajo habia podido proporcionarse al mismo tiempo que la reputacion una fortuna, por muchas desgracias que pesasen sobre él, por triste que estuviera su corazon, á pesar de los disgustos que amargaban la última parte de su vida, la pasion por la lidia, los hábitos adquiridos en su larga carrera, las mismas costumbres de su vida ordinaria, debian de ser insuperables obstáculos al logro de los deseos de su esposa y de su hijo.

Es verdad que podian apoyar sus pretensiones en los recursos con que contaban para atender á su subsistencia y aun para asegurar el porvenir de sus hijos.

Es verdad tambien que las muchas cogidas que habia sufrido durante su vida el famoso diestro, proporcionándole contínuos achaques, daban ocasion á que, fundados en el afecto que le profesaban su esposa y sus hijos, trataran de disuadirle.

Tenian, además, otro argumento, y era el de que habiendo escrito ó mandado escribir todas las reglas del toreo; habiendo formulado, por decirlo así, los pre-

ceptos del arte de torear, habia llenado su mision en el mundo y podia retirarse á descansar sobre sus laureles.

Como los lectores recordarán, en los momentos en que tal deseo abrigaban María del Pópolo y Antonio, estaba Pepe-Hillo convaleciente de la última cogida que habia sufrido en la plaza de Madrid por efecto de la mala intencion del Corregidor, que habia permitido que lanzasen al circo un toro castellano, cogiendo desprevenido á Pepe-Hillo.

Los dolores que le producian sus heridas le hacian pasar ratos de muy mal humor.

Pero como tenia muy buen carácter y amaba en extremo á su familia, no tardaba en conocer, despues de haberse incomodado, lo injusto de su proceder, y se esmeraba en resarcir con algunas frases, con afectuosas caricias, á los que momentos antes habia puesto tristes con su impertinencia ó su vivacidad.

V.

María del Pópolo habia ofrecido una misa cantada á la Vírgen de los Reyes el dia que estuviera completamente restablecido su esposo.

Llegó ese dia, y María del Pópolo, su esposo, sus hijos y numerosos amigos acudieron á la capilla á cumplir la promesa.

VI.

Al salir del templo fueron á su casa, donde habia preparada una comida para obsequiar á los amigos.

Hubo en aquel banquete gran expansion y sincera alegría.

Pepe-Hillo estuvo muy contento

Por un momento habia olvidado todos sus pesares, y la idea de verse rodeado de su esposa, de sus tres hijos, de sus antiguos amigos y de algunos camaradas le estimularon á ser decidor, bromista.

Refirió con sumo gracejo los principales episodios de su vida.

Recordaba las *suertes* que habia inventado, los peligros que habia corrido, y entusiasmado con esta conversacion, despues de haber recibido los plácemes de todos, de haber estrechado muchas manos amigas, de haber repartido cariñosos abrazos, al quedarse solo con su familia,

—Igan lo que quieran, exclamó Pepe-Hillo, no hay profesion como la er torero, ni hay en er mundo ocupasion más grata pa mí que la de lidiar toros.

VII.

Antonio y su madre aprovecharon la ocasion para abordar á Pepe-Hillo.

—Es cierto, dijo Antonio; Vd. puede estar satisfecho

de haber sido un valiente, de haber poco ménos que creado una profesion y de haber contribuido con ella á sacar de la miseria á una familia y á proporcionarla todo género de comodidades. No se ofenda Vd., sin embargo, por lo que voy á decirle; no es mi ánimo culparle, pero deje Vd. á mi alma exhalar un gemido. Acaso si Vd. no hubiera sido un célebre torero, no seria su hijo de Vd. un pobre desdichado.

—Ya sé lo que vas á isir, exclamó Pepe-Hillo; y en verdá que una sola palabra ha borrao toa la alegría que tenia en er corason. ¡Probe Dolorsiyas! ¡Cá ves que pienso que he vivío durante tres ó cuatro horas sin mentarla siquiera, sin acordarme de ella, me desespero y me arrancaria los pelos! Ties rason, Antoñiyo. No vale ná mi via, no vale ná la gloria que he arcansao ni los aplausos que en el sirco man tributao toas las gentes; no vale ná tampoco la estimasion del rey y de toa la córte. Tó eso y mucho más daria yo, hijo é mi arma, porque tú fueras dichoso, y como has dicho bien, el ser tu padre un probe torero te ha servío de desventura.

—No quiero decir eso, padre mio. Yo respeto los designios de la Providencia; no le culpo á Vd. ni culpo á nadie. ¿Cómo he de formular cargos cuando en medio de mi desventura quiere Dios que haya Vd. podido salvarse de todos los peligros que ha corrido y quiere tambien que yo esté á su lado en estos últimos años? Si le he recordado á Vd. los sucesos que proyectan tan triste sombra sobre nuestra felicidad, ha sido,

francamente, porque mi madre y yo tenemos un deseo, y para realizarle, por ser difícil, es necesario tocar los resortes más delicados.

—Tié rason Antoñiyo, dijo María del Pópolo; jase ya mucho tiempo que no tenemos más que un aquel.

—¿Y pué saberse cuál es esa intension?

—Mira, Joseliyo, yo soy mu clara. Si tú quiés darme gusto, si quiés que tu hijo sea felis y que tu esposa no tenga ya más sobresartos ni esté siempre con el arma en un hilo, es presiso que renunsies ar toreo pa siempre.

—¿Qué es lo que estás isiendo?

—Lo que oyes.

—¡Pero mujé, tú has perdío er juisio!

—No, prenda é mi arma. Ya vamos siendo viejos, y pues Dios ha querío que no nos farte ná pa vivir, ¿á qué buscar peligros? ¿Cuánto mejor seria que viviésemos toiticos juntos siempre en Sevilla, donde hemos nasío, dando calor á los hijuelos, mejorando las casas y las hasiendas, léjos der mundo y de sus pompas y de sus picardías, que no son pocas? Mira, José, ¿qué pué importarte ya que igan ó que no igan? Tú ya has dejao er pabellon bien puesto. Er dia ménos pensao te coge un toro, y ¡adios toitico lo que yo tengo en er mundo!

—Entoavía no ha nasío er toro que ma é coger á mí pa darme mulé.

—No son pocos los que tan herío.

—¡Y qué! Er buen torero como er buen sordao ha é tener er cuerpo yeno é costurones. Ende lejos paese que una corná es un mundo, y yo que he resibío tan-

tas en mi via, casi macostumbrao. ¡Figúrate, mujé, si lo que no han hecho los toros casteyanos lo harán los otros! Y lo que te prometo es no lidiar nunca toros de esa ralea.

—¿Es isir que no quiés escuchar los ruegos de tu esposa y de tu hijo?

—No me hableis de la mar.

—Y sin embargo, padre, dijo Antonio, yo sentiria ofender á Vd.; pero mi madre y yo estamos resueltos á evitar á toda costa que Vd. vuelva á tomar contrata ni á salir á la plaza. No nos faltarán medios.

—Ya se ve que no. Si me venís con salamerías soy hombre muerto.

—Se me ocurre una idea y estoy seguro de ques va Vd. á aceptarla.

—Echa por esa boca, que tú en cuando en cuando estás iluminao.

VIII.

—Mire Vd., padre, dijo Antonio, prométanos Vd. vivir un año, que no es mucho, completamente consagrado á la familia. En este tiempo procuraremos hacerle á Vd. estimar el bienestar que le rodea. Si al terminar el año no se ha amortiguado en Vd. esa pasion que tanto le domina; si tiene Vd. deseos de coutinuar como hasta ahora consagrado á la lidia, nosotros respetaremos la voluntad de Vd. Pero si conseguimos hacerle olvidar esas emociones; si logramos que nuestro

cariño y nuestros cuidados ofrezcan á Vd. una ventura que le indemnice de lo que pierda, entonces Vd. mismo nos dirá: «soy todo vuestro,» y yo iré á ofrecer la espada y la muleta de Vd. al rey nuestro señor para que se conserve en todo tiempo como una memoria del gran torero cuyo nombre no ha de olvidarse jamás.

—¿No te isia yo que er chico hablaba como un libro? Ahi tienes, ahí tienes lo que estruye la guerra. Y ya se ve que queará mi nombre en er mundo. Pus qué, ¿san de orviar de Pepe-Hillo? Y por si se orviasen, ¿no he estampao ya en un libro toitico lo que se le ha ocurrío á este meoyo?

—Tiene Vd. razon, padre; pero contésteme á la pregunta que le he hecho, porque estoy deseando que me conceda Vd. esa gracia.

—Ascucha antes y dí si no es verdá que toa la custion está aquí en que ha paesío er pare é la Dolorsiyas, que si no ella se hubiá contentao con ser la hija de un torero, os hubíais casao los dos, hubíais vivío en en santa pas, sin nesesiá de los cuartos é su pare poique yo hubiá ganao pa tos, y entonses no me vendríais con riquilorios ni lilailas, y tu mesma mare que se las echa de santurrona masusaria pa gorver como en otro tiempo á ser la reina é la plasa y á partí con su mairito los aplausos, cuando este prójimo, con la grasia que Dios la dao, remataba un bicho.

—¿Pero aseptas la idea é tu hijo?

—¿Pus no la he de aseptar? Por darle gusto y por dártelo á tí; pero yo no sus engaño; estoy seguro é que

en cuanto se pasen dose meses sin que yo coja en mis manos el estoque y la muleta no me vais á poer aguantá. Ná, lo que igo.

—¿Pero acepta Vd.?

—Si, hijo mio; pero tu mare va isirme á cá instante: «Anda, vé á matar toros y no me quemes más la sangre, condenao.»

—Queda hecho el pacto, dijo Antonio; dentro de un año es Vd. libre; pero entre tanto, como yo me propongo aumentar la fortuna que tenemos, viviremos completamente unidos... Yo le pediré á Vd. consejos y usted me ayudará á realizar todas las mejoras que requiera nuestra hacienda.

IX.

Despues de meditar algunos instantes, dijo Pepe-Hillo:

—Lo único que mapura es lo que van á menearme los huesos mis camarás. Van á creer que tengo canguelo, poique como la úrtima ves ma cogío er toro... Déjame una corría na más; una siquiera. Que yo deje er pabeyon bien puesto, y dispues...

—No, padre, no, es inútil. Todo el mundo proclama su valor de Vd. y su pericia. Ha empeñado Vd. su palabra y...

—Arrastrao, màs cogío. En fin, yo no me güervo atrás. Sufriré con pasiensia tresientos sesenta y sinco

dias, que van á paeserme tresientos sesenta y sinco calabosos, y dispues ya veremos.

X.

Así lo acordaron en definitiva, pero María y Antonio se retiraban tristes.

Conocian demasiado al torero y sabian que su última frase era la más sincera manifestacion de su inquebrantable deseo.

—Ya lo ves, hijo mio, decia María del Pópolo; lo que hemos arcansao es mucho, pero no too lo que nos proponiamos.

—¡Qué le hemos de hacer! Puede que estando contínuamente á nuestro lado logremos disipar de su imaginacion esa tenaz idea.

Trascurrió, en efecto, un año sin que Pepe-Hillo apareciese en las plazas.

Pero en este tiempo sufrió lo que no es decible.

A cada instante llegaban á su oido las murmuraciones de que era objeto.

El amor propio, tan excitado en todos los que lucen ante un público una habilidad, le mortificaba.

Por otra parte, temia quedarse atrás; temia que eclipsaran su gloria otros toreros que iban ganando terreno.

XI.

Al fin y al cabo, despues de sufrir mucho, al dia siguiente del plazo convenido dijo á su mujer y á Antonio.

—Ya habeis visto que he sío un pasientísimo cordero. Acabo de firmar una contrata pa trabajá en Madrid de primero, y lo que es ahora ni vosotros ni naide me quita á mi er plasé de tomá la revancha.

Los ruegos de una y otro fueron inútiles.

Pepe-Hillo decidió ir á la córte, y María del Pópolo, que presentia las consecuencias de aquella resolucion, quiso acompañarle.

Antonio, por fin, quedó al cuidado de sus hermanos en Sevilla, y algunos dias antes de la Páscua de Resurreccion del año 1801 llegaron á Madrid Pepe-Hillo y su esposa.

El famoso torero acudia á buscar la más horrible de las muertes.

CAPITULO XXXIX.

—

El dia 11 de Mayo.

I.

Las desgracias habian influido de tal modo en el ánimo de Pepe-Hillo, que puede decirse que no era ni su sombra.

Al llegar á Madrid hizo, como tenia de costumbre, la visita á sus protectores el duque de Osuna, y hasta al mismo duque de la Alcudia, príncipe de la Paz entonces.

Él, que nunca habia tenido presentimientos tristes, que jamás habia temblado ante la idea de salir al redondel, no podia ménos de mezclar en sus conversaciones la idea fatal de sufrir tal vez una cogida de mayor trascendencia que las anteriores.

Hasta tal punto llegó en tan triste cavilacion, que obligó á María del Pópolo, que le escuchaba con lágrimas en los ojos, á decirle:

—¡Por Dios, Joseliyo de mi arma, si abrigas esas ideas arroja la muleta y la espá y vámonos á Seviya con los hijitos de nuestro corason!

—¡Ya no es posible! ¡Cúmplase la voluntá de Dios!

Antes de comenzar la lidia, oraban todos con verdadera fé.

Pero la verdá es que en cuanto mate este año en las corrías que tengo escriturás, me paese que lio er trapo y no güervo á pisá una plasa por tóo el oro der mundo!

II.

Llegó el dia 11, en cuya tarde debia celebrarse la primera corrida de la temporada.

Trabajaban en ella Pepe-Hillo y Romero.

A la hora acostumbrada fué el desgraciado torero con su cuadrilla á la plaza.

Como siempre, le acompañaba el lego fray Anselmo, su amanuense de la tauromáquia, y aquella tarde quiso tambien acompañarle María del Pópolo.

Siguiendo la costumbre establecida por una práctica piadosa que aun se conserva, aunque nó en las proporciones anteriores, antes de comenzar la lidia oraban todos con verdadera fe en la capilla de la plaza, donde se veneraba una imágen de Nuestra Señora de la Soledad.

Empezó poco despues la corrida, y al llegar á este punto, todo cuanto pudiera yo decir seria pálido al lado de la reseña que se conserva por los aficionados de la época.

Voy, para completar mi trabajo, á reproducir un documento que, por ser de un testigo ocular, explicará el triste suceso mucho mejor de lo que yo podria hacerlo.

Trátase de una carta, en la que se refieren los por-

menores de la lidia y la muerte del famoso torero. Héla aquí:

III.

«Amigo mio: En las fiestas ejecutadas aquí antes de ayer estuvieron demasiado expuestos los toreros de á pié, y especialmente los estoqueadores, con varios toros, libertándose de ellos más por un efecto casual y feliz que por el de una notoria destreza, á causa de hallarse corridos anteriormente, y por lo mismo en el caso de no poderse burlar, ó sortear por medio de los auxilios y reglas que para conseguirlo son propios del arte, que con innegable crédito desempeñan los insinuados profesores.

»Siempre que se han corrido toros de dicha clase ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo la que acabamos de experimentar.

»Unicamente me propondré por ahora hablar del mencionado sétimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio, de que se hará la más comprensible demostracion. Solo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para estos demasiado cobarde. Despues, con mucha maestría le puso un par de banderillas el aplaudido *Antonio de los Santos*, y seguidamente le clavaron otros tres pares *Joaquin Diaz* y *Manuel Jaramillo*. Luego se

presentó á matarle José Delgado; le dió tres pase de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda) y el restante de los que llaman al pecho, con lo cual se libertó del apuro contra los tableros en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquel en la mejor situacion.

»Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle; le tanteó, citándole, ó llamándole la atencion á la muleta (deteniéndose y sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro pasado y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que careciendo de él se mantuvo en dicha forma ínterin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, estrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas) hasta que le soltó en tierra inmóvil y con so-

lo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa.

»Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto ménos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponian para quitar la fiera de la inmediacion á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de *Juan Lopez*, procurando ponerle una vara á caballo levantado.

»A su ejemplo deben respectivamente ejecutarlo todos los picadores, siempre que estén en peligro sus compañeros, ó los de á pié, así como estos lo hacen á cada instante con aquellos; á cuyo fin es indisculpable en unos y otros aun el menor descuido y falta de tino para preveer el resultado de las buenas y malas suertes.

»Inmediatamente Pedro Romero tomó su espada y muleta, y usando de la superioridad que tiene en ella y de la intrepidez con que recibe los toros á la muerte, se la dió á la fiera de dos bien dirigidas estocadas, con todo el denuedo y serenidad de espíritu que acostumbra y pedia lo árduo de la empresa, graduando las críticas circunstancias que la hacian más difícil.

En medio de la consternacion general le administró el Santo Oleo el cura de la capilla de la plaza.

»Muchos son los lances que pudieran individualizarse en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad despues de haber sido gravemente herido con veinticinco cornadas (en otras tantas azarosas suertes), que repartidas en todo el cuerpo recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que con admiracion le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al piton que le tenia atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caidos y hecho un objeto de la mayor compasion. Esta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver hasta la parroquia de San Ginés, en que fué sepultado y conducido con una lau iable y edificante profusion, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero ANTONIO DE LOS SANTOS.

»No hay documentos que más impresion hagan para remedio de toda clase de infelicidades que la representacion de ellas mismas, analizando sus causas para contrarestarlas y precaverlas en los sucesos con los antídotos que nos dicta la propia racionalidad. A la memoria de Vd. (unida á su extraordinaria pericia en el práctico y especulativo arte de lidiar toros á caballo y á pié) juzgo sea de la mayor satisfaccion darle una su-

cinta idea del fruto que deberia producir la fatal escena, que apenas me ha permitido detallar el acerbo dolor con que á todas horas se presenta en mi angustiada imaginacion. Libre esta algun tanto de la afliccion que la agita, me he puesto á meditar que las corridas de toros no son otra cosa que una especie de lucha ó batalla, que el valor de nuestros compatricios tiene adoptada como por galardon del que les es característico; que bajo este concepto, otro (que por consultar la brevedad omito) nos están permitidas lícitamente por la potestad Suprema, en la inteligencia de que la de los españoles, en virtud de su habilidad, constituyen remoto el peligro de sus vidas; y que no verificándose así con los toros de la enunciada clase; para salvar este género de violacion, para no infringir las sagradas leyes de la naturaleza y para que con sobrado fundamento las gentes y naciones cultas no censuren de bárbara esta diversion, se hace indispensable apelar á los recursos que nos dictan la razon y la prudencia. Estos, pues, son el de prohibir en todo el reino, con las combinaciones que exige la importancia de la materia, que los criadores ó dueños de toros que se hayan corrido dentro ó fuera de poblado desde que nacen, puedan venderlos para lidiarlos en las plazas, á imitacion de lo que con notorio crédito de sus vacadas y aumento de sus intereses ejecutan los señores *Gijon*, *Bello*, *Guendulain*, *Espinosa*, *Cabrera*, *Vazquez*, *Marin Trapero* los *Gallardos* y otros. Que á los asentistas ó á sus comisionados que los compran sin asegurarse hasta el último extremo de lo re-

ferido, se les castigue con el indicado rigor que sin violencia (de la que será responsable su autor) sigan trabajando en las funciones donde metan toros, que desde luego conozcan (como es de su obligacion) que no están sencillos, y sí desengañados de los objetos, ardides y medios con que los burlan, acometiendo por lo comun con aquel género de picardía ó probabilidad que les infunde su natural instinto, para hacer casi inexcusable el peligro de los lidiadores.

Es evidente que á pesar de lo expuesto podrá correrse algun otro toro que por razon de ser viejo (esto es, de más de cinco ó seis años, que es cuando están en su mayor poder y valentía) por demasiado cobarde ú otra accidental causa que se deba considerar comprendida en la clase expresada.

»En estos casos es muy consiguiente que la sábia y superior prudencia de los magistrados que presiden las plazas (prevenidos indirectamente por el lidiador ú otra persona de su confianza, que en realidad tenga todo el conocimiento necesario al efecto) le mande echar preso; en lo que no solo se evita el riesgo de las inapreciables vidas de los actores, sino es que al propio tiempo se divierte el público en disfrutar de unas luchas que le son de la mayor complacencia, y de tiempo inmemorial se han mirado como anejas é inseparables de las funciones de toros.

»Aunque para la muerte de los que van reprobados pudiera usarse del asta ó cuchilla, que llaman guadaña ó media luna, tiene entre otros inconvenientes el de

que cuando están distantes las barreras, y no se les puede con las capas aproximar á ellas, es difícil y peligrosa la operacion de desgarretarlos, tanto para los que la ejecutan, como para los que es indispensable ayuden al efecto.

»A esto se sigue ser necesario asestar los toros por las costillas con la espada, y despues acabarles de matar con la puntilla ó cachetero. Dichas maniobras son por lo comun dilatadas, y como á esto se agrega lo fastidioso que es ver dar vueltas por la plaza sobre los corbejones á un animal (que digámoslo así) se le ha asesinado con una especie de alevosía opuesta al crédito de los toreros, no pueden ménos los espectadores de mirar estos actos con desazon y repugnancia. La que los estoqueadores de primer órden siempre han tenido en consentir lo referido es tal, que repetidamente han representado, desistiéndose de trabajar antes que acceder á un tan mal recibido vejámen de su opinion, y como que aun cuando no deba considerarse así, siente el público del mismo modo que ellos han sido en todas épocas atendidos sus recursos con el éxito que se han propuesto.

»Habiendo únicamente tratado de precaver el próximo riesgo de los lidiadores de á pié, nos resta el que con la misma concision lo ejecutemos de los de á caballo. Los propios sentimientos de humanidad y racional precision que hablando de aquellos quedan significados, me impulsan á hacerlo de estos.

»Ya queda expuesto y convencido hasta la mayor evi-

dencia, que la explicada diversion, ni es racional, ni lícita en los propuestos casos; y ahora añado que en los trágicos que contínuamente ocurren con los picadores se hace más indispensable su correccion. Es cierto que la costumbre de ver á cada instante caer y sacar estropeados de entre las garras de la muerte á los picadores nos hace mirar sin toda la sensacion que corresponde el abandono de sus vidas, sin contemplar que, aunque pocos las pierdan en las plazas, son muchos los que de sus resultas no llegan á viejos, ó quedan lisiados ó enfermos.

»Y si por desgracia la expresada inconsideracion que nos conduce á estar como familiarizados en ser indolentes testigos de semejantes tragedias no disminuye en modo alguno la esencia de ellos, ni la de los consiguientes cargos á que su presencia nos conduce, ¿por qué no hemos de buscar el urgente medio de moderar aquellos? Este es el de que por ningun respeto se consienta la salida de picadores aventureros, intrusos, de desconocida ó poco acreditada habilidad Que los que se admitan se presentan en caballos de su entera satisfaccion. Que las puas de las varas estén proporcionalmente desnudas y sin los extremados topes que imposibilitan la defensa de los hombres, y que en viendo que sin el inevitable riesgo de ser atropellados, caidos y hechos una miseria por los toros, no puede contrarrestarlos la habilidad y el poder, despues de haberles puesto seis ú ocho varas, cuando más, se manda banderillearlos.

»A excepcion de algun otro individuo de los pocos

que suelen infamarse en el hecho de precipitar á los toreros con abominables insultos, ó con indiscretos aplausos en el acto de las corridas, en sus concurrencias y tertulias, y aun esparciendo cartas y relaciones en que tienen la gran debilidad de no poder exagerar el mérito de los que llaman sus apasionados sin vituperar el de los demás lidiadores, censurándoles generalmente lo que debian elogiar, ó por el contrario, en incalculable perjuicio de los mismos que su obstinada preocupacion y capricho celebran: repito, que á excepcion de los insinuados enemigos de la humanidad, la de todo el pueblo racional y culto desea que el valor y la destreza de los lidiadores triunfe de la terrible ferocidad de los toros, como generalmente se logrará haciendo el mérito debido de las precauciones manifestadas.

»Muy interesantes son, sin disputa todas las reflexiones que van expuestas, si se atiende á su intergiversable esencia, y á la sinceridad y buen espíritu con que van producidas.

»Nadie contemplo que dejara de confesarlo así, aunque en el particular no tenga otras nociones que las generales que inspira la racionalidad más comun.

»Tampoco me persuado que á la misma se oculte otro de los puntos en que con incomparable superioridad á los tocados, se debe fijar la atencion en honor de la humanidad. Esta clama por el ejecutivo remedio de que al público no le veamos en muchas corridas ser el objeto de la furia de los toros que saltan á los tendidos,

y que, aunque pocas veces, han subido algunas en distintas plazas á la grada cubierta ó balcones.

»Para impedir estos dolorosos resultados, deben ejecutivamente vencerse todos los obstáculos que se puedan oponer por más dispendiosos é insuperables que parezcan.

»Si tanto en este punto como en los demás expresados, y que convenga tocarse, se lograra la reforma que es de esperar, las obras pías y públicas, interesadas en los productos de las funciones, los multiplicarian con superabundancia en la mayor concurrencia de las innumerables gentes, que por no verse en los explicados conflictos personales, ni mirar en los demostrados á os lidiadores, dejen de asistir á las corridas.

»Contestando á lo que la bondad de usted se sirve preguntarme en razon de lo que me parece de las estocadas á toro parado, y aun cuando arrancan á desproporcionada distancia, como tambien en que sostengo la opinion de ser utilísimo que los lidiadores de á pié, igualmente que los de á caballo, fuesen ambi-dextros, digo: que las estocadas á vuela-piés (inventadas por la refinada y original destreza de *Joaquin Rodriguez Costillares*, con el fin de que las clases de toros que se designarán, y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el dia se rematen con incomparables ménos que cuando embisten, y con la prontitud que vemos) únicamente deben usarse con los que, por cobardes, cansados, débiles, rendidos de las varas ó banderillas ú otra inopinada causa, no parten,

y consienten que el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde, en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él, por las muchas y poderosas razones que por no dilatarme reservo.

»Los toros en que no militan dichas circunstancias, deben estoquearse arrancados, y avanzado de más ó ménos retirado, segun lo pida la proporcion oportuna que se presente. En este supuesto, los que hayan de estoquearse así, conviene que den con el poder que es útil pierdan punto menos que del todo, para verificarlo á vuela-piés. En los estoqueadores notamos que unos los matan con más lucimiento y facilidad de aquel modo, y otros de este. Penetrada por el magistrado dicha variedad, infiero hará la debida su docta trascendencia para mediar y disponer al indicado efecto cuanto debemos persuadirnos, dirigido á la mayor complacencia del público, y á la seguridad y brillantez de los estoqueadores.

»Estos al propio tiempo deben cortar el abuso de las muchas capas que por lo comun vemos arrojar; hacer quites y correr los toros fuera de propósito, enseñándoles á que traigan las cabezas altas, no obedezcan al engaño, le desarmen con incesantes derrotes, y en una palabra, les conviertan de sencillos en pícaros, reparados y detenidos para el estoque, banderillas y demás suertes. Al mismo tiempo conseguirán que libre la plaza de tantos objetos como distraen la atencion de los toros, les partan sin la incertidumbre que aumenta

imponderablemente el riesgo de unos y otros lidiadores; y por último, se excusará el indecente tropel y confusion que causa el concurso de un gran número de operarios que deben existir entre barreras hasta que les toque el turno de su salida.

»Por lo que mira á las razones en que fundo las ventajas que produciria el que los lidiadores fuesen ambidextros, no es necesario otra prueba que la de reflexionar que casi en todas partes de la plaza se hallarian en suerte, pues la que fuese mala á una mano, seria por lo general forzosamente buena para la otra; por lo que, ni el ser los toros tuertos del ojo derecho ni estar picardeados ni resabiados por el propio lado, ni otros muchos inconvenientes que se tocan en el dia, se graduarian de de tales por los que indistintamente usen de ambas manos. Por hacerlo así en lo respectivo á la suerte de banderillas *Sebastian de Bargas* y otros de los que componen las cuadrillas de esta plaza, no solo los ha constituido en la esfera de sobresalientes, sino que tambien en la de trabajar con mucha ménos contingencia que los que únicamente parean por un lado.

»En innumerables oficios y artes de mayor dificultad que el de torear (para lo que es la agilidad de ambas manos) vemos que las ejercitan con igual manejo, sin embargo de que les interesa su individual provecho y segur dad incomparablemente ménos que á el lidiador. Luego ¿por qué este no se esmera en una adquisicion que tanto le interesa.

»No pudiendo olvidar las dolorosas consecuencias á

que conducen semejantes desgracias, creo firmemente, que si llegase el afortunado dia en que los toreros reflejasen como deben, establecerian un Monte Pío para los que se retirasen, inutilizaran y viudas y huérfanos de los que fallecieren, cuya fundacion es quizás más urgente que todas las de su clase que hay ya creadas, atendidas las razones en que se han cimentado.

»Reitero á usted el inalterable deseo de que en todas distancias y situaciones me dispense preceptos en su obsequio.—Madrid 13 de Mayo de 1801.»

IV.

No puede darse un fin más desastroso que el que alcanzó el pobre Pepe-Hillo en la tarde del 11 de Mayo.

¡Sus presentimientos se realizaron!

Su muerte fué para Madrid un dia de verdadero luto.

La gente, al encontrarse en la calle, se abrazaba con efusion, lloraba, prorumpia en lamentaciones como si se tratase de una gran desgracia nacional.

¡Tan grande era el entusiasmo y el amor que sentia por el desgraciado Pepe-Hillo el pueblo madrileño!

Del toro, perteneciente á la ganadería de Peñaranda, se conserva la cabeza disecada en uno de los salones de la Historia Natural de Madrid.

Los poetas de entonces hicieron las honras fúnebres del torero con los siguientes versos:

I.

Se precipita al caudaloso rio
el nadador, jugando con las olas,
y del centro registra las más solas
alcobas de Neptuno sin desvío:
á donde la olla que el remanso oculta,
le arrebata, le lleva y le sepulta
en su muy arenoso centro frío;
á este modo PEPE-HILLO jugueteaba
con los toros burlando su braveza;
á los unos rendia y á los otros daba
la muerte con ardid y con destreza;
mas cuando ménos su valor pensaba,
le sepulta de un toro la fiereza.

II.

Hombre tanto en la suerte desgraciado
cuanto animoso en la difícil suerte:
¿cuántas veces en brazos de la muerte
te vió el espectador por arrestado?
Lidiador, que á las fieras presentado
con arte y gracia osabas atreverte,
despreciando el peligro de exponerte
por agradar á tanto apasionado:
¿qué mucho que tu muerte yo temiera

si para tí guardaba yo mi gloria?
Escena tal ¡oh, nunca yo la viera!
Mas no podré olvidar tu triste historia,
que aunque postró tu vida horrible fiera
eterno vivirás en la memoria.

III.

Aquí yace, mortales, quien venciendo
del feroz bruto la violenta saña,
triunfó mil veces con destreza extraña,
víctores repetidos consiguiendo;
murió, por fin, al golpe más tremendo
que en su cerco gentil miró la España,
y aun viéndolo, discurre que se engaña
y no escucha el popular estruendo:
y vosotros, lidiadores, que animados
de aplausos necios, é intereses pocos,
á igual riesgo correis precipitados,
dejad en el momento de ser locos,
conociendo en tan trágica experiencia
que no hay arte á frecuente contingencia.

IV.

Aquel valiente toreador que el pueblo
aclamó justamente veces tantas,
á cuyo brazo diestro é invencible

despojos abortó Tajo y Jarama;
aquel que á la cerviz más fulminante
de Gijon, Colmenar y Guadarrama
vió rendida á sus piés, los que gloriosos
en raudales de púrpura pisaba,
yace al golpe fatal de armada testa;
no el miedo lo causó, sí la desgracia;
que si del gran ROMERO la fortuna
PEPE-HILLO el animoso disfrutara,
ni la fama de aquel fuera tan una,
ni este en la sepultura se mirara.

EPITAFIO.

—

Pasajero, aquí yace sepultado
aquel famoso HILLO, aquel torero,
que habiendo sido siempre celebrado,
tuvo al fin desgraciado paradero:
detén el paso, míralo postrado,
no celebres su orgullo lisonjero;
pues toda gloria vana desfallece,
y el que busca el peligro en él perece.

Antes de explicar á los lectores las consecuencias que la muerte de Pepe-Hillo produjo en su familia, co-

mo vamos á llegar al período en que el pueblo español, sacudiendo su pereza y abandono llegó á admirar al mundo entero con su heroismo, voy á presentar á los lectores un nuevo personaje, para que, con su auxilio, conozcan el verdadero misterio de los ambiciosos planes de Napoleon, causa eficiente de la guerra de la independencia de Madrid.

CAPITULO XL.

—

El buhonero.

I.

A principios de Enero de 1808 llegó á Madrid, despues de haber recorrido algunas provincias de España, un jóven extranjero que chapurraba bastante el castellano, y que provisto de un cajon dividido en cuatro ó cinco compartimentos, se proponia expender en Madrid objetos de bisutería, pastillas de jabon, pomadas, cosméticos y otros cuantos artículos de los que constituian por entonces la clase de comercio llamada buhonería.

Aquel jóven tenia un apellido italiano, porque habia nacido en Córcega.

Llamábase Cárlos Zorzi.

Si desde el momento en que entró en España hasta la época en que le vemos llegar á Madrid, hubiera algun curioso seguido paso á paso al buhonero, no habria podido ménos de asombrarse del poco negocio que hacia y del mucho dinero que gastaba.

Apenas llegaba á alguna ciudad, salia una ó dos veces con el cajon de las mercancías; pero no tardaba

en meterse en una taberna para comer bien y beber mejor, ó ponerse á jugar con los desocupados que entraban en los templos de Baco.

Todas las noches al retirarse al hospedaje que buscaba, antes de descansar en la mullida cama que mandaba poner, pagándola con largueza, escribia cuatro ó seis páginas, y de ocho en ocho dias formaba con los escritos una abultada carta, que echaba al correo despues de escribir en el sobre:

A. Mr. Duran, *negociante en vinos, rue de Gouvernament.*

BAYONA.

II.

No crean mis lectores por esto que vivia dedicado á examinar los vinos españoles, y que explicaba sus cualidades al negociante en cuestion.

Apenas recibia este las cartas de Zorzi, las ponia un nuevo sobre y las dirigia al capitan Dupont, jefe del segundo cuerpo de observaciones de la Gironda, que organizaba en aquel departamento de Francia el indicado militar para que sirviese de instrumento á las ambiciones de Napoleon.

El buhonero no era más que un espía de los franceses.

Describia los caminos y los senderos, trazaba planos de las ciudades y de las fortificaciones, daba noticias de la situacion de los pueblos y del espíritu de sus habi-

tantes; en una palabra, con la mayor habilidad, con un instinto privilegiado, facilitaba á los que se preparaban á invadir al suelo español los datos más importantes á su propósito.

Por este trabajo recibia una copiosa remuneracion, y hé aquí por qué sin hacer negocio con el comercio que traia por pretexto, podia satisfacer sus ardientes pasiones y vivir como un príncipe, admirando á todos los que se enteraban de sus ganancias insignificantes, que no dejaban de preguntarse:

—¿De dónde sacará tanto como gasta?

III.

Cárlos Zorzi podria tener entonces veintiun años.

Era el tipo perfecto de la raza corsa.

Sus ojos eran pequeños, pero negros y de un brillo fosfórico.

Su cabeza, algo aplastada por las sienes, formaba un conjunto armónico con su nariz aguileña.

Su boca, algo caida, estaba adornada por un grueso labio inferior que, contribuyendo á formar dos pliegues á su lado, daba una gracia singular al rostro del espía.

Su pelo era negro.

El color de su cútis moreno.

Su traje correspondia al papel que desempeñaba.

Vestia un pantalon de color de ceniza, bota arrugada con campana de badana negra y una especie de ca-

potillo con esclavina, de paño pardo, completando su traje un sombrerete suizo de fieltro.

IV.

Al llegar á Madrid habia desempeñado, á satisfaccion de sus jefes, la primera parte de su cometido, y como ya por entonces habian penetrado los franceses en España, puesto que llegaron á Búrgos en 22 de Diciembre de 1807, estableciendo poco despues en Valladolid su cuartel general, la segunda no pudo realizarla hasta que llegasen á Madrid, como se prometian, las tropas del emperador.

V.

En cuatro palabras voy á contar el orígen de Zorzi.

Hijo de un pescador, habia pasado los primeros años de su vida en la playa, adquiriendo un gran desarrollo físico.

Dotado de una viva imaginacion, cautivó á dos frailes que pasaron por la isla, y despues de oir de sus labios la revelacion de que deseaba abandonar su patria y recorrer mundo, ofrecieron llevarle en su compañía si prometia ser obediente y aplicado.

El chico saltó de alegría al oir aquella proposicion; los frailes fueron á ver á sus padres, y estos, que estaban aburridos de las diabluras del muchacho, ante la perspectiva de que lo educasen bien y lo alimentasen

mejor en un convento, accedieron á los deseos de los reverendos.

Cárlos fué con los frailes á Sassari, una de las mejores ciudades de la isla de Cerdeña, y en el convento en que aquellos residian pasó dos años, sin que á pesar de los esfuerzos que hicieron los que alucinados por el despejo que notaron en el chico se propusieron instruirle en la doctrina, desenvolver sus facultades y hacer de él un hombre de provecho, lograrán sus deseos.

El espíritu del mal se habia apoderado de su imaginacion.

A pesar del ejemplo que veia á todas horas de la disciplina que observaban, cada cual en su órden jerárquico, todos los moradores del convento, su naturaleza fogosa, su carácter independiente, sus malos instintos le impulsaban á la desobediencia, y su imaginacion le sugeria los más ingeniosos medios de excusar sus faltas, de ocultar sus extravíos, de atribuir sus culpas á los inocentes, gozándose en los castigos que proporcionaba á otros y cobrando nuevos bríos al ver que aquellos santos varones, llenos de años y de experiencia, podian ser engañados por él.

VI.

Cansado, por fin, de la reclusion, se fugó un dia del convento y logró que le admitieran de grumete en un barco contrabandista.

Al cabo de un año de esta vida, hallándose en Géno-

va, hizo relaciones con unos monederos falsos, que apreciando en lo que valia su trastienda y sus disposiciones para la intriga, le asociaron á su empresa, encargándole la arriesgada mision de expender las monedas que fabricaban.

Desde Génova, punto de la fabricacion, salió para varias ciudades de Italia con crecidas cantidades de moneda, y realizó algunos viajes muy fructuosos.

En Nápoles fué descubierto y encerrado en una prision.

Dos años llevó el grillete de presidiario, teniendo por compañero á un antiguo abogado, que lleno de pereza y con unas manos primorosas para falsificar letras ajenas, habia cometido estafas considerables.

Contáronse sus respectivas historias, y Cárlos aprovechó las lecciones de su consorte, llegando á hacer trabajos caligráficos con una maestría que sobrepujaba á la de su profesor.

VII.

Al terminar su condena llevaba una porcion de proyectos de *hacer fortuna*.

Sin acordarse para nada de su familia, se trasladó á Alemania, y aprovechando sus conocimientos, trabajó algun tiempo con un arquitecto, amaestrándose en la confeccion de planos y toda clase de dibujos topográficos.

Era tal el horror que le inspiraba el recuerdo de los

dos años que habia pasado en el convento, que desprovisto de todo sentimiento religioso, dominado por la sed de goces y consagrando todas sus facultades al logro de sus deseos sin consideracion de ningun género, acabó por ser un materialista y un hombre vengativo é infame.

Pero al mismo tiempo era un verdadero hipócrita, y lograba engañar á cuantos le rodeaban.

VIII.

Tal confianza llegó á adquirir el arquitecto á cuyas órdenes se hallaba de su capacidad y de su honradez, que teniendo que cobrar una crecida cantidad de dinero de Hamburgo, dió al jóven los poderes necesarios para que percibiese aquella suma.

El antiguo presidiario vió el cielo abierto, como suele decirse.

Se puso en camino haciendo mil protestas, con ánimo resuelto de no volver.

Apenas cobró la cantidad, se embarcó á bordo de un navío que partia con rumbo para la Habana.

Se detuvo en la capital de Cuba, y pasó más de tres años presentándose allí como un ingeniero francés.

Sus trabajos no tardaron en ser muy estimados, proporcionándole grandes recursos.

Viéndose con dinero, dió rienda suelta á sus pasiones, y entre ellas la del juego llegó á dominarle.

Su estancia en la Habana le permitió aprender el español.

IX.

Cansado de aquella vida, apenas llegaron á sus oidos las noticias que se recibian de Europa relativas á los triunfos que obtenia Napoleon, concibió un pensamiento, y como nada le arredraba, lo llevó á cabo.

Aprovechó la primera ocasion, y con algunos recursos partió desde la Habana á los Estados-Unidos.

Desde allí se dirigió al Havre y averiguó dónde se hallaba á la sazon el soldado corso que habia libertado á la Francia de la anarquía y la habia convertido en un imperio.

Hallábase en Italia, y fué á su encuentro.

X.

Napoleon tenia una vehemente pasion por la isla que le habia servido de cuna, y protegia con esplendidez á todos sus paisanos.

Cárlos, á título de tal, le pidió una audiencia.

—Señor, le dijo cuando se halló delante del gran hombre y adoptando el aire hipócrita que tan buenos resultados le habia dado siempre de humilde pescador; he logrado á fuerza de grandes penalidades convertirme en un ingeniero. He recorrido casi todo el mundo, y hoy vengo á ofrecer á vuestra majestad mis servicios,

anunciándole desde luego que me comprometo á hacer planos y descripciones de los pueblos en donde convenga á vuestra majestad dar batallas, y servir de espía á los ejércitos del capitan valeroso del siglo.

Hízole algunas preguntas Bonaparte, y tan satisfecho quedó de sus respuestas, que desde luego le aseguró que utilizaria sus servicios.

XI.

Apenas supo que hablaba el idioma español:

—Voy á poneros, le dijo, á las órdenes del general Dupont.

Y dándole un oficio para él y un bolsillo lleno de dinero para que emprendiera el viaje, se despidió de su compatriota diciéndole:

—Si cumplís fielmente, yo sabré recompensaros como á todos mis auxiliares.

—¡Qué! ¿lo duda vuestra majestad?

—Por si acaso, os prevengo que si sois traidor no os escapareis por más que huyais de mi castigo.

XII.

Zorzi corrió en busca de Dupont, que preparaba con otros generales, obedeciendo á los planes del jefe del imperio, la invasion de España, y el militar á quien el valor de los españoles humilló en Bailen, dió á Cárlos las instrucciones necesarias para que hiciera por la

Península el viaje y los trabajos de que ya he dado cuenta.

Informado de los planes de los invasores, cómo estos preparaban por medio de la diplomacia pública y la diplomacia secreta de los trastornos que estallaron en Aranjuez el 19 de Marzo, Cárlos recibió órden de venir á Madrid y de auxiliar poderosamente á los españoles que por candidez, por ambicion ó por maldad debian secundar los planes de Napoleon.

CAPITULO XLI.

—

Una carta de recomendacion.

I.

Los palaciegos que, aprovechándose de los malos instintos del hijo primogénito de Cárlos IV y María Luisa, le habian impulsado á fraguar una conspiracion contra su padre, fueron los agentes principales que escogió Napoleon para que produciendo la anarquía en el país fuesen los auxiliares más poderosos de sus planes usurpadores.

Descubierto el complot y castigados los cómplices del príncipe, obtuvo este el perdon de sus padres; pero no por eso dejó de conspirar contra ellos.

Odiaba al príncipe de la Paz, y este ódio, sostenido por los enemigos de aquel favorito, debia producir nuevas disensiones en el seno de la régia familia, disensiones que queria aprovechar Napoleon.

II.

A las grandes guerras preceden las grandes intrigas. Las instrucciones que los agentes franceses habian

dado á los partidarios de Fernando eran las de que el pueblo se amotinase, y despues de pedir la destitucion del príncipe de la Paz, reclamase la abdicacion del rey en su hijo.

Napoleon queria producir este conflicto para tomar en seguida el papel de desfacedor de agravios, llamar á juicio al padre y al hijo y quitar á uno y á otro la corona para poner en el trono de España una dinastía de su agrado.

III.

Cárlos Zorzi recibió la mision de vigilar de cerca á los partidarios del príncipe de Astúrias, que debian promover el motin.

En Avila, que era la última ciudad en donde habia estado desempeñando su papel de espía, logró hacer buenas relaciones con un eclesiástico, que engañado por su hipócrita conducta, no tuvo inconveniente, al anunciarle el jóven que venia á Madrid, en darle una carta de recomendacion para un pariente suyo, que desempeñaba en palacio las funciones de sumiller de panetería (1).

---

(1) Empleado de palacio, á cuyo cargo estaba la ropa de la mesa y la plata del servicio. Llevaba la cuenta con los panaderos y cuidaba de la compra del pan y del trigo. Tenia la llave de la escusa-barajas en donde estaba encerrado el pan, y compraba la sal, palillos, mostaza y demás menudencias. Asistia á las horas de comer y cenar, subia el cubierto y recibia de rodillas el mantel. Estaban á sus órdenes los ayudas, mozos de oficio y panaderos, y con sus asentimientos se repartian las raciones. (*Diccionario Enciclopédico.*)

En la carta encomiaba su honradez, sus sentimientos religiosos, y anunciándole el comercio á que se dedicaba, rogábale que le tuviese presente siempre que la servidumbre de palacio tuviese necesidad de adquirir algunos de los artículos que constituian su comercio.

Esta recomendacion era de gran precio para Zorzi, puesto que le ponia en relaciones con los servidores de palacio, y si sabia jactarse su voluntad, podria enterarse por su conducto de muchas de las interioridades de aquella casa, tan necesarias al buen desempeño de su cometido.

IV.

En aquel tiempo las recomendaciones valian todavía alguna cosa.

El papel costaba caro, no se conocian los sobres, y por esta razon no se prodigaban las cartas como en estos tiempos.

Así pues, cuando una persona recibia una carta de un amigo recomendándole al portador de la misma, se consideraba en el deber de atender á aquella recomendacion, puesto que representaba por parte del que la hacia un gasto de papel y de tiempo muy digno de tenerse en cuenta.

Zorzi manifestó al sumiller D. Eleuterio de Eznaola que era huérfano, que careciendo de recursos se habia dedicado á la industria que desempeñaba; pero que sacaba tan poco provecho de ella, que si podia proporcio-

narle con su influencia en palacio algun empleo, por humilde que fuera, lo aceptaria gustoso, guardándole eterno reconocimiento.

Preguntóle D. Eleuterio de qué nacion era, y al oir decir que era italiano,

—Precisamente el jefe de la cocina es paisano de usted. Le hablaré, y si puede darle á Vd. algun empleo análogo á sus conocimientos, de seguro me atenderá.

V.

Cárlos hablaba el italiano, y sobre todo el dialecto de la isla de Cerdeña, que por estar tan próximo á la de Córcega daba lugar á contínuas relaciones entre los habitantes de una y otra isla.

El jefe de la cocina era precisamente de Cerdeña, y por tratarse de un compatriota y ser recomendado por el sumiller superior, le dió entrada en palacio, aunque en humilde condicion.

VI.

No deseaba otra cosa Zorzi.

Mostrándose agradecido á D. Eleuterio, le hizo, algunas visitas, y logró que le franquease las puertas de la habitacion que ocupaba con su esposa y su hija en el piso superior de palacio.

Al poco tiempo logró captarse las simpatías de doña Magdalena, la esposa del sumiller, y de Rosa, su hija,

jóven educada á la usanza de aquella época, en el temor de Dios, y que podria tener entonces unos diez y seis años.

Realzaba la belleza de esta niña el más puro candor.

VII.

Desde luego conoció Cárlos el flaco de aquella familia y se propuso engañar á todos sus individuos.

Los dias que no estaba de servicio, acudia á la hora de rezar el rosario, y ponia en evidencia un fervor que encantaba á la sencilla doña Magdalena y que entusiasmaba á su hija.

La niña era muy aficionada á la música; habia logrado que su papá la llevase algunas noches á los *Caños del Peral*, se acompañaba algunas canciones de las que entonces estaban más en boga, como *El pajarito que alegre cantabas* y *Madama Lavalliere*, y un dia manifestó grandes deseos de aprender el italiano para cantar en aquel idioma.

Cárlos se comprometió á dar lecciones á la jóven, y los padres de Rosa aceptaron aquel ofrecimiento.

VIII.

Contra la costumbre de la época, Rosa sabia leer y escribir correctamente, y aprovechándose de esta circunstancia, se propuso el intrigante corso matar dos pájaros de un solo tiro, esto es, servir á los que tan

bien pagaban su espionaje y seducir á aquella jóven, cuya belleza le habia fascinado.

IX.

Muertos en su alma los sentimientos generosos, sin otro estímulo para vivir que las pasiones que le dominaban, no comprendia, y aunque lo hubiera comprendido le hubiera importado poco, la trascendencia que podia tener el logro de sus infames deseos.

Turbar la paz y la felicidad de una familia; condenar á una jóven que por sus cualidades podia aspirar á la dicha de ser el tipo modelo de la mujer de su casa, de la mujer cristiana; arrastrarla á la perdicion, no eran obstáculos que arredrasen á aquel hombre desalmado.

X.

Escribió una carta declarando que sentia por la jóven un amor frenético, sin el cual su única esperanza era la muerte.

Doblando el papel se lo entregó á Rosa, aprovechando durante la leccion un momento en que doña Magdalena los dejó solos unos cuantos segundos.

Rosa, que por las miradas de Cárlos habia adivinado algo, se puso encendida y al principio rechazó el papel.

Pero al oirle decir «que viene su madre de Vd.» se lo guardó en el pecho con una ligereza impropia de su poca práctica en esta clase de ocultaciones.

CAPITULO XLII.

—

Intriga y amor.

I.

¡Es tan hermoso el primer latido de amor!

Las circunstancias en que experimentaba Rosa esta emocion eran tambien las más á propósito para fascinarla.

Tratábase de un jóven extranjero, sin familia, sin recursos, que habia corrido el mundo dedicado á un comercio más trabajoso que útil, que llegaba recomendado á su padre, y por la influencia de este adquiria un empleo.

La gratitud que Zorzi manifestaba hácia su protector la solicitud con que acudia á su casa, el placer que demostraba al hallarse en el seno de aquella familia que le prohijaba, el interés con que habia atendido á los deseos de Rosa enseñándole el italiano, todo aquello, unido á las bellezas de Cárlos, constituian para la jóven un tipo novelesco, pero novelesco á la manera de las novelas de aquella época; una especie de pastor de la Arcadia; en una palabra, un ideal.

II.

Educada Rosa con el mayor recogimiento, sin atreverse á alzar los ojos delante de sus padres; desarrollando las emociones de su alma, bien haciendo vibrar las cuerdas del salterio, ó bien cantando aquellas melodías tan puras y tan tiernas que nosotros recordamos hoy con cariñosa piedad porque van unidas á la memoria de nuestras madres; viviendo bajo la aureola de la castidad, como la flor en el invernadero, natural era que al recibir aquella carta, carta en la que desde luego adivinaba que Cárlos le habia revelado los sentimientos de su corazon, experimentase esa sensacion dulcísima que he llamado antes el primer latido de amor.

Algo habia adivinado la jóven antes de recibir la carta de Cárlos, porque Zorzi sabia hablar con los ojos, y con ellos le habia dicho la admiracion que su belleza le causaba.

Pero no podia imaginar que hubiese llevado el jóven tan allá su atrevimiento.

Deseaba, sin embargo, excusar aquella audacia, y se contestaba á sí misma:

—Sí; solo un amor inmenso puede haberle inducido á romper su silencio.

III.

El papel abrasaba su pecho.

Cárlos se despidió encargándola no demorase la respuesta, de que pendia su felicidad.

Rosa no pudo responder y Zorzi abandonó la estancia algo más confiado por la turbacion de la jóven.

Cuando esta se quedó sola, comenzó en su alma una agitada lucha.

Queria leer y no se atrevia; pero al mismo tiempo se entregaba á un éxtasis que la arrobaba, con la admiracion de lo que el mancebo habia podido escribirle.

Por otra parte, y esta era la que en más alarma la tenia, abrigaba el temor de que su madre adivinase que habia leido la revelacion de un hombre.

Temia ponerse muy encendida si le preguntaba la causa de aquel rubor, y no creyéndose con fuerza suficiente ni para engañar ni para decir la verdad, preferia retardar aquella primera impresion que la curiosidad la hacia ambicionar por otro lado.

IV.

Por fin, y á pesar de tantas dudas y de tantos temores, sucedió lo que tenia que suceder.

Al otro dia leyó la carta, y cuando hubo terminado la llevó involuntariamente á sus lábios exclamando:

—¡Oh... cuánto me ama!

Acto contínuo vió surgir una nueva dificultad que la hacia pensar mucho.

¿Cómo contestaba á aquella carta?

¿Cómo habia de atreverse á expresar los sentimientos que le inspiraba?

Y en último caso, ¿cómo dejaba de responder á ella?

Todas estas palabras que se dirigia eran otros tantos imposibles para la jóven Rosa.

Las que han pasado de esta hermosa edad, recordando su juventud de entonces, sus temores, sus dudas, no podrán ménos de sonreirse de este episodio de su vida, episodio que no falta, seguramente, en la novela de ninguna las que me leen.

V.

Mas de ocho dias trascurrieron sin que Rosa se atreviera á resolver el problema.

Pero eran tan insinuantes las miradas de Cárlos, pedia con tanta insistencia una respuesta, y revelaba de tal manera en su rostro el profundo pesar que le producia aquella incertidumbre, que al fin y al cabo oyó de los labios de la jóven el anhelado *sí*.

Al partir de aquel momento, todas las noches entregaba Cárlos á Rosa una carta apasionada que la jóven tomaba, enterándose de ella con más serenidad que al principio.

Rosa, que todos los dias tenia que escribir la leccion, intercalaba entre verbo y verbo alguna línea llena de

amor y de felicidad que prometia á Cárlos próximamente la realizacion de sus torpes deseos.

Pero no crea el lector que Cárlos Zorzi, el corso aventurero, amaba á Rosa de la misma manera que aquella cándida é inocente jóven le amaba á él.

La pobre niña creia con la mayor fe todas las protestas de amor que hacia Cárlos, escuchaba con satisfaccion sus proyectos de próxima felicidad.

El espía de los franceses hallaba en su camino una flor, aspiraba á poseerla y nada le importaba que muriese al cortarla del tallo; su corazon era perverso.

VI.

Los sucesos políticos avanzaban.

Los inícuos ejecutores de los designios de Napoleon no perdian tiempo, y ya Murat, gran duque de Berg y generalísimo de los ejércitos franceses, habia establecido su cuartel general en Búrgos, en tanto que otros generales se apoderaban de las plazas fuertes de España.

La corte era un semillero de intrigas.

Napoleon habia comprendido el carácter del príncipe de Astúrias.

Sabia que era taimado, ambicioso y que odiaba al favorito de sus padres.

Siguiendo la horrible máxima de *divide* y *vencerás*, su principal deseo era que el hijo se revelara contra sus padres; y le secundaban en este propósito, no solo la

embajada francesa, sino los que formaban la camarilla de Fernando.

Entre ellos, acaso sin saberlo, el más activo, el que con más habilidad movia los hilos de la trama, era el famoso conde de Montijo.

VII.

Tenia entonces á su favor el malhadado príncipe usurpador, el capitan del siglo, á todo el clero de España, y muy particularmente al de Madrid, porque aquellos venerables sacerdotes no conocian á Fernando, porque veian que la conducta de Godoy empujaba á la reina el trono de Cárlos IV, y creyendo lo que los servidores del príncipe de Astúrias decian acerca de sus virtudes, y esperando de su reinado mejores tiempos para la Iglesia, fomentaron en el pueblo el amor hácia el hijo de Cárlos IV y María Luisa, y las clases más inferiores de la sociedad eran las que con más entusiasmo deseaban la abdicacion del rey.

VIII.

De pronto apareció en los barrios bajos de Madrid un hombre ya de edad pobremente vestido, pero que no tardó en hacerse lugar entre los ignorantes, porque, como ellos decian, sabia mucho.

Nadie hubiera conocido bajo el disfraz del tio Pedro al conde de Montijo.

Y sin embargo, el hombre que tomando aquella forma grosera penetraba en las tabernas y en las casas de vecindad, conversaba en las esquinas con los mozos de cuerda y los aguadores, hablaba en los pórticos de las iglesias con las viejas que iban á comerse á los santos, y en todas partes hacia los mayores elogios del que debia ser Fernando VII, era uno de los más inteligentes miembros de la nobleza española y uno de los más activos partidarios del príncipe.

IX.

Cuando más entusiasmados estaban los dos amantes, se vió obligado Zorzi á anunciar á los padres de Rosa que durante algunos dias dejaria de ir á su casa.

La pobre niña no podia explicarse esta ausencia.

Era difícil que llegase á comprender su causa.

Cárlos recibió órden de ponerse de acuerdo con el tio Pedro, y para preparar los sucesos que poco despues estallaron en Aranjuez iba todas las noches á una casa de la calle de Lavapiés próxima á la plazuela.

Allí supo Zorzi que la corte debia trasladarse de un momento á otro á Aranjuez, y recibió instrucciones para desempeñar un papel importante en el motin que poco despues estalló durante la residencia de los reyes en dicho sitio.

X.

La real familia se trasladó á Aranjuez y con sus majestades fué el padre de Rosa.

Tambien Cárlos tuvo que ir al real sitio con la servidumbre, y al despedirse de doña Magdalena y de la jóven entregó á esta una carta, diciéndole:

«Es muy posible que no volvamos á vernos en algun tiempo.

»No puedo decirte las causas que van á dar lugar á esta separacion. Lo único que te juro es que te amaré siempre y volveré á buscarte.

»Sé fiel, y una próxima felicidad será el premio de tu constancia.

»Cuando vuelva á verte te revelaré un secreto y comprenderás y disculparás esta ausencia, que sin la seguridad de hallar tu cariño cuando regrese me mataria.»

A pesar suyo, pero para atender á los negocios políticos, tuvo que aplazar el infame proyecto que habia concebido.

CAPITULO XLIII.

—

Un gran favor.

I.

En la noche del 17 de Marzo, de acuerdo los conspiradores españoles y franceses con el príncipe de Astúrias, inauguraron la funcion.

El conde de Montijo, bajo el disfraz del tio Pedro, y sus parciales, lo primero que hicieron fué detener el carruaje en que doña Josefa Tudó, que pasaba por ser la íntima amiga del príncipe de la Paz, se disponia á salir de Aranjuez.

Un oficial de la Guardia disparó un tiro y comenzó el motin.

No lo describo, porque los motines son desgraciadamente muy conocidos de los españoles.

Lo mismo los ancianos que los jóvenes saben lo que esto significa, y al ménos economizaré la descripcion de un motin.

II.

Al dia siguiente se repitió la jarana; el príncipe de la Paz fué destituido y Cárlos IV abdicó en su hijo.

Murat avanzó á Madrid, y el mismo dia en que los heróicos madrileños eternizaban la fecha del 2 de Mayo partió Zorzi para Bayona con una mision muy delicada del gran duque de Berg.

Napoleon, que preparaba á Cárlos IV y á su hijo el lazo que les tendió en Bayona, quiso que Zorzi, cuya habilidad y cuyo conocimiento del idioma español podian serle muy útiles en aquellas circunstancias, permaneciese en la capital que baña las aguas del Adour, hasta el momento en que José I, nombrado rey de España por unas Córtes ilegales, atravesó el Vidasoa y vino á recibir en esta gran nacion un desengaño que hoy parece olvidado en los rincones de la historia.

El premio de todos los servicios que hizo Cárlos á los Bonapartes fué una crecida suma y un importante empleo en la policía de Paris.

III.

Cuatro años permaneció en aquella capital escudriñando los misterios del crímen, de los vicios y de las ambiciones políticas.

Disponiendo de mucho dinero, pasó todo aquel tiempo entregado á una vida crapulosa; pero cuanto más se arrastraba por el lodo de las pasiones, más vivo era el recuerdo que tenia de Rosa.

La angelical pureza de aquella jóven le ofrecia una ventura superior á cuantas constituian las impresiones de su vida cuotidiana.

Era la única esperanza de un paladar estragado, el único estímulo de un corazon seco, la única ilusion de un alma que las habia perdido todas.

IV.

Siguiendo paso á paso todos los episodios de la guerra, aprovechándose de su carácter de empleado de la policía, dirigia contínuas preguntas á los espías de Madrid para saber cuál era el paradero de su protector don Eleuterio y la situacion en que se hallaba su familia.

Por este medio supo que Fernando VII, al dia siguiente de su elevacion al trono, habia arrojado á los servidores más fieles de su padre, tocando entrar en el número de los excluidos al padre de Rosa.

Supo tambien que vivia muy retirado con su mujer y su hija en una modesta habitacion de la calle del Reloj.

Acechaba, pues, á su presa, y aguardaba con ánsia el momento de apoderarse de ella.

V.

Los heróicos esfuerzos que hacian los españoles para destruir á los franceses tenian en contínua zozobra el vacilante trono de José.

Las conjuraciones contra el rey intruso y sus secuaces se multiplicaban, y los consejeros de aquel desgra-

ciado soberano confiaron su salvacion á la habilidad de la policía.

Cárlos Zorzi recibió órden de pasar á Madrid para emplear su talento en aquel repugnante oficio.

Usando mil disfraces, recurriendo á todas las estratagemas que habia aprendido con tanto aprovechamiento, prestó grandes servicios á aquel rey á quien el pueblo llamaba Pepe Botellas, y no quiso darse á conocer á D. Eleuterio, sin perjuicio de que aprovechaba todas las ocasiones que tenia para ver desde lejos á Rosa.

Cuanto más la contemplaba mayor era el deseo que se desarrollaba en él de apoderarse de aquel tesoro de amor y de belleza.

VI.

Un contratiempo que pudo costarle la vida le hizo anticipar sus planes y penetrar en la modesta casa de la calle del Reloj, donde vivia D. Eleuterio.

Supo que en la inquisicion, que se hallaba en la calle conocida hoy con el nombre de Isabel la Católica, dēbian celebrar una reunion muy importante algunos individuos de la nobleza, enemigos declarados de José.

Todo lo tenia preparado Zorzi para que en un momento dado penetrasen los esbirros en el tribunal del Santo Oficio y se apoderaran de los conjurados.

Observaba paseándose por la plaza de Santo Domingo, cuando notó que un aguador le miró fijamente y comenzó á gritar de pronto:

—¡A ese, á ese, que es un pícaro francés! ¡Por su cáusa hay más hombres en la cárcel que pelos tengo en la cabeza!

—¿Quién es, quién? preguntaban indignados todos los que habian oido al aguador.

—Aquel que se hace el desentendido.

Y señalando á Zorzi al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, arrojó la cuba y apretó á correr detrás de él seguido de una multitud de hombres y mujeres que odiaban á muerte á los franceses.

VII.

Viéndose en peligro, apretó á correr Cárlos por la calle de Torija, y metiéndose por la de Fomento, se dirigió por la travesía á la calle del Reloj, entrando en casa de D. Eleuterio sin que los que le perseguian llegasen á tiempo de verle penetrar.

Con la mayor precipitacion subió la escalera y dió dos golpecitos con la mano.

La voz de Rosa preguntó:

—¿Quién es?

—Abra Vd., Rosa, por piedad; soy yo.

Aquella súplica resonó en el corazon de la jóven, é inmediatamente abrió la puerta.

—¡Sálveme Vd., sálveme Vd.! exclamó Zorzi. Vienen persiguiéndome una porcion de hombres.

Acudió doña Magdalena, y mientras tanto Rosa, que oia gritar en la calle, se asomó al balcon.

—En alguna de estas casas debe haberse metido, decia el pueblo.

—¡A registrarlas, á registrarlas!

—El que le oculte será tan francés como él.

—¡Mueran los franceses!

La jóven recordó instantáneamente que en el pasillo que conducia desde la cocina al comedor se hallaba un camaranchon.

Hizo esconderse en él á Zorzi, y entre ella y su madre, como medida de prevencion, colocaron algunas sillas viejas para demostrar que estaba lleno de trastajos.

VIII.

La operacion duró algunos minutos.

No bien acababa de esconderse Cárlos cuando llamaron á la puerta.

Eran sus perseguidores, que no habiéndole encontrado en dos ó tres casas, decidieron registrar aquella por haber visto una jóven en el balcon.

—¿Se ha escondido aquí un tunante? preguntaron llenos de ira.

—¿Quién? dijo Rosa aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener.

—El francés, el espía.

—Aquí no ha entrado nadie. Pasen Vds. á registrar si quieren.

—Sí, sí, entremos; dijeron algunos.

—No es necesario, exclamó uno de los circunstantes; conozco demasiado al inquilino de esta casa, y sé que debe su desgracia á los franceses. Figuraos si los odiará y si habia de prestarse á encubrirles.

Estas razones convencieron á los más, como habian hecho desistir del registro á quien las habia expuesto. Sin embargo, los otros, que no se las tenian todas consigo, gritaron:

—Pues esa jóven estaba en el balcon cuando hemos llegado.

—Es cierto, y he visto correr á un hombre por la calle del Rio.

—Entonces se ha refugiado en las Caballerizas reales.

—No importa, entraremos en ellas; añadió el gallego que capitaneaba la turba.

IX.

La muchedumbre desapareció, y Rosa, que habia sido en aquellos momentos la mujer fuerte, se dejó caer en una silla.

No podia más.

Poco despues salió Cárlos de su escondrijo; explicó lo que habia pasado, asegurando que habia llegado á Madrid el dia anterior, y que sin duda le habian tomado por algun francés.

—Ya ven Vds., añadió, que no era oportuno entrar en contestaciones con el pueblo irritado.

—Ha hecho Vd. bien, repuso doña Magdalena.

—Yo doy á Vds. un millon de gracias por tan generosa hospitalidad; pero tengo precision de abandonar la casa y la familia que, seguramente, me ha librado de tan desastroso fin.

Magdalena y Rosa se oponian á aquella determinacion.

Cárlos fingió disponerse á partir cuando entró don Eleuterio.

Informado de lo que le habia sucedido,

—No, le dijo; Vd. no saldrá de mi casa, porque he observado que en todas las esquinas hay gente apostada. Creen que está Vd. escondido, esperan y son muy tenaces. Un año estarán si es preciso, relevándose unos á otros hasta dar con Vd.

Cárlos iba á contestar.

—Nada, nada; acepte Vd. mi hospitalidad, que no en vano fuimos amigos en otro tiempo.

X.

Zorzi manifestó resignarse á aquel favor; pero en realidad estaba gozoso de lo que habia sucedido, porque le permitia vivir cerca de Rosa, preparándose todo mejor de lo que podia imaginarse para la realizacion de sus designios.

CAPITULO XLIV.

—

Una inicua ingratitud.

I.

Desde el asilo que debia al bondadoso afecto de don Eleuterio sabia Cárlos las derrotas que sufrian los ejércitos franceses.

Convenciéndose cada vez más de que los planes de Napoleon fracasarian por completo, resolvió abandonar á España, pero no sin llevarse su presa.

No podia salir á la calle, y sin embargo, necesitaba ir á palacio, ver al rey José, recoger el dinero y las alhajas que tenia en la maleta y disponerlo todo para su partida.

II.

Rosa aprovechaba todas las ocasiones de manifestarle el profundo amor que sentia por él.

Aquella tímida é inocente niña llegó á decirle que él era su única esperanza.

Todo se preparaba, pues, de una manera admirable para el logro de los infames proyectos de Cárlos.

No pudiendo escribirse los dos jóvenes, porque no querian dar á entender á los padres de Rosa los lazos que unian sus almas, se escribian, y la jóven recordó á Cárlos que al partir antes de los sucesos del 2 de Mayo ofreció revelarle un secreto.

«He esperado mucho tiempo, le decia, y ya no puedo esperar más.»

III.

La ocasion era propicia para que Cárlos, inventando una novela, acabase de seducir á la jóven.

Hé aquí la revelacion que trasmitió al papel y entregó á Rosa:

«Solo estando seguro, le decia, de que tu amor es mio exclusivamente; solo en el convencimiento de que te hallas dispuesta á sacrificarlo todo por mí, te hago una revelacion que, si cayese en otras manos, podria perderme para siempre.

»Cuando me viste llegar á tu casa y presentar á tu padre una carta de recomendacion, yo no fuí á tus ojos más que un pobre buhonero.

»Comprenderás por lo que voy á decirte lo inmenso de este amor que me devora.

»Llegué á ver á tu padre, y más tarde, con su influencia, obtuve un puesto ínfimo en la servidumbre de palacio. Me viste desempeñar con resignacion aquel empleo y no abandonarle hasta que estalló el motin de Aranjuez.

»Despues partí, y aunque nada has sabido de tu amante en cuatro años, yo he tenido medios para averiguar todo lo que te pasaba.

»Sería un infame si despues de haberte inspirado tanto cariño y de sentir hácia tí una entusiasta adoracion, no te revelase el misterio de mi existencia.

»Engañé á tus padres y tú lo has estado tambien hasta ahora.

»Yo no era un pobre huérfano.

»No necesitaba ni la industria que me viste ejercer ni el empleo que obtuve en palacio.

»Hijo de una de las más nobles familias de Córcega, emparentado con el emperador Napoleon, dueño de toda su confianza, vine á España sin otro objeto que el de ejecutar sus planes, y si yo no hubiera sentido despertarse en mi alma el amor que te profeso, es muy posible que fueran derrotas los triunfos que hoy cuentan los españoles.

»Pero te ví, te amé, y subyugado por tan grande pasion, huí de España para no ser yo cómplice, para no contribuir á la desgracia del país en cuyo seno habias nacido.

»¡Ah! ¡Si el emperador hubiera sabido que esta era la causa de mi retraimiento, de mi marcha de España, no me lo hubiera perdonado!

»Ya sabes la verdad.

»Soy rico, soy noble; y si he vuelto á España, ha sido para buscarte, para revelarte este secreto, para decirte que no puedo vivir sin tí, para pedirte un gran

sacrificio, sin el cual creeré que no me amas ni son verdaderos tus juramentos.

»Sí, Rosa; vengo para pedirte un sacrificio inmenso, que tú harás por mí, por nuestra felicidad, por la misma felicidad de tus padres. Es preciso que huyas conmigo.

»Y no temas por eso que tus padres te maldigan, no. Al saber que eres rica, que eres dichosa, que vives en medio de una de las córtes más principales de Europa, que tu esposo es íntimo amigo del extranjero cuyos laureles envidian todos los soberanos del mundo, te perdonarán; comprenderán que nuestra huida era indispensable para que fueses mi esposa, te abrirán sus brazos y vendrán con nosotros á participar de una felicidad que hoy no pueden darte.

»O sigues al pié de la letra mis instrucciones para huir conmigo á Francia y unirnos allí ante Dios, ó si te niegas á este deseo, que constituye la única esperanza de mi vida, abandonaré el asilo que me han ofrecido tus padres, buscaré á los que me persiguen, llamaré á mis verdugos, porque la vida sin tí me es odiosa y el premio de tu debilidad será verme espirar cerca de tí, arrastrado por los españoles, que al saber el papel que he desempeñado, realizarán su venganza haciéndome trizas.

»Resuelve, pues: ó nuestra felicidad, ó mi muerte.»

IV.

Tal fué la epístola que escribió Cárlos en un momento de inspiracion dramática.

La novela que habia hecho nacer aquel purísimo amor en el corazon de Rosa no hizo con esta carta más que desarrollar el interés, completar la obra.

¿Era posible que la humilde hija de un criado de palacio pudiese conquistar con el amor uno de los puestos más principales de la grandeza de un imperio?

¿Cómo no habia de aumentar la importancia que ya tenia á sus ojos Cárlos, presentándose á ella como un alto diplomático, como el confidente de un emperador, como el hijo de una opulenta familia?

Y desde los peligros que la resolucion que queria tomar llevaban en sí hasta las dificultades que para conseguir su objeto debia encontrar aquella desaparicion de la casa paterna, aquel viaje en silla de postas que veia en lontananza, las impresiones del espectáculo de una gran ciudad, aquella trasformacion que debia operarse en su modo de ser, todo esto tenia por fuerza que fascinar á aquella inocente niña.

Y como no dudaba de su amante, como juzgaba el corazon de Cárlos por el suyo propio, como no podia comprender que bajo aquellas palabras se ocultase la más refinada maldad, aunque la horrorizaba la idea de abandonar el hogar paterno; aunque le estremecia el pensamiento de la amargura que iba á derramar con su con-

ducta en el corazon de sus ancianos padres; aunque pensaba, como el moribundo, en sus recuerdos, en todas las escenas que habian constituido su infancia y los primeros dias de su juventud; aunque ante la idea de perderlos apreciaba mucho más las caricias de su madre, los consejos de su honrado padre, unido el sentimiento á la imaginacion en presencia de lo desconocido, alimentado el deseo por el fuego de un amor vehemente, la idea de libertad, la idea de felicidad, la esperanza de un porvenir risueño, la no ménos grata de poder algun dia hacer partícipes de su ventura á los que debia el sér, imprimieron fuerza al débil corazon de la niña, le inspiraron amor al peligro, y arrebatada, ébria de fe, respondió á aquella carta con estas palabras:

»Soy tuya; dispon de mí.»

V.

Obtenido este primer triunfo con el ingenio que aquel hombre depravado tenia, pudo arreglar los pormenores de aquel inícuo rapto.

Dos dias despues dijo á D. Eleuterio:

—Yo no puedo abusar por más tiempo de la bondad de Vd. Necesito ir á Italia; necesito recoger antes mi equipaje y disponerlo todo para mi marcha, y no he querido tomar ninguna determinacion sin comunicársela á Vd.

—Si hay motivos poderosos para que tome Vd. ese acuerdo, yo lo respeto; pero si lo hace por creer que es

gravoso en mi casa, está equivocado. Soy pobre, y no le ofrezco á Vd. más que el hospedaje que puede brindar un modesto empleado, pero se lo ofrezco á Vd. de buena gana y puede Vd. estar aquí todo el tiempo que quiera.

—Lo reconozco así, y lo agradezco con toda mi alma; pero necesito partir.

—En ese caso, resuelva Vd. lo que guste.

—Deseo salir esta noche de casa. Ya hace dias que han desaparecido los que me espiaban, ¿no es cierto?

—Si tal; pero ¿quién sabe?

—Saldré de noche y muy embozado; volveré muy de madrugada, pasaré el dia con Vds., y por la tarde me pondré en camino. Pero no lo anuncie Vd. todavía á las señoras, porque sé que me estiman mucho, y temerosas de que puede sucederme algun fracaso, se asustarán. Que lo sepan en el último extremo.

-Como Vd. quiera.

VI.

Aquella noche salieron juntos D. Eleuterio y Cárlos. El primero se adelantó para explorar la calle, y viendo que no habia ninguna persona sospechosa, hizo una seña á Zorzi, este se unió á él, y siguiendo por la calle de los Ministerios, al llegar á las Caballerizas:

—Ahora me despido de Vd., dijo Cárlos.

Y se encaminó á palacio.

VII.

Su ausencia fué notada, y como tuvieron noticia de que el populacho habia perseguido á un francés y que este habia desaparecido, creyeron á Cárlos víctima del furor del pueblo, ó por lo ménos fugitivo para librarse de él.

Todos se sorprendieron al verle, y con gran facilidad pudo hablar al rey intruso.

Manifestándole la imposibilidad en que se hallaba de seguir prestando servicios en Madrid, anunció sus deseos de volver á Francia, y suplicó que le proporcionase recursos para efectuar su viaje.

Llegó en ocasion oportuna.

José necesitaba enviar á su hermano un pliego con mucha urgencia, y teniendo confianza como tenia en Cárlos,

—Esta tarde, le dijo, tendrás á tu disposicion una silla de postas. Saldrá de las Caballerizas á las siete, te esperará delante de la puerta de entrada de la montaña del Príncipe Pío, y como llevarás un salvo-conducto, los jefes militares franceses que encuentres al paso no te molestarán y podrás hacer el viaje en breve tiempo y con seguridad.

VIII.

Cárlos quedó en volver al dia siguiente con el pliego; se dirigió despues á la habitacion que ocupaba en palacio; hizo su maleta, poniendo en ella las alhajas y el dinero que poseia, y al dia siguiente á las doce se despidió del rey, guardó el pliego que debia entregar á Napoleon, recibió los fondos que necesitaba para el viaje y fué á ver al jefe de las Caballerizas para que pusiese á su disposicion la silla de postas.

Terminados estos preparativos se dirigió á casa de D. Eleuterio.

El pobre señor estaba impaciente porque les habia prometido ir temprano, y como habia faltado á su promesa, abrigaba el temor de que le hubiera sucedido algun desastre.

Comió con aquella honrada familia, y al levantarse de la mesa entregó un papel á Rosa.

IX.

«Tenlo todo preparado, le decia, para que partamos esta noche á las ocho.

»A esa hora estará tu padre fuera de casa, y tu madre, segun su costumbre, entregada á sus oraciones. Tengo una llave de la puerta de la calle; abriré con ella, tú abrirás con sigilo la de tu habitacion y saldremos.

»Cerca nos esperará una silla de postas.

»Cuando atravesemos la raya de Francia escribiremos á tus padres.»

X.

Zorzi habia ideado un medio para que no pudieran oponerse á su fuga ni D. Eleuterio ni su esposa.

Era demasiado infame.

Rosa se hubiera negado á ser su cómplice.

Con mucho cuidado echó en la botella del vino unos polvos que eran un narcótico.

Rosa no bebia más que agua, y él, pretextando que se hallaba mal, dejó de tomar vino en aquella comida.

Despues de comer se retiró.

No habia pasado una hora cuando D. Eleuterio respondió á las palabras que le dijo su esposa preguntándole si pensaba salir:

—No, me encuentro muy pesado; tengo sueño. Puede ser que me acueste un poco.

Así lo hizo, y se quedó profundamente dormido.

Doña Margarita no tardó en experimentar los mismos síntomas.

XI.

A cosa de las seis llamó Cárlos con plena seguridad.

Rosa abrió la puerta.

—¿Ha salido tu padre? le preguntó.

—No; yo no sé lo que le pasa, y á mi madre tambien, que se han quedado dormidos.

—¿Es posible?

—Sí.

—Todo nos favorece.

Y aquel hombre impío se atrevió á añadir:

—¿No ves algo de providencial en ese sueño?

—Y sin embargo, dijo Rosa, al verlos así he perdido todo el valor que teia.

—¿Qué es eso, vacilas?

—¡Ah! Yo te pido, añadió la jóven postrándose de hinojos; yo te pido que renuncies á ese plan. ¿Qué va á ser de los infelices cuando sepan mi desaparicion? ¡Oh! se morirán de pena.

—No lo creas; además, dentro de cuatro dias tendrán aquí una carta mia; sabrán por ella lo ventajoso de tu posicion, los móviles que nos han impulsado, á mí á parecer ingrato, á tí á parecer una hija depravada, y nos perdonarán; no lo dudes, nos perdonarán. No hablemos de eso.

—¡Cárlos, por Dios!

—Si vacilas un instante siquiera, abro el balcon, grito, declaro que yo soy el que han buscado hace dias y entonces me verás morir.

—No, no, eso no.

—Tenlo todo dispuesto; dentro de una hora vendré por tí.

—No, no te separes de mi lado; si tal haces no tendré valor para seguirte.

—En ese caso, partamos ahora mismo.

—¿Pero no me engañarás? ¿Seré tu esposa?

Aquel hombre tan malvado tuvo el valor suficiente para decirla:

—Te lo juro por la memoria de mi madre.

La jóven se postró de hinojos ante la imágen de una Vírgen de la Soledad para implorar su perdon y pedirla todas las fuerzas que necesitaba para abandonar á sus queridos padres.

Despues de haber pronunciado Cárlos tan solemne juramento, su conciencia empezó á mortificarle.

Sintió en su interior una voz misteriosa que le decia:

«¡Malvado! no arranques á esa infeliz del lado de sus padres; no arrojes la hiel de tu perversidad en su corazon de ángel. Apártate de ella; y si no lo haces, si persistes en tu iniquidad, horribles seran los castigos que te esperan.»

Zorzi, resuelto á salvar todas las apariencias para inspirar confianza á Rosa, se postró á su lado y fingió orar.

XII.

Durante el tiempo que se sometió á tan ruda prueba, horribles fantasmas asaltaron la imaginacion de Cárlos.

Veia rios de sangre, escollos insuperables, abismos sin fondo.

Revoloteaban en torno de su cabeza aves agoreras, oia gemidos, gritos, imprecaciones...

Y todo era efecto de los crueles remordimientos que sentia.

Levantándose de pronto:

—Partamos; dijo.

Rosa enjugó el copioso llanto que vertian sus ojos y con una mirada suplicante le dijo:

—Déjame al menos ver á mis pobres padres.

—No, de ningun modo. Su vista te conmoveria demasiado. ¿Dudas de mí?

—No dudo.

—Pues entonces sígueme.

El amor que sentia hácia Cárlos era tan vehemente, que una fuerza irresistible obligó á la jóven á prestar obediencia á aquella órden.

XIII.

Rosa colocó maquinalmente un velo sobre su cabeza, un abrigo en sus hombros, y arrastrada por Cárlos abandonó su casa, bajó las escaleras sin poder contener las lágrimas, y á favor de la oscuridad se deslizó con su amante por la escalinata de la calle del Rio, llegando en breve tiempo donde les esperaba la silla de postas.

Cárlos se habia ya entendido con el conductor, y apenas entraron los dos jóvenes en el carruaje arreó los caballos y la silla se puso en marcha rápidamente.

Sigamos á estos desventurados, que iban buscando, sin saberlo, el castigo de sus culpas.

CAPÍULO XLV.

La realidad de un sueño.

I.

Para dar una idea del aprecio en que tenia Zorzi el triunfo que acababa de conseguir apartando á una honrada hija de familia del lado de sus padres, es necesario figurarse al avaro en presencia de sus riquezas, al aldeano que pisa por primera vez los alfombrados salones de un palacio, al ciego que recupera la vista.

Parece mentira que aquel hombre, acostumbrado á andar entre el lodo de la sociedad, fuese dueño de aquella vírgen inmaculada, de aquel tesoro de virtud y de amor, de aquella inocente niña á quien podríamos llamar el ángel del sacrificio.

Y como el avaro, y como el aldeano, y como el ciego fijarian sus ojos en aquel tesoro, en aquella magnificencia, en aquel rayo de luz, veremos que creia soñar, y solo la realidad llena de felicidad lograba convencerle de su inmensa fortuna.

II.

Pero á pesar de la emocion que experimentaba, no elevaba sus ojos al cielo.

¡Cómo habia de elevarlos si su alma estaba muerta, si solo sus sentidos se agitaban ante dicha tan grande!

Cuanto más venturoso era Cárlos, mayor era la aflicion de Rosa.

Sin poderse explicar la causa, sentia una tristeza profunda.

No se atrevia ni á alzar los ojos ni á bajarlos.

El azul trasparente del cielo, la tierna florecilla, parecian acusarla.

El rumor de la brisa al mecer el ramaje de los árboles parecia reflejar para ella el eco de una voz de su conciencia.

III.

Llegaron á París, no sin haber pasado antes en el camino muchos trabajos.

En España, al salir, detenidos por las avanzadas francesas, mientras que Cárlos enseñaba el salvo-conducto, Rosa cubria su cara con un velo, y en Francia, al llegar á las posadas, se encendia como la grana cuando la llamaban esposa de aquel hombre, que todavía no era más que su amante.

Su primer cuidado, al llegar á París fué que Cárlos escribiera á sus padres.

Hízolo así, en efecto, y enseñó la carta á la jóven, carta concebida en términos iguales á los que le habian servido para engañarla, y la infeliz aguardó con ánsia la respuesta.

IV.

Pero á los dos dias de su estancia en París llegó Cárlos muy agitado.

—Necesitamos partir inmediatamente, dijo.

—¿Sin esperar la respuesta de mis padres?

—Es imposible.

—Y ¿dónde vamos?

—A Alemania. El emperador me ha confiado una mision importantísima, y no puedo desobedecerle. Pero no temas. Yo haré que al punto donde vayamos nos dirijan las cartas procedentes de España para nosotros.

La mision que habia recibido Zorzi era la de espiar al gobierno prusiano, y con este objeto se encaminó á Berlin.

V.

Cárlos empezó á demostrar á la jóven sus depravados instintos y su corazon falto de sentimientos religiosos.

El infame seductor se enfurecia al ver que Rosa im-

ploraba contínuamente á la Vírgen el perdon de sus culpas.

—¿Acaso has cometido algun crímen con seguirme? la decia fuera de sí. ¿No te impulsó el amor á sufrir mi suerte?

—Es verdad; pero mi conciencia no estará tranquila mientras no sea legal mi situacion.

—No me hables de eso porque no estoy conforme con tus opiniones. Para nada nos hace falta esa ceremonia. ¿Habias de amarme más por eso, harias más sacrificios por mí?

—No; pero...

—Silencio, digo, si no quieres que estemos en contínua guerra, y que mi amor se convierta en ódio hácia tí.

Este lenguaje descorrió á los ojos de Rosa una parte del velo que ocultaba su porvenir.

Pero ¿qué podia hacer?

Era ya su esclava del pecado, y tenia que sufrir las consecuencias de su falta.

VI.

Fueron á Prusia, permanecieron en aquella córte algun tiempo, él vendiendo como italiano objetos de ornamentacion de yeso, y ella como su esposa, pero sin negar su cualidad de española, circunstancia que convenia en extremo á los planes de Zorzi, porque no habia de suponer la policía prusiana que un agente de

Napoleon estaba unido á una de las heroinas que tanto habian contribuido á sus derrotas en España.

VII.

Zorzi estaba verdaderamente enamorado de Rosa, y no cesaba de rendirle ese culto que tributa el amor al objeto amado.

Pero jamás un noble pensamiento hallaba expresion en sus labios.

Todo era mezquino, material en aquel hombre.

Rosa, subyugada por él, siempre que se hallaba en su presencia sonreia.

En cuanto se separaba de su lado, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Poco á poco fueron perdiendo sus mejillas aquel purísimo color que las esmaltaba en otro tiempo.

VIII.

—Tú estás mala, le decia Cárlos.

—No lo creas.

—¿Piensas en tus padres?

—Sí.

—Haces muy mal; ya ves que no han contestado á nuestras cartas. Eso prueba que se han creido rebajados porque te has unido á mí, y me ofenden.

—¡Quién sabe si habrán muerto!

—¡Oh! si eso fuera así ya lo habríamos sabido. Pero

no quiero que te aflijas pensando en ellos. Tú me perteneces; todos tus pensamientos deben ser para mí. Las lágrimas, las ideas, los recuerdos que yo no te inspire son un robo que me haces. Has de estar siempre alegre, has de ser muy dichosa, porque ya ves que no te falta nada, que yo solo pienso en tí. Ya ves que procuro adivinar tus deseos para realizarlos... No solo se falta á un hombre arrojándose en los brazos de otro: se falta tambien con el pensamiento, con la voluntad.

IX.

De resultas de esta conversacion, acabó la jóven de ahogar en su alma los sentimientos, ocultar más y más sus dolores, sonreir siempre y prestarse á las miserables orgías con que gozaba aquel hombre, que, tan distinto como se lo habia figurado, se apareció á sus ojos.

Necesitando algun consuelo, se acordó la pobre niña de que todas las noches rezaba en su casa el rosario, de que al acostarse y al levantarse daba gracias á Dios, de que en la religion habia encontrado siempre consuelo, y aprovechaba todos los momentos en que se hallaba sola para orar.

X.

Así pasaron algunos meses.

La pobre jóven sufria horriblemente; estaba avergonzada de su conducta.

No pudiendo guardar silencio por más tiempo, Rosa se atrevió un dia á recordarle que no estaban unidos legalmente, y que hallándose en cinta, no por ella, por su hijo, le suplicaba que le cumpliese su palabra.

—Tienes razon, le dijo Cárlos; en cuanto lleguemos á Francia haremos que nos case la ley.

XI.

A mediados de Agosto llegaron á París, y Cárlos cumplió su palabra.

Pero encontró muchos obstáculos.

En primer lugar, necesitaba presentar varios documentos, tales como la fé de bautismo de Rosa, el consentimiento de sus padres, etc.; y en la imposibilidad de obtenerlos, recurrió á los medios que emplean todos los hombres que, habiendo perdido el temor de Dios, no tienen reparo alguno en engañar á la justicia, en cometer delitos, con tal de satisfacer sus inícuos deseos.

XII.

Todavía no se habia eclipsado la estrella de Napoleon, y Cárlos Zorzi, como uno de sus agentes secretos más importantes, confiaba en aumentar su fortuna y vivir en la mayor prosperidad cuando la paz se restableciese en Europa.

Lo que necesitaba no era salvar su conciencia ha-

ciendo á Rosa su compañera por efecto de su union con ella ante Dios.

Esto le importaba poco.

Ni creia, ni temia.

Pero le encantaba tanto la belleza, la humildad de la jóven, que hasta se prometió vivir siempre á su lado y hacerla participar de sus venturas.

Pero iba á tener un hijo, existia una ley, y necesitaba amoldar el nacimiento de aquel niño á las reglas establecidas, para que no tuviera que avergonzarse nunca de su orígen y pudiera participar legalmente de los bienes de sus padres.

Dadas las dificultades que ofrecia la adquisicion de los documentos relativos á Rosa, se proponia lo que otros jóvenes á cambio de una cantidad insignificante, y se dispuso á cometer una suplantacion de estado civil.

XIII.

Como Rosa no conocia el idioma francés, despues de tenerlo todo preparado en la alcaldía:

—Mañana, le dijo Cárlos, vamos á unirnos con arreglo á las costumbres de este país. Nuestro matrimonio será tan válido como si lo verificásemos en España. Todo está preparado, y no tendrás más que responder afirmativamente á las preguntas que hagan, aunque no las entiendas.

Gracias á esto, quedaron unidos ante la ley Cárlos

Zorzi con Eloisa Moran, que este era el nombre de la jóven costurera á quien habia comprado Cárlos los documentos necesarios para legalizar su union.

Inmediatamente pidió Rosa á Cárlos que santificara la Iglesia su matrimonio.

Zorzi se opuso tenazmente, y la infeliz Rosa no tuvo más remedio que callar y sufrir.

XIV.

Poco despues nació una niña, y al presentarla al registro civil fué anotada con el nombre de Elena Zorzi Moran.

Las tentativas que hizo Rosa para que fuese bautizada la niña fueron inútiles.

Esta resolucion de parte del hombre á quien creia su esposo, dió fuerza á la infeliz para insistir, hasta el punto de incomodar á Cárlos.

—Mira, le dijo este lleno de cólera, no solo he de oponerme siempre á semejante deseo, sino que, para que lo tengas muy presente, voy á hacerte una revelacion: el dia que yo quiera puedo separarme de tu lado y quitarte á tu hija.

—Tanta iniquidad no seria posible.

—Y sin embargo, la ley, que es fuerte, te obligaria á ese sacrificio.

—¿No soy tu esposa? ¿No soy su madre?

—Eso lo sé yo solo.

—¿Por ventura no se celebró nuestro casamiento?

Una horrible carcajada respondió á tan justa pregunta.

—¿Qué significa eso...? ¡Habla, por Dios! No sé por qué me estremece tu risa.

—Oyeme. La dificultad de obtener el permiso de tus padres y de adquirir tu partida de bautismo y otros documentos, me obligó ante la proximidad de tu alumbramiento...

—¿A qué... á qué...? preguntó Rosa sospechando alguna nueva infamia de su seductor y temblando ante la respuesta que esperaba.

—A la cosa más sencilla del mundo; á comprar esos papeles á una pobre costurera; y en la alcaldía consta que me he casado, no contigo, sino con Eloisa Moran.

Estas palabras dejaron muda de espanto y asombro á la jóven.

No se atrevia á darles crédito; imaginaba estar soñando; pero su infame verdugo continuó con una serenidad á toda prueba:

—No creas por esto que voy á abandonarte. Entonces cumplí una formalidad y nada más. Pero si te revelas contra mí, si continúas en tus quiméricas pretensiones, te arrojaré de mi lado. Y cuantos esfuerzos hicieres serian inútiles, porque la ley te responderia: «La esposa de Cárlos Zorzi es Eloisa Moran. La madre de Elena Zorzi es Eloisa Moran.» Pero no temas; añadió al ver anegada en llanto á Rosa. Dame gusto. ¿Qué trabajo te cuesta? ¿Por ventura dejaré de amarte

menos á tí porque rechaces ceremonias que no me parecen necesarias para nada?

XV.

Entonces fué cuando Rosa comprendió toda la gravedad de la falta que habia cometido al abandonar á sus padres para seguir á aquel malvado.

Pero al mismo tiempo comprendió tambien que no tenia más remedio que resignarse á sufrir las consecuencias de su delito.

En aquellos dias fué derrotado Napoleon y conducido á la isla de Elba.

Perseguidos sus agentes, fueron aherrojados unos y los demás debieron su salvacion á su precipitada fuga.

Entre estos últimos figuró Cárlos Zorzi.

Abandonando á Rosa y á su hija, partió á Italia con todos los recursos que tenia, y para pasar la frontera tuvo que gastar hasta su última moneda en sobornar á los que de otro modo le hubieran entregado á la justicia.

XVI.

Poco tiempo despues logró Napoleon triunfar de nuevo, y empezó el breve reinado de los cien dias.

Cárlos volvió, buscó á su esposa y procuró de nuevo volver á la gracia del restaurado emperador.

Pero á los dos dias de su llegada y cuando se dispo-

nia á ver á sus antiguos protectores, se presentó la policía en su casa, ocupó sus papeles y se le llevó preso, poniéndole incomunicado.

La causa de esta medida se fundaba en noticias que habian llegado de que Zorzi, convencido de que el nuevo triunfo de Napoleon seria efímero, y deseando estar bien con el gobierno que alcanzase una victoria definitiva, habia ido á Lóndres y habia aceptado el papel doblemente infame de hacerse agente secreto de los imperialistas para comunicar sus planes á los restauradores.

En atencion á los anteriores servicios que habia prestado, fué condenado á ocho años de presidio en Cayena.

XVII.

Antes de partir á cumplir su condena escribió á Rosa una carta, concebida en estos términos:

«Deseando aumentar nuestra fortuna, acepté una comision peligrosa. Descubiertas mis intenciones, he sido condenado á ocho años de presidio.

»Vé á Madrid con nuestra hija; implora el perdon de tus padres y espérame. Yo te aseguro que lo más pronto que pueda iré á verte y aseguraré tu porvenir y el de Elena.»

XVIII.

Rosa intentó ver á Cárlos, pero sus tentativas fueron inútiles.

Con los escasos recursos que tenia llegó á Madrid y buscó á sus padres.

En una casa inmediata á la que habia habitado en la calle del Reloj preguntó por ellos.

La mujer de un carpintero, á quien dirigió esta pregunta:

—Encomiéndelos Vd. á Dios, la dijo. Doña Margarita murió al mes de marcharse su hija, su descastada hija, y el pobre D. Eleuterio no tardó en seguirla.

Rosa contuvo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y desapareció hasta sin despedirse de la pobre mujer que le habia comunicado aquellas noticias.

XIX.

La desgracia da fuerzas á los séres más débiles, y aunque Rosa tenia poca experiencia de la vida, comprendió que necesitaba dominar las circunstancias, y se resignó á ir poco á poco desprendiéndose de sus trajes y de sus alhajas, se resignó á trabajar; en una palabra, á buscar los medios de sostener á su hija y esperar la llegada de Cárlos.

XX.

Poco tiempo despues recibió una carta.

Por ella supo que Cárlos habia muerto en la prision, y renunciando al mundo se refugió en el convento de las Arrepentidas.

Más tarde la reina Amalia, tomando á su hija bajo su proteccion, la educó á sus expensas en el colegio de Santa Isabel.

CAPITULO XLVI.

Transicion.

I.

El episodio que acabo de presentar á los lectores me ha servido para darles una idea general, bajo el punto de vista íntimo, del período que abarcó en España la dominacion de los franceses.

Bien habrán comprendido que, sin el auxilio de algunos españoles, es decir, de algunos malos españoles, ni el príncipe D. Fernando se habria revelado contra su padre, ni le habria obligado á abdicar en él, ni habria tenido lugar el motin de Aranjuez, ni por consiguiente habria hallado Napoleon el pretexto que deseaba para inmiscuirse en los asuntos de la real familia española erigiéndose en árbitro de los destinos de esta gran nacion.

Ya sé que no digo nada nuevo al recordar que no hay efecto sin causa.

La causa de la abyeccion en que por un momento cayó España no era otra que el abandono en que habian vivido durante largo tiempo el rey y el pueblo.

El rey, dotado de un excelente corazon, pero de una

fatal inercia, mostrábase contento cuando al volver de sus excursiones al Pardo podia referir á sus cortesanos que habia matado muchas reses, y S. M. al sentirse dichoso creia que todo el pueblo lo era tambien.

II.

No tenia motivos para pensar otra cosa.

Aquel pueblo que hemos visto al principio de esta historia correr agitado por calles y plazas, ofrecer todo género de sacrificios en aras de la patria para proporcionar al rey un ejército con que batir á los soldados de la República francesa que habian contribuido al asesinato de Luis XVI; aquel pueblo que tan admirablemente han dejado descrito D. Ramon de la Cruz en sus sainetes, Goya en sus cuadros y Moratin en algunos de los personajes de sus comedias, tenia muy arraigado en el alma el sentimiento religioso.

Este sentimiento le alimentaban contínuamente las comunidades.

Idolatraba al rey, porque era, y esto no lo ha perdido el pueblo español, porque era eminentemente monárquico, y como, por añadidura, las fiestas nacionales, las corridas de toros estaban en todo su apogeo; como habia romerías, verbenas, bailes de candil, serenatas por las calles, comedias en los corrales de la Cruz y del Príncipe, aloja y limonada en el café de Canosa, vino manchego puro en todas las tabernas, manolas agraciadas á quien llenar de flores, chisperos y

asquerosos mendigos á quienes encomendar una venganza, procesiones y novenas; en una palabra: como estaba perfectamente distraido, no se preocupaba de la cosa pública, y Godoy, ministro de talento, pero ambicioso, gobernaba el país.

III.

Placeres en el pueblo, placeres en la córte. Hé aquí lo que fué durante muchos años Madrid, ó mejor dicho, España.

Mientras en palacio los altos personajes de la córte bailaban, con todas las reglas del arte, complicados minués, las parrandas del pueblo corrian las calles, se metian en los pisos bajos de las casas de Lavapiés, de la calle Real del Barquillo, y nadie sospechaba, al agitar sus piés sobre la mullida alfombra, sobre la arena de la pradera del Canal ó sobre los ladrillos pintados de almagra del patio de una casa de vecindad de los barrios bajos, que palpitaba un volcan bajo sus piés.

Al ver encumbrado á Godoy, la envidia por una parte y la ambicion por otra afilaron sus armas.

En el mismo palacio, estos intrigantes rodearon al príncipe de Astúrias, explotaron el ódio que sentia hácia el favorito de sus padres, y á trueque de ganar su voluntad y de medrar con su favor desarrollaron los instintos del príncipe, le obligaron á conspirar contra su padre en el Escorial y más tarde en Aranjuez, como

Un saraof en palacio.

hemos visto, y le pusieron al frente de la conjuracion, arruinándole y arruinando á la patria.

IV.

La historia de ese período tan triste como grandioso de la vida de España está muy presente en todos los españoles, y no he de repetirles lo que saben; pero cumpliendo la promesa que he hecho desde un principio y con el fin de demostrar por qué razon el pueblo de pan y toros pudo en breve tiempo llegar á ser el heróico defensor de la independencia española, voy á ofrecer á los lectores una coleccion de cuadros que representan los episodios más importantes, más dramáticos de esa gran epopeya.

Ellos nos bastarán á demostrar que cuando los pueblos tienen en su alma el sentimiento de la religion y de la patria, son capaces de convertirse, de míseros esclavos, en esforzados héroes.

Tras estos cuadros daré término á mi libro refiriendo la suerte que alcanzó á las personas que en él han figurado.

Aunque parezcan las páginas que van á seguir hojas sueltas, reunidas coadyuvarán á mis propósitos, y aunque mi pluma no acierte á copiarlas en toda su grandeza, como la tienen en los hechos que he de narrar, suplirá el fondo á la forma.

Y este será el boceto, el embrion de una galería de cuadros que no faltará quien trace con más inspiracion

y con más espacio y más calma que el autor de este libro.

Cortemos, pues, por un instante la narracion que venimos haciendo desde el principio y enriquezcámosla con las hermosas joyas que la fé y el valor de nuestros padres nos han legado.

CAPÍTULO XLVII.

El verdugo.

I.

Comencemos nuestra tarea con un episodio relativo á una de las familias más distinguidas de España.

El campanario de la pequeña ciudad de M... acababa de anunciar la media noche.

En aquel momento un jóven oficial francés, apoyado en el antepecho de un anchuroso terraplen que circuia los jardines del castillo de la poblacion, parecia abismado en una contemplacion más profunda al parecer de lo que le permitia la indolencia de la vida militar; pero necesario se hace advertir tambien que jamás hora, sitio ni lugar alguno brindaron más propicios á la meditacion.

El hermoso cielo de España desplegaba una grandiosa cúpula de zafiro sobre su cabeza.

El centelleo de los astros y la suave y melancólica luz de la luna alumbraban caprichosamente un valle delicioso, que ostentaba todos sus tesoros á sus piés. Apoyado en el tronco de un florido naranjo, el jóven coronel podia ver á cien piés de elevacion sobre su cabeza la ciudad de M..., que parecia haberse refugiado

al abrigo de los vientos del Norte en la base del peñasco, en cuya cúspide descollaba el inexpugnable castillo. Si por acaso volvia la cabeza, presentábase á su vista el mar, cuyas aguas brilladoras orlaban el paisaje con una especie de lámina de plata. El castillo estaba fantásticamente iluminado.

El bullicioso tumulto del baile, las melodiosas vibraciones de la orquesta, las estrepitosas carcajadas de algunos oficiales y de sus encantadoras parejas llegaban á sus oidos entremezcladas con el murmullo lejano de las ondas.

La deliciosa frescura de la noche imprimia quizá una especie de energía á su cuerpo fatigado por el ardor del dia; en fin, los jardines estaban sembrados de árboles tan odoríferos, de flores tan embelesantes y suaves, que el jóven se hallaba como sumergido en un voluptuoso baño de perfumes.

El castillo de M... pertenecia á un grande de España, que lo habitaba en aquel entonces con toda su familia.

En el trascurso de toda aquella noche, la mayor de sus dos hijas habia fijado sus ojos en el oficial con un interés tan tierno y mezclado de una tristeza tan profunda, que el sentimiento de conmiseracion expresado por la española podia muy bien explicar la meditacion y melancolía del francés. Matilde era hermosa; y si bien tenia tres hermanos y una hermanita, los haberes del marqués de Leganés parecian más considerables para persuadir á Víctor Marchand que la jóven llevaria un cuantioso dote.

Pero ¿cómo atreverse á creer que la hija del anciano más entusiasmado por su nobleza y la independencia de su patria pudiese ser concedida al hijo de un simple droguero de Paris?

Los franceses eran generalmente aborrecidos.

Habiendo sospechado el general G...t...r, que gobernaba la provincia, que el marqués de Leganés preparaba un levantamiento á favor de Fernando VII, el batallon á cuya cabeza se hallaba Víctor Marchand fué acantonado en la reducida ciudad de M... para servir de coto en cierto modo á las comarcas vecinas, que obedecian al anciano marqués.

Una reciente comunicacion del general Ney hacia temer á más que los ingleses desembarcasen en la costa dentro de breve tiempo, y designaba al marqués como sospechoso de mantener inteligencias secretas con el gabinete de Lóndres. Por lo tanto, á pesar de la cordial acogida con que este español se ofreciera á Víctor Marchand y á sus soldados, el jóven oficial se mantenia siempre en contínua espectacion.

Al dirigirse hácia el terraplen á donde venia para examinar el estado de la ciudad y sus cercanías, confiados á su vigilancia, procuraba inquirir en sus adentros de qué manera debia interpretar las muestras de amistad con que el marqués no habia cesado de cumplimentarle, y de qué modo la tranquilidad del país podia conciliarse con la inquietud de un general, cuando de improviso un sentimiento de prudencia y una curiosidad muy legítima vinieron á borrar estas ideas de la

mente del jóven efe y á derramar un rayo de luz sobre su corazon, oprimido por una angustiosa perplejidad.

Acababa de descubrir en la ciudad un crecido número de focos resplandecientes, siendo así que, á pesar de la festividad de Santiago, habia dado órden aquella misma mañana para que toda clase de fuegos fuesen apagados á la hora ordinaria prescrita por la ordenanza.

Sólo el castillo habia sido excluido de esta medida.

Veia brillar las bayonetas de sus soldados apostados en las avanzadas ordinarias; pero el silencio era solemne y nada anunciaba que los españoles se hallasen entregados á los arrebatados transportes de una fiesta.

Despues de haberse esforzado inútilmente á fin de penetrar la causa de la general infraccion en que habian incurrido los habitantes, descubrió en este delito un misterio, tanto mayor cuanto que habia dejado varios oficiales encargados de la policía y vigilancia en el trascurso de la noche. Con la impetuosidad que caracteriza á la juventud, estaba ya pronto á abalanzarse por una brecha para descender de las rocas con mayor rapidez y llegar con más prontitud á un reducido puesto situado á la entrada de la ciudad por la parte que mira hácia el castillo, cuando un leve ruido vino á detenerle en su impetuosa carrera.

Parecióle oir la menuda arena de las alamedas gemir bajo la planta ligera de una mujer. Volvió la cabeza, pero ningun objeto se presentó á su vista, y sus ojos se quedaron como deslumbrados por el extraordinario brillo del Océano.

De repente apareció sobre sus ondas alejadas un espectáculo tan funesto, que permaneció inmóvil de sorpresa, no dando crédito aun á sus propios sentidos. A los tremendos rayos de la luna descubrió un gran número de velas, si bien á una considerable distancia.

Estremeciéronse sus miembros, procurando en vano convencerse de aquella terrible vision, que no era sino un lazo de óptica tendido por la combinacion de las caprichosas ondas y del astro de la noche.

Al mismo tiempo una voz enronquecida le llamó por su nombre.

Miró el oficial hácia la brecha y vió elevarse con lentitud por entre sus ruinas la cabeza del soldado que le condujera al castillo aquella misma noche.

—¿Sois vos, mi comandante?

—Sí; pero ¿qué hay? le dijo á media voz el jóven, á quien un secreto presentimiento advirtiera el obrar misteriosamente.

—¡Las gentes del país se agitan de un modo inusitado...! Me apresuro á comunicaros, si lo teneis á bien, mis humildes observaciones, que...

—Habla, repuso Víctor Marchand.

—Acabo de seguir la pista á un hombre del castillo que se dirigió por aquí con una linterna en la mano. Podeis muy bien figuraros que una linterna es un objeto de todo punto sospechoso, porque no creo que este bendito cristiano deba encender cirio alguno á una hora tan adelantada. Quieren degollarnos, héme dicho yo en mis adentros... y al mismo tiempo me he dis-

puesto para seguir sus pasos... Ahora bien, mi comandante, he descubierto á tres pasos de este sitio una crecida cantidad de haces de leña cuidadosamente ocultos entre las rocas...

Un grito terrible retumbó en la ciudad y vino á interrumpir la declaracion del soldado.

Un súbito resplandor iluminó de repente al jóven comandante.

El pobre granadero recibió al mismo tiempo un balazo en medio de la frente y se desplomó cadáver.

Un fuego de paja y de leña seca brillaba á la par de un incendio á diez pasos de Víctor.

Los instrumentos y las risas cesaron instantáneamente en la sala de baile, y un silencio semejante al reposo de la tumba, interrumpido solamente por suspiros y gemidos, reemplazó el rumor y el bullicio de la fiesta.

Un fúnebre cañonazo hizo retumbar sus ecos por las dilatadas llanuras del Océano. La frente del jóven oficial estaba bañada de un frio sudor. ¡Estaba desarmamado! Conoció al instante que todos sus soldados habian perecido y que los ingleses iban á efectuar un desembarco. Vióse deshonrado si sobrevivia á la catástrofe; veíase conducido ante un consejo de guerra... y entonces midió con sus ojos la profundidad del valle.

Iba á precipitarse, cuando su mano se halló detenido por la de Matilde.

—¡Huid! le dijo; mis hermanos vienen en pos de mí. Al pié de las rocas encontrareis el caballo de Juanito. Al punto ¡huid...!

Y sus manos empujaron á Víctor.

El jóven la miró un momento estupefacto.

Pero luego, obedeciendo al natural instinto de la propia conservacion, que jamás abandona ni aun al hombre más animoso, se abalanzó hácia el parque tomando la direccion indicada, y corrió al través de las rocas, que hasta entonces solo habian hollado los rebaños.

Oyó á Matilde instigar á sus hermanos á que le persiguiesen, oyó los pasos precipitados de sus asesinos, y las balas de las repetidas descargas silbaron á sus oidos en su impetuosísima carrera; pero, no obstante, salvó el valle, halló el caballo, montó en él y desapareció con la rapidez del rayo.

Al cabo de pocas horas, el jóven oficial llegó al cuartel del general G...t...r...

Este jefe estaba á la sazon comiendo con su Estado Mayor.

—Vengo á haceros dueño de mi cabeza, para que sea esta lavada con el plomo, exclamó el jefe de batallon, cuyo semblante se hallaba pálido y desfigurado.

Sentóse y refirió su horrible aventura. Un espantoso silencio acogió su relacion.

—Os juzgo más desgraciado que criminal, repuso al fin el terrible general. Vos no sois cómplice en la conspiracion de los españoles, é ínterin el mariscal no decida de otra suerte, yo os absuelvo.

Estas palabras fueron de muy leve consuelo para el edsgraciado oficial.

—¡Cuando el emperador sepa este fracaso...! exclamó.

—Querrá mandaros fusilar... dijo el general; pero veremos. En fin, no hablemos más sobre el particular, añadió en tono severo, sino para tomar una pronta venganza que imponga un terror saludable al país.

Una hora despues, un regimiento entero, un destacamento de caballería y una batería de campaña estaban en camino. El general y Víctor Marchand iban á la cabeza de aquella columna.

Los soldados, informados del degüello de sus infortunados camaradas, se hallaban poseidos de un furor sin ejemplo. La distancia que mediaba entre el cuartel general y la ciudad de M... quedó salvada con una rapidez asombrosa. En el camino, el general encontró poblaciones enteras sobre las armas. Cada uno de aquellos abandonados burgos fué entregado al saqueo y diezmados sus habitantes enfermos y ancianos.

Por una de aquellas fatalidades inexplicables, los buques ingleses habian quedado al pairo sin dar muestra alguna de querer operar (súpose más tarde que aquellos navíos no llevaban más que artillería, y que habian adelantado considerablemente en la marcha el resto de los trasportes). De manera que la ciudad fué cercada por las tropas francesas casi sin disparar un tiro.

Sobrecogidos de terror sus moradores y viéndose privados del socorro que la aparicion de las velas inglesas parecia prometerles, ofrecieron rendirse á discrecion.

Por uno de aquellos heróicos sacrificios que no han sido raros en la Península, los matadores de los franceses, preveyendo, segun la notoria crueldad del general, que la poblacion seria quizá entregada á las llamas y pasados á cuchillo sus habitantes, propusieron presentarse ellos mismos al general. Aceptó este la oferta, poniendo por condicion que todos los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el mismo marqués, le serian entregados sin dilacion.

Aprobada esta capitulacion, el general prometió hacer gracia al resto de la poblacion é impedir á sus soldados que saqueasen la ciudad ó que la incendiasen.

Decretóse una crecida contribucion, y los habitantes más ricos se constituyeron prisioneros para garantir el pago, que debia efectuarse á las veinticuatro horas.

Habiendo tomado el general todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus tropas y proveido á la defensa del país, se negó absolutamente á alojar á sus soldados en las casas. Despues de haberles hecho acampar, subió al castillo y se apoderó militarmente de todos los individuos de la familia de Leganés, que fueron maniatados sin distincion y vigilados con centinelas de vista.

El general ordenó que se encerrase á los prisioneros en el salon en donde se efectuara el baile.

Desde las ventanas de aquella pieza se abrazaba fácilmente el terraplen que dominaba la ciudad.

Estableciόse el Estado Mayor en una galería vecina, en donde el general tuvo en primer lugar un consejo acerca de las medidas de defensa en caso de efectuarse un desembarco.

Despues de haber despachado un ayudante de campo al mariscal Ney, y dado órden para establecer varias baterías á lo largo de la costa, el general y su Estado Mayor se ocuparon, en fin, en lo concerniente á los prisioneros.

Algunos españoles que habian sido cogidos con las armas en la mano fueron fusilados acto contínuo sobre el terraplen.

Despues de esta operacion militar, el general mandó colocar sobre el terraplen tantas horcas cuantas eran las personas detenidas en la sala del castillo, dando órden para hacer venir al verdugo de la ciudad.

Aprovechando unos momentos que iban á trascurrir antes de que la comida estuviese pronta para el Estado Mayor en la galería del castillo, Víctor Marchand fué á visitar á los prisioneros.

No bien estuvo de vuelta, cuando se presentó al general.

—Vengo á vuestra presencia, le dijo, para pediros algunas gracias...

—¡Vos...! repuso el general con un tono amargamente irónico.

—¡Ah, son tan tristes estas gracias que debo implorar de vuestra bondad! respondió Víctor. El marqués, al ver colocar las horcas en el terraplen, ha confiado

alcanzar la conmutacion de este género de suplicio para los de su familia. Os suplica permitais que los nobles sean decapitados.

—Sea, contestó el general.

—Piden más, que se les concedan los socorros de la religion y que se les libre de sus prisiones. Os prometen, bajo su palabra, no intentar la fuga.

—Convengo en ello... dijo el general; pero desde ahora sobre vos recae la responsabilidad.

—El anciano os ofrece además toda su fortuna en caso de que tengais á bien librar de la muerte á su hijo mayor.

—¡Bravo...! respondió el jefe; pero estos bienes pertenecen ya desde ahora al rey José...

Paróse al pronunciar estas palabras.

Una idea de desprecio arrugó su frente; luego añadió:

—Voy á adelantarme á su propio deseo. Adivino muy bien la importancia de su última peticion. ¡Pues bien! ¡Compre enhorabuena la posteridad de su nombre, y conserve eternamente su familia la memoria de su traicion y de su suplicio...! Acepto toda su fortuna y concedo la vida á aquel de sus hijos que haga las veces de verdugo en la próxima ejecucion.

Víctor permaneció inmóvil.

La comida se hallaba pronta. Todos los oficiales que figuraban en ella satisfacian un apetito aguzado por la fatiga. Uno solo faltaba entre ellos. Víctor Marchand.

Despues de haber vacilado largo tiempo se decidió

por fin á entrar en el salon en donde gemia la infortunada familia de Leganés. Entró, y arrojó una mirada sombría sobre el espectáculo que presentaba aquel mismo salon, en el que la noche anterior habia visto girar precipitadamente, impelidas por el wals, las elegantes y adornadas cabezas de los tres jóvenes y de las dos doncellas.

Estremecióse al reflexionar que dentro de poco debian rodar separadas de sus troncos por el hacha formidable del verdugo. El padre, la madre, los tres hijos y las dos niñas, fuertemente sujetados en las doradas poltronas, permanecian en un estado de completa inmovilidad. En pié, y con las manos atadas á sus espaldas, veíanse á ocho silenciosos servidores.

Estos quince infortunados se miraban gravemente unos á otros, reconociéndose apenas en sus ojos los sentimientos que oprimian en aquel momento los enlutados corazones. Una resignacion profunda, y el pesar de ver frustrados sus atrevidos planes, se leian en la expresion de algunas frentes. Mirábanles algunos soldados inmóviles, respetando el dolor de sus enemigos abatidos.

Un movimiento de curiosidad animó todos los semblantes á la llegada de Víctor.

Dió órden para librar de sus prisiones á los delincuentes, y fué á desatar con sus propias manos las cuerdas que sujetaban á Matilde, prisionera en su silla de brazos.

Sonrióse ella tristemente, y el oficial no pudo impe-

dir que se rozaran sus manos con los elegantes y bien contorneados brazos de la jóven.

Admiró su hermosa cabellera negra como el ébano, su flexible talle, porque era una verdadera española, y su tez, aunque no blanca, que aparecia como por entre un ligero celaje de color pálido. Tenia los ojos rasgados, las cejas ligeramente inclinadas, las pestañas largas y encorvadas, y la niña del ojo más negra que el ala del cuervo.

—¿Por fin lo habeis alcanzado? le dijo con una de aquellas sonrisas que participan aun de la ternura é inocencia infantil.

Un profundo gemido se desprendió á su pesar del pecho de Víctor. Miró sucesivamente á Matilde y á los tres hermanos.

Uno de ellos, que era el primogénito, tenia treinta años.

Pequeño, algo contrahecho, de altivo y desdeñoso semblante, notábase sin embargo un cierto aire de nobleza en sus maneras, no pareciendo en él extraña aquella delicadeza en el sentimiento que tan célebre hiciera en otro tiempo á la galantería española.

Llamábase Juanito. El segundo, Felipe, tendria unos veinte años: era parecido á Matilde.

El último contaba apenas ocho abriles.

Un pintor hubiera descubierto en las facciones de Rafael algo de aquella constancia romana que prestó David á los niños en sus páginas republicanas.

Veíase al anciano marqués por último, cuya noble

cabeza, cubierta de canas, parecia pertenecer á alguno de los preciosos cuadros de Murillo.

A su vista, el jóven oficial meneó la cabeza, desesperando ver aceptar por ninguno de aquellos cuatro personajes la proposicion hecha por el general.

No obstante, la confió á Matilde.

Apoderóse al principio de ella un ligero temblor, pero tomó de repente un continente tranquilo y fué á hincarse de rodillas delante de su padre.

—¡Oh! le dijo; haced jurar á Juanito que obedecerá las órdenes que le trasmitireis. Estaremos satisfechos.

La anciana madre se estremeció de esperanza; pero cuando inclinándose ante su esposo hubo comprendido la horrible confidencia de Matilde, se desvaneció.

Juanito lo entendió todo y brincó como un leon dentro de su jaula.

Víctor tomó á su cargo el despedir los soldados, despues de haber obtenido del marqués la seguridad de una completa sumision.

Los domésticos fueron sacados de la sala y entregados al verdugo.

Cuando la famila tuvo á Víctor por única custodia, el anciano padre se levantó.

—¡Juanito! dijo.

El jóven, comprendiendo el mandato de su padre, solo respondió con una inclinacion de cabeza, que equivalia á una formal negativa. Dejóse caer de nuevo sobre su silla, y miró á su familia con ojos hoscos y terribles.

—Matilde fué á sentarse sobre sus rodillas, y con aire risueño y jugueton:

—Querido Juanito, le dijo enlazando sus brazos en derredor del cuello de su hermano y besándole en la frente: ¡sí supieses cuán dulce me será la muerte recibida de tu mano! No deberé sufrir el odioso contacto de las manos de un verdugo. Me librarás de los crueles pesares que me aguardaban y... ¿No me dijiste otras veces que sentirias mucho que otro me poseyese? Pues bien...

Y sus ojos expresivos lanzaron una mirada de fuego á Víctor, como para evitar en el corazon de Juanito su horror para con los franceses.

—¡Valor! le dijo su hermano Felipe; de otro modo se acabó nuestra familia.

De repente Matilde se levantó: el grupo que se habia formado en torno de Juanito se separó y vióse de pié, delante de él, á su padre, que con tono solemne exclamó:

¡Juanito, yo te lo mando!

Como el jóven marqués permaneciese aun inmóvil, su padre se precipitó á sus piés. Matilde, Rafael y Felipe le imitaron como por instinto, y tendiendo juntamente sus brazos hácia el que debia salvar á su familia del deshonor y olvido, parecieron repetir estas paternales palabras:

—¡Hijo mio! ¿Buscaremos en vano en tu pecho la energía española y la verdadera sensibilidad? ¿Permitirás que permanezca largo tiempo de rodillas, y sobre-

pondrás tus sufrimientos á la extincion de tu familia?

—¿Es este mi hijo, señora? añadió el anciano volviéndose hácia la marquesa.

—Consiente en ello... exclamó la madre con el acento de la desesperacion, porque advirtió en Juanito un movimiento de cejas, cuya significacion ella sola conocia.

Mariquita, la hija segunda, se mantenia de rodillas, estrechando á su madre en sus tiernos brazos; y como llorase amargamente, su tierno hermano Rafael fué á reprenderla.

En aquel momento entró el capellan del castillo; vióse en un instante rodeado de toda la familia y condujósele en presencia de Juanito. Víctor, no pudiendo sobrellevar por más tiempo tal exceso, hizo una seña á Matilde y se dió prisa para tentar un último esfuerzo junto al general. Hallóle de buen humor en medio del festin y bebiendo vino delicioso acompañado de los demás oficiales, que empezaban á experimentar los efectos vaporosos del licor.

Una hora despues, cien de los más notables habitantes de M... fueron conducidos al terraplen para ser testigos, segun las órdenes del general, de la ejecucion de la familia de Leganés.

Apostóse un destacamento de infantería con el fin de contener á los prisioneros, que fueron colocados bajo las horcas, de las cuales pendian los cadáveres de los criados del marqués, y cuyas cabezas rozaban casi con los piés de aquellos mártires.

A treinta pasos de ellos se elevaba un tajo y brillaba una cuchilla.

El verdugo se hallaba presente, en caso que Juanito se decidiese por la negativa.

Bien pronto se oyó en medio del más profundo silencio los pasos de varias personas, el sonido acompasado de un piquete de soldados y el ligero retintin de sus fusiles.

Estos diferentes rumores se mezclaban con las risotadas de los oficiales y el sonar de los vasos. De repente volviéronse todas las miradas hácia el lado del castillo, viéndose á la noble familia avanzar con increible serenidad: todas las frentes estaban tranquilas y despejadas; un solo hombre, pálido y abatido, andaba con pasos vacilantes, apoyándose en el sacerdote, que le prodigaba todos los consuelos de la religion; era el único que debia vivir.

El verdugo conoció, como todo el mundo, que Juanito aceptaba su empleo por un solo dia.

El marqués y su mujer, Matilde, Mariquita y sus dos hermanas fueron á arrodillarse á algunos pasos del sitio fatal.

Juanito fué conducido por el sacerdote. Cuando llegó al lugar en que se encontraba el tajo, el ejecutor, tirándole de la manga, le llamó aparte y le dió probablemente algunas instrucciones.

El confesor situó las víctimas de manera que no pudiesen ver el suplicio; pero eran verdaderos españoles: se mantuvieron de pié y sin dar la menor muestra de

debilidad; Matilde se precipitó la primera hácia su hermano.

—Juanito, le dijo, compadécete de mi poco valor. ¡Empieza por mí...!

Dejáronse oir en aquel momento los pasos precipitados de un hombre.

Víctor llegó al lugar de la escena.

Matilde se hallaba ya de hinojos, y ya su alto cuello estaba pronto á recibir el golpe terrible.

El oficial palideció, pero haciendo un penoso esfuerzo se arrojó al cadalso.

—¡El general te concede la vida si aceptas mi mano! le dijo.

Pero la española, lanzando sobre el oficial una mirada de fortaleza y de desprecio:

—¡Vamos, Juanito...! dijo con profundo acento.

Y su cabeza rodó hasta los piés de Víctor. La marquesa de Leganés se agitó con un movimiento convulsivo al oir el lúgubre sonido de la cuchilla: esta fué la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, mi querido Juanito? fué la sola pregunta que hizo el jóven Rafael á su hermano.

—¡Ah! ¿Lloras, Mariquita? dijo Juanito á su hermana.

—¡Oh, sí! repuso la tierna jóven; pienso en tí, mi pobre Juanito... ¡Ah, cuán desgraciado vas á ser sin nuestra compañía!

En seguida apareció el semblante noble y tranquilo del marqués. Miró la sangre de sus hijos, y volviéndose

hácia los espectadores, mudos é inmóviles, extendió sus manos sobre Juanito y dijo con voz firme:

—¡Españoles! ¡doy á mi hijo la bendicion paternal! Acompáñele esta hasta el sepulcro. ¡Ahora bien, marqués, hiere sin temor porque está sin tacha. Morimos por la patria, que es dulce morir.

Pero cuando Juanito vió acercarse á su madre, sostenida por el confesor:

—¡Ella me ha amamantado! exclamó, y aquel grito filial arrancó otro grito de horror á toda la asamblea. El rumor del festin y las alegres risotadas de los oficiales se acallaron al oir el terrible clamor.

Conociendo la marquesa que el valor de Juanito se hallaba agotado, se lanzó de un salto por encima de la balaustrada y fué á estrellarse sobre las rocas.

Un grito unánime de admiracion salió de entre la multitud.

Juanito cayó desvanecido.

—Mi general, dijo un oficial medio embriagado, Marchand acababa de contarme alguna cosa tocante á esa ejecucion... Apuesto á que no la habeis ordenado.

—¿Olvidais, señores, exclamó el general G...t...r... que nos hallamos en España? ¿Quereis dejar aquí vuestras cenizas?

Despues de esta corta alocucion, no hubo una sola persona, ni siquiera un subteniente, que se atreviese á vaciar un solo vaso más. Apoderóse de todos ellos el terror. Sus temores no eran infundados. Aunque ciegos instrumentos de la desmesurada ambicion de un

hombre, que ignoraba que la España no puede ser esclavizada por nadie y mucho menos por un extranjero, por poderoso que sea, aquellos hombres presentian todo lo peligroso de su situacion. Pocos dias despues, muchos de ellos habian sido sacrificados á su vez por los defensores de su independencia, pereciendo en aquella gloriosa lucha para España el primogénito del marqués, que se habia impuesto el gran sacrificio de ser el matador de su familia antes que consentir que fuese manchada su estirpe por la impura mano del extranjero.

CAPITULO XLVIII.

El Currutaco.

I.

España es así.

Permanece dos, cuatro, seis, diez años en la inaccion; consiente que la humillen, que la vejen; vive en la holganza; ahoga en los espectáculos y en los placeres las penas que devoran su corazon, y cuando algun tirano, observando su inercia, su desfallecimiento, su abyeccion á veces, cree que va á poder esclavizarla, cree que va á poder colocar en su cuello el dogal de la esclavitud, la nacion abatida se yergue, la esclava rompe la cadena, la pereza se torna en diligencia, la ineptitud en acierto, la apatía en heroismo, y tras las páginas de vergüenza vienen en la historia de esta gran nacion páginas en las que resplandecen las virtudes más sublimes.

Un ejemplo va á servirnos para demostrarlo hasta a evidencia.

Al referirlo á los lectores tendremos ocasion de recordar la sangrienta epopeya del Dos de Mayo.

Digan lo que quieran, toda sociedad forma un solo cuerpo.

Los artistas y los poetas constituyen su imaginacion.

Los filósofos y los sábios de todas clases, su inteligencia.

Los obreros, sus brazos, y así sucesivamente.

Los hombres que piensan, aunque menores en número, dirigen á los que ejecutan.

El talento, débil por sí, triunfa siempre de la fuerza.

Una idea agita á un pueblo y le arrastra, como la locomotora agita y arrastra un tren.

En la época al parecer más apacible del reinado de Cárlos IV, los pensadores, protegidos y halagados por el favorito de los reyes y favorecidos con espléndidas pensiones, veian todo de color de rosa, y ni enseñaban con sus advertencias á las clases de arriba, ni se preocupaban para nada de las clases de abajo, considerándolas felices porque en la apariencia lo eran.

El pueblo, ya lo hemos dicho varias veces, vivia hacinado en míseras viviendas, se revolvia entre el polvo y la basura de las calles y no se preocupaba de nada absolutamente.

Para satisfacer las necesidades de su cuerpo tenia conventos dispuestos á ofrecerle, con la sopa, una alimentacion sustancial, y esto de tomar el sol, ir á los toros, ó por lo menos al arrastradero, satisfacia por completo todas sus aspiraciones.

Así es que, aun los hombres de más inteligencia y más imaginacion, vivieron desde 1790 hasta 1808, en el colmo de la felicidad.

Mentira parece que hombres sérios pudieran emplear sus ócios, que eran toda su vida, en las pueriles ocupaciones en que los empleaban.

Los periódicos, es decir, el *Diario de Avisos*, se hacia eco de sus casi infantiles distracciones.

II.

Uno de los jóvenes de más gracejo y más apto en otra época para influir poderosamente en los destinos del país, contaminado por la lectura de las obras francesas, que, á pesar de la vigilancia de los aduaneros penetraban por la frontera, solo, rico, libre y compartiendo el tiempo entre las agraciadas manolas del barrio de Lavapiés, por las que tenia especial predilección, las murmuraciones de las gradas de San Felipe, las conversaciones chispeantes con los cómicos del corral de la Cruz y del Príncipe y las sabrosas pláticas que celebraba con algunos poetas, críticos, eruditos á la violeta y desocupados de todas clases, debia ser con el tiempo uno de los héroes de la Independencia de España en el primer acto de este gran drama, es decir, en las calles de Madrid durante la jornada del Dos de Mayo.

Por la clase de ocupaciones á que vivia entregado, por su afan en destruir la moda española del calzon corto, la chupa y la casaca, sustituyéndolas con el pantalon colan, la bota de campana, el chaleco de solapa, la levita con esclavina y el sombrero de copa corto,

que la Revolucion francesa habia adoptado en sus figurines, llegó á ser muy conocido en todo Madrid, y cuantos le conocian no le llamaban sino el *Currutaco*.

Él, por decirlo así, fué el creador de la famosa Academia de los Cernícalos, y para dar una idea de la preocupacion diaria del público lector, al mismo tiempo que para comprender el cambio radical que se operó en este hombre, voy á reproducir curiosos documentos, que, al presentarnos á los epañoles bajo un punto de vista tan miserable, tan raquítico, dan mayor importancia al brusco y heróico cambio que se operó en su alma apenas sintieron en sus espaldas el látigo del tirano de Europa.

III.

Nuestro héroe habia tomado el pseudónimo de El Abate Pan-blando, y con él regalaba al *Diario de Avisos* artículos como el siguiente:

«Noticia de la Academia de Cernícalos Polífagos, y extracto de los acuerdos que tomaron con motivo de la carta inserta en el *Diario de Madrid* de 11 de Mayo de 1799.

»Esta Academia es casi tan antigua como el mundo; hay probabilidades de que fueron muchos sus fundadores. Se llama *Academia* porque celebra sus sesiones, ventila los puntos más árduos y toma sus acuerdos. Se apellida de los *Cernícalos Polífagos* porque ninguno

de sus individuos deja de estar aprobado en todas las facultades, siendo su insignia distintiva una criba con anchurosos agujeros... para dar á entender que sus entendimientos han sido bien *cernidos*, como la ceniza para sacar el negro carbon que esconde. *Polífagos*, porque de todo saben y digieren, hasta el veneno más corrosivo.

. . . . . .

. . . . . .

»Estos tales nunca hacen viajes, ni toman un telescopio en la mano... ni siquiera han aprendido la raiz cúbica... No entran en un laboratorio de física ó historia natural... porque lo cernido de sus talentos lo penetra todo sin estos medios en una ojeada dogmática y magistral.

»No tienen dia, lugar, ni método para celebrar sus juntas... con todo, siempre se comunican sus ideas para morder á otros y aun á ellos mismos. Su presidente Pistolitas, por su figura cuca y agraciada como un cachorrillo. Su secretario D. Tente Campana-capador, de cuyo nombre se ignora el orígen.

»En esta Academia se leyó la carta dirigida á los diaristas firmada por los señores J. F. V. y J. L. R. Quedó archivada para perpétua memoria y admitido el primero de sus autores como individuo de número, suspendiéndose la del segundo por temer algunos cernícalos que le gustan Newton y Boerhave. Se dió comision á cuatro polífagos para que se enterasen de este hecho.

»Al citado *Diario* se le puso la nota siguiente: «Nosotros los rancios y bienhadados de la inmemorial y honradísima Academia de los Cernícalos Polífagos, en vista de la presente carta *discursivo-diálogo-nigromántica-misiva*, estampada en letras de molde el año 1793, decimos que es obra peregrina acabada y excelente para resucitar las liendres que oculta la difunta caspa de nuestros antepasados los maestros de todo lo sabido y por saber: que el discurso del español antiguo está relleno de aquella dignidad y categoría de los tiempos de la nunca bien alabada caballería andante, que merece ser envidiada de los tiempos más remoto-venideros, y que no será de admirar que en las academias de baile se salte y brinque como en los tiempos de doña Urraca, y aun bailen la danza primero las señoritas de afiligranado talle, calzadas con los zapatos de los aguadores de puerta cerrada: que se prohiba que la tierra ande, pues es claro que sobre ella andan todos los cernícalos polífagos, delante de cuya presencia la señora tierra se guardará muy bien de tener la osadía de moverse sin su licencia, que nunca le darán. Que la locucion es magistral y con verdadero olor á las rancias antigüedades que tanto nosotros veneramos. Que la pregunta de si son necesarias las citas en las obras para acreditarlas de buenas, está muy bien escrita para que solo la entendamos nosotros los cernícalos. Que la otra de si ha habido en todo el tiempo escritores españoles dignos de admiracion y aplauso es oportunísima, para que se vea la misteriosa sabiduría cómo nos

explicamos por esdrújulos, pues aunque nadie ha negado esta proposicion, conviene echar de cuando en cuando estas pildoritas, que suelen dar tanta sustancia á un guisado literario como un grano de arena á un estofado de perdices, etc.» Despues de puesto este útil comentario á la carta que contiene el *Diario* susodicho, se levantó un cernícalo y dijo: que á la verdad era digna de lástima la suerte de nuestros españoles, que habian florecido en las ciencias útiles, de grandes empresas; que nunca son estudiados ni meditados por sus compatriotas con la aplicacion que se merecen. Lo mismo fué oir esto los demás cernícalos, y que habló de ciencias útiles, de grandes empresas, de estudio y de meditacion, que lo conjuraron como á energúmeno, y viéndole incorregible le expulsaron con vilipendio de su compañía; pues ellos no saben más que leer, nunca estudian ni meditan, ni convienen en que haya más ciencias útiles que las que les han enseñado don Diego de Torres ó la tradicion de sus abuelos. ¡Qué pocos cernícalos se ven repudiados de esta Academia con tan poca venganza!

»Yo, que soy el expulso, me he tomado la licencia de anotar estas noticias, que suplico las incluyan en su periódico.

»El Abate Pan-blando.»

IV.

Despues de figurar su expulsion de la Academia, seguia de este modo haciendo crítica de cosas y personas:

«Aunque expulsado para siempre de la insigne Academia de los Cernícalos, confieso á Vds. la tengo tal aficion, que nunca puedo olvidar ni dejar de preguntar por *interpositas* personas lo que resulta de sus divertidas ocupaciones y útiles tareas. Y he sabido que últimamente han publicado una obra de grabado que ha merecido la aprobacion de todos los grabadores, dibujantes y geógrafos de la region Cernícala... Este se intitula *Plano ideal* (quiere decir que se ha sacado de lo más sutil del talento, y no del terreno que nunca impresionan estas gentes), que *manifiesta la situacion de nuestro ejército en el balle de Morallas, teniendo cortada toda comunicacion á los castillos Belagar y de Arles, su hojo de vista en el Cuartel General.*

»La locucion es estupenda, la gramática original y aquello de *hojo de vista* muy propio para aumentar el diccionario de frases *castizo-cernícalas*, que un cierto *quidam* está trabajando. No es menos apreciable, para alivio de la lengua, escribir *Figeras* por Figueras, *Perpinan* por Perpiñan, porque esto podrá favorecer algun dia la desidia de los copiantes. Mucho más útil podrá ser para algunos convertir en plural lo que es

singular, como por ejemplo, *quedan entre este y los Pirineos todo lo conquistado.*

»¿Qué tal, señores diaristas? Tomemos un polvo, estornudemos, pasémonos la mano por la cara, estirémonos la pierna izquierda, pongámosla sobre la otra y pasemos adelante, y al primer encuentro hallaremos *que el ejército está campado en tiendas y en los pueblos conquistados, y los pueblos que no caben en el Rosellon, se hallan en la librería de Brabo, calle de las Carretas.*

»¿Les parece á Vds., señores diaristas, que esta noticia no merece la atencion de todo un público? ¡Ay, buen Dios, y qué de cosas en una contradanza! exclamaba un profesor de baile; y yo exclamo: ¡Ay, bendito tú, Hermógenes, y qué de cosas en un plano *cernícalo-geográfico!* En él se ven dos soldados al lado de unos campamentos más grandes que tres tiendas de campaña, aunque no se nos dice el nombre, lo que es lástima, pues seria noticia muy curiosa. Allí estan al revés nuestro terreno y el contrario. Allí hay castillos mayores que montañas, montañas menores que el soldado, y hasta sapos, lagartijas y alacranes representa el campo y cielo de tal plano, que todo se halla sembrado de cositas muy bonitas y capaces de hacerle á uno de echar un *hojo de vista* si las mira con codicia. No tiene rosa de vientos, ni escala, ni candrícula, pues no saben nada de esto los cernícalos, ni lo necesitan para ser consumados geógrafos y levantadores de planos; y aun á mí me expulsaron porque pronunciaba estos y otros nombres que llaman algarabía.

»Ustedes no pueden pensar lo que se sabe en esta Academia. Ella se compone de matemáticos, físicos, astrónomos, químicos, farmacéuticos, botánicos, médicos, cirujanos, historiadores, escritores públicos, poetas, músicos, arquitectos, etc., etc., etc., y esto que en la vida han estudiado estas facultades, pues como ya tengo dicho en la otra parte, todo se lo saben *per se*; pero son al mismo tiempo enemigos natos de todo el que ha meditado y ha leido con lo que Vds. llaman aprovechamiento.

»Un cernícalo se paseaba el dia del Córpus por el Jardin Botánico, y como era botánico de aquellos á quienes su Academia habia cargado de honras herbáceas, aunque no llevaba más insignias que una cara gótica y algo exuberosa, mostrando un sumo desprecio á todo lo que olia á Lineo, se arrimó á un tiesto, leyó un papel que encerraba un cañutero, y vió que decia *euforbio*, y con un desden digno de su consumada ciencia, dijo: ¡Eh! aquí han puesto lo primero que les ha dado la gana, majaderos! y siguió paseando con un aire que llenaba de sabiduría todo el jardin.

»Otra vez les daré á Vds. más noticias; y á fé mia que les divertirán é instruirán.

»El Abate Pan-blando.»

V.

Los cándidos madrileños y no pocos provincianos leian con avidez estos artículos, y la fama de El Abate

Pan-blando se desenvolvia con suma rapidez en todo el continente.

Dos nuevas cartas consolidaron su reputacion.

Hélas aquí:

«Señores diaristas: Creo seria muy útil al público una nueva obra titulada *Diccionario universal de frases*, que se está componiendo en la Academia de los Cernícalos, y creo que se imprimirá pronto á beneficio de los pobres enfermos de cabeza que existen en el hospital de inválidos de dicha Academia. Pero por si acaso Vds. y yo nos morimos antes que goce de la comun prerogativa de verse de letras de molde, me he determinado á darles una muestra, aunque pequeña, de obra tan loable y tan útil ál público.

»No soliciten Vds., por amor de Dios, que yo siga un rigurosísimo órden alfabético en artículos tan reducidos, y que se encuentran á la primera hoja: con esta protesta, ahí van segun los copió Antonio mi escribiente, sugeto aprovechado, muy hombrecito de bien, que hace muy buena letra, pero que en cuarenta y dos años, que copia y escribe á más de trescientos amos que ha tenido, aún no sabe lo que es punto y coma, ni cómo se ha de usar la b y la h: por eso tambien pido á ustedes encarguen al Sr. Regente que enmiende los errores de ortografía que haya en esta copia.

«*Bellos esperimentos*. Oportuna frase digna de ocupar la pluma más indulgente que haya entre todas las que usan los escritores públicos. Cuando queremos citar los experimentos de Schele ó de Bertollet, dire-

mos v. gr. «Los bellos esperimentos de Schele ó de Bertollet nos han enseñado» esto ú lo otro: pues así se da á entender y hay tambien esperimentos que no son bellos, y sí feos ó puercos ó inmundos ó que no son tan bonitos como los que haria una Venus de Medicis ó una Sirena encantadora de las que nos pinten los poetas antiguos.

»*Frutos de los climas.* Esta frase es muy clara y legible. Podrá usarse diciendo por ejemplo que las aromas, las resinas y los aceites «volátiles son el fruto del clima del Mediodia;» porque sin duda seran árboles los climas en el Mediodia que producirán fruta.

»*Satisfacer.* Verbo con más de mil significados campanudos, muy útil para ayudar la elocuencia y para sacar con aire de los mayores apuros, á cualquier pobre Cernícalo que se meta á escritor ó traductor.

«El químico más difícil de satisfacerse penetra el tejido de las sustancias.»

¡Qué tal! á la verdad que tiene razon, porque los señores químicos son muy difíciles de tener satisfaccion en nada; gentes tétricas, tiznadas, emparentadas con Vulcano y los lícoples, ya se ve: ¿cómo han de hallar satisfaccion? Con todo *penetran un tejido* y no es extraño. A fé mia que serán ellos muy capaces de convertirse en polvo en ether, y tambien en nada; pues hombres que cogen el aire con la mano, serán capaces de hacer diablitos.

»¡Jesús que gente! Pero en esta Academia no hacen nada de eso, y son tan gordos de entendimiento que

apenas penetran con todo su ingenio la abertura de un monte. Sin embargo, usan con frecuencia estas mismas frases.

Economía del trato comun. Esta frase la entenderá del modo siguiente, cualquiera que no sea cernícalo: *hablar poco, visitar pocas personas, tratar poco, visitar pocas amigas,* etc. Pero en esta Academia se entiende por otra cosa, ó es más lata la sentencia: pues la economía del trato comun saca muchas ventajas de las ciencias naturales, y sinó, véase un diario de 10 de Junio de 1793, página 671, línea segunda del artículo Literatura.

»*Entes corpóreos y sustancias materiales.* Algunos entenderan por ente corpóreo, todo lo que tiene cuerpo, ó que está sujeto á las tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad, pero á fé mia que no será Cernícalo el que así lo crea. No, no haya miedo que tenga semejante prerogativa, pues para tenerla, es menester precisamente creer que el *peso, la gravitacion,* el *movimiento* y el *sonido* son entes que tienen cuerpo y sustancias materiales, á cuyo conocimiento nos dirige la física esperimental, que se enseña en la susodicha Academia. Esta se publicó en un diario (de 10 de Junio), para que todo el mundo lo lea, con ánimo sin duda de que no se extiendan los conocimientos que ustedes llaman útiles y que se aumente el número infinito de Cernícalos, que tanto cunde en nuestra era.

»A Dios señores diaristas, de Vds. su siempre afecto.

»El Abate Pan-blando.»

«Señores diaristas: Ya he dicho á Vds. que en la célebre Academia de los Cernícalos, hay gentes de todas profesiones, clases, edades y sexos: tenia ánimo de decir algo á Vds. de sus poetas; pero hoy me duele mucho la cabeza, y no he tenido ganas de comer, con lo que me acuerdo de algunos Médicos que trate antes de mi memorable expulsion y me parece será muy útil á la humanidad propagar por todo el mundo su método curativo. Ante todas cosas allí no entra ninguno, ni sube grado ni grada, por más que se descalabace, consumado y terco sistemático, de manera que luego que haya adoptado su método, no debe variar de él, aunque visiblemente vea que se le mueren los enfermos.

»No tienen más noticia de los simples, que lo que dicen los Empíricos de todos los tiempos pasados y presentes, pues para ser buenos Médicos han de haber probado en alguna disertacion que contenga ciento y cincuenta silogismos, aunque sean en bárbara, con sus apéndices, colorarios y demás zarandajas, que el bueno y experimentado Médico no ha de conocer qué planta es la que le traiga ningun hortelano ó jardinero, pues este conocimiento indigno no digo yo de un médico de bigotera, sino tambien de un boticario Cernícalo, solo debe tenerlo el herbolario ó harbolario ó como Vds. gusten llamarlo. Así se decretó en una de las juntas que se celebraron habrá una docena de siglos por esta Academia, quedando decidido que el *Médico debia ser Médico, el Boticario, Boticario y el Herbolario Herbolario.*

»En esto se quiso dar á entender que las yerbas solo las debe conocer un hombre que en su vida sepa leer ni escribir, que los remedios nadie debe saber cómo se componen más que el Sr. Boticario, y que el doctor Cernícalo en Medicina ajeno de todos estos conocimientos, no debe alambicar, estraer, confeccionar, ni analizar sino el meollo sustancial de las enfermedades, que en último resultado debe dejar un tesoro precioso de ciencia útil que se pueda ver, oir, sonar y palpar.

»Bien conozco señores diaristas, que hay muchos médicos en el dia aborrecidos en esta Academia, que estan adornados de los que se llaman conocimientos útiles, y que no tan solo saben la medicina en toda su extension, sino que tambien conocen con fundamentos sólidos todos los puntos de contacto que los demás ramos del grande estadio de la naturaleza, tienen con esta ciencia acaso la más necesaria en la sociedad humana; conozco á muchos que estudian en el libro utilísimo de los hechos y de la observacion; quien no visita al dia más de diez enfermos de peligro; quien estudia de nuevo cada enfermedad en cada individuo y no se fia de sus conocimientos adquiridos, sino en cuanto puede comprobarlos ó adquirir otros nuevos; quien no pierde vista las observaciones de los demás y procura enterarse de los nuevos descubrimientos que ofrece el mundo sábio; finalmente quien dueño de las ciencias exactas y de una crítica sana y juiciosísima calcula, compara y estudia los resultados de un crecido número de hechos bien averiguados. Pero en la

Academia no hay ni un médico de esta clase: los Médicos Cernícalos ó bien se encaprichan en un sistema del que nunca se apartan, porque se les figura un crímen abominable, ó bien nunca salen de definiciones, axiomas, silogismos, demostraciones lógicas, rigor lógico, argumentos exclusivamente propios é incortables en toda disputa racional, en lo cual dan á entender que la lógica es capaz de resolver por sí sola una cuestion médica; y si no díganlo los que estudian Súmulas; que los argumentos no han de ser inclusives impropios, sino propios y exclusivos que querrá decir ó monopolistas, y que hay disputas racionales é irracionales, como por ejemplo, la que tendria un Médico con otro sobre la inoculacion: esta será racional comparada con el altercado que tendria un burro elocuente rebuznador con el amo, que le da de palos, la cual se puede llamar impropiamente disputa irracional.

»¿Qué curas tan famosas no hacen estos médicos? ¿Pues, y sus cirujanos? Con solo el estudio de la Plebotonía (obra profunda y capaz de hacer sábio á cualquier peluquero en media hora de tiempo) hacen prodigios de valor quirúrgico; y sino uno que metiéndose á médico mandó el extracto thebaico á cierto Cernícalo para curarle un acceso de sabiduría en un *no sé qué por no se quien*, que lo volaba á Zaragoza: otro que á una señorita en un tumor la aplicó un braguero de resortes, y la privó así de una de las cualidades que distinguen la especie humana, cual es la de andar en dos piés: otro que prohibió á un enfermo la gallina,

porque decia que apocaba el ánimo é indigestaba el estómago; sobre esta materia escribió una erudita memoria en que probó las enfermedades que suelen ocasionar á los jóvenes las gallinas, aunque no salgan del gallinero ni hayan sido degolladas. ¿Qué aplausos no mereció semejante escrito en esta célebre Academia! Adios, señores diaristas, saben Vds. que su afecto servidor es

«El Abate Pan-blando.»

VI.

Pues bien; el Abate Pan-blando, el Currutaco, ó D. José de Osaca, que era su verdadero nombre, constituia en los primeros años del siglo actual el tipo del hombre de mundo, del bohemio literato de nuestra época.

Planta exótica en aquella sociedad, entre toreros, cómicos, manolas y literatos, vivia alegremente; gastaba su patrimonio dejando una buena parte de él entre los mercaderes prestamistas de la calle de los Preciados, sin cuidarse del porvenir, porque sabia que en último caso el hospital de San Juan de Dios le daria cama para morir y el cementerio general siete piés de terreno para la sepultura.

En 1807, nuestro Currutaco no tenia la menor noción del sentimiento patriótico.

Hasta entonces se vanagloriaba de haber enamorado

á muchas mujeres, sin que ninguna de ellas hubiera conseguido esclavizarle.

Sin embargo, el amor debia redimirle.

La historia de su redencion es breve, pero como constituye una de las páginas ignoradas de la gran epopeya, voy á contarla.

VII.

Una mañana del mes de Abril de 1807 se hallaba conversando con varios amigos en la puerta de una de las covachuelas de San Felipe, cuando acertaron á pasar dos manolas por delante de nuestro Currutaco.

Involuntariamente fijó los ojos en una de ellas y no pudo menos de saludarla con una frase galante.

—Mira, mira; dijo la que iba al lado de la que inspiraba la galantería. Ese señó don Líquido va á derretirse por tus peazos.

—Arrópese Vd. mucho, dijo Serapia, que así se llamaba la manola á quien se dirigió el Currutaco, porque está usté malito y pa pocas gromas.

Serapia era el tipo perfecto de la hija de los barrios bajos de Madrid, y se comprende que su belleza, unida al natural desparpajo, á la gracia y á la desenvoltura que la caracterizaban, fascinase á José.

VIII.

Las manolas siguieron su camino y nuestro jóven desocupado guardó impresa en su alma la imágen de aquella mujer, y, á pesar suyo, sintió que le preocupaba su recuerdo más de lo que hasta entonces le habian preocupado los asuntos femeninos.

—¡Bah, ya la olvidaré! se dijo.

Pero en vano queria cumplir este propósito.

Su imaginacion le representaba á todas horas la belleza encantadora de Serapia, prometiéndole con su amor tesoros de felicidad.

—Pues señor, no hay más remedio, se dijo. Necesito buscarla y la buscaré.

Conocia en la calle de Toledo un tratante enganado, llamado Juan Candiles.

—No hay duda, este la ha de conocer por fuerza.

Y se decidió á verle inmediatamente.

Era el Juan Candiles un gitano de raza, de rumbo y muy campechano.

Una vez que se hubieron saludado:

—Mira, Juaniyo, ledijo José hablándole en su particular dialecto; estoy *chalao*.

—¿Qué me cuenta *su mercé?*

—Lo que oye.

—Arguna jembra de caliá...

—La manola má remanola de tó Madrí má sorbio los sesos.

—Pu si es manola, por fuersa que es de mi conosensia.

—Así lo creo y por eso vengo á verte.

—Hable su mersé, que yo le escucharé sin pestañeá.

—Es preciso que en cuarquié casa der barrio Lavapiés á onde tú tengas confiansa, armes un baile y procures que vayan ayí toas las mosas guapas der barrio. Yo iré contigo y si la encuentro te indicaré quien és pa que me informes de sus costumbres y su trato.

—¿Ná más que eso?

—Por ahora ná más.

—Bien. Hoy es viernes, continuó el gitano. Er domingo habrá er baile.

—Espero que no te se olvidará.

—Descuie su mersé.

Los dos se separaron y el Currutaco no hacia más que pensar en la manola y en si Juan cumpliria la palabra.

IX.

En efecto; el dia señalado se reunía una buena parte de la manolería de Madrid en el piso bajo de una casa de la plaza de Lavapiés.

La banda de guitarras, bandurrias y hierrecillos de Antonio el *Tuerto* constituia la orquesta.

Los majos y las majas, con los trapitos de cristianar, animaban el cuadro.

Poco despues de comenzar el baile se presentaron el Currutaco y Juanillo Candiles.

No tardó el primero en descubrir entre las manolas el agraciado palmito de la Serapia.

El gitano, que debió fijarse en la misma:

—¿Es la Serapia? dijo.

—Aquella de ojos negros, rasgados, con el corpiño grana.

—La mesma. Me lo habia figurao. Camará, añadió dándole unos golpecitos en el hombro. Ya pué su mersé andá solo por el mundo. Se ha ido á prendá de lo má varí de toa la manolería. Pero así como digo á su mersé una cosa, le digo otra. Esa jembra que por fuera paese un fuego artifisial, es por drento má fria que el agua que chorrea en el invierno la Mari-blanca é la Puerta er Sol.

—Háblame de ella, que tú debes conocerla á fondo.

—La conozco como si la hubiá parío.

—¿Cómo vive, de qué se mantiene?

—Su mare, la tia Chana, tié un cajon en er Rastro á onde vende esperdisios, y como fué una rial mosa, las malas lenguas isen que si tuvo ó no tuvo que ver en sus moseaes con un mayordomo der conde de Aranda, pero lo sierto es que toos los meses va á una casa de la caye los Presiaos onde cobra la renta de un dineriyo que ar morirse er mayordomo dejó á un mercaer pa eya.

—¿Pero la chica es soltera, casá ó tiene arrimo?

—No se la ha conosío más que un novio, pero por lo

fino; quié isir con la intension de casarse con eya.

—¿Está en el baile?

—¡Qué más quisiá él!

—Pues ¿dónde anda?

—No anda, que está parao.

—Explícate, Juanillo.

—Boquera, que así se yamaba er gaché, era banderiyero de la cuadriya de Costiyares y hablaba con Serapia... Vamos, que los dos se habian tomao querensia. En esto el hijo er Romo se encalabrinó por la mosa, empesó á dirigirle jarabe de vihuela y jarabe de pico, rondó la caye, se entera Boqueriya, busca ar bocon, se van los dos mosos ar Campiyo é Manuela, sacan los arfileres y Boqueriya le endiñó una al hijo er Romo que le hiso sartar las tripas enviándole al otro barrio. Los corchetes cogen á Boqueriya, me lo yevan á chirona y ende ayí á presidio. Er probesiyo está sufriendo la condena y tié pá mucho tiempo entadía si Dió no lo remedia.

X.

Estas noticias bastaron á José.

Poco despues tuvo ocasion de cerciorarse de que Juan Candiles no le habia engañado acerca del carácter de la jóven.

Nuestro Currutaco se acercó á la manola y empezó á echarla piropos.

Serapia oyó sus galanterías como quien oye llover y

le demostró que por nada del mundo se ablandaría su corazon.

Esto incitó más y más el deseo del jóven y desde aquel dia no cesó de hacer la rueda en toda regla á la manola.

Sus esfuerzos, su oratoria eran inútiles.

Siempre la encontraba dispuesta á defenderse; siempre tenia en sus labios un epígrama ó un chiste con que poner en ridículo su amor.

Serapia llegó á convencerse de que José estaba verdaderamente enamorado de ella y se propuso marearle, jugar con su pasion, aliviar las penas que le causaba la ausencia de su amante con aquella galantería que le proporcionaba la envidia de las otras manolas.

Uno de los dias que se acercó José á hablarla:

—A mí me gustan los hombres ru nbosos, le dijo Serapia, y muy pronto se acerca la ocasion de que veamos si usté lo es.

—¿Qué ocasion es esa?

—La de la Cruz de Mayo. Dentro de cuatro dias pondremos la cruz en la caye de Lavapié en casa de la Eustoquia. Habrá baile y jolgorio, y si usté vá, veremos cómo se porta.

XI.

Llegó por fin el dia, y con arreglo á la costumbre que entonces estaba en su apogeo y que se ha conservado hasta hace poco, se reunieron varias amigas, cu-

brieron el portal de la casa de la señora Eustoquia con colchas, formaron un pabellon, colocaron bajo él la santa Cruz adornada de flores, y las manolas y manolos comenzaron desde el amanecer á practicar la cuestacion consabida con el fin de emplear las ganancias en un banquete.

De cuando en cuando sonaba la vihuela, habia cantos flamencos y las manolas apuraban su labia para sacar los cuartos á los que movidos de curiosidad visitaban aquel dia los barrios bajos para admirar la gracia de las manolas y su buen gusto para adornar la santa Cruz.

José estaba ya medio loco.

Los obstáculos que hallaba su pasion la aumentaban por momentos.

XII.

Llegó á la calle de Lavapiés, y apenas habria andado veinte pasos cuando se vió asaltado por dos manolas.

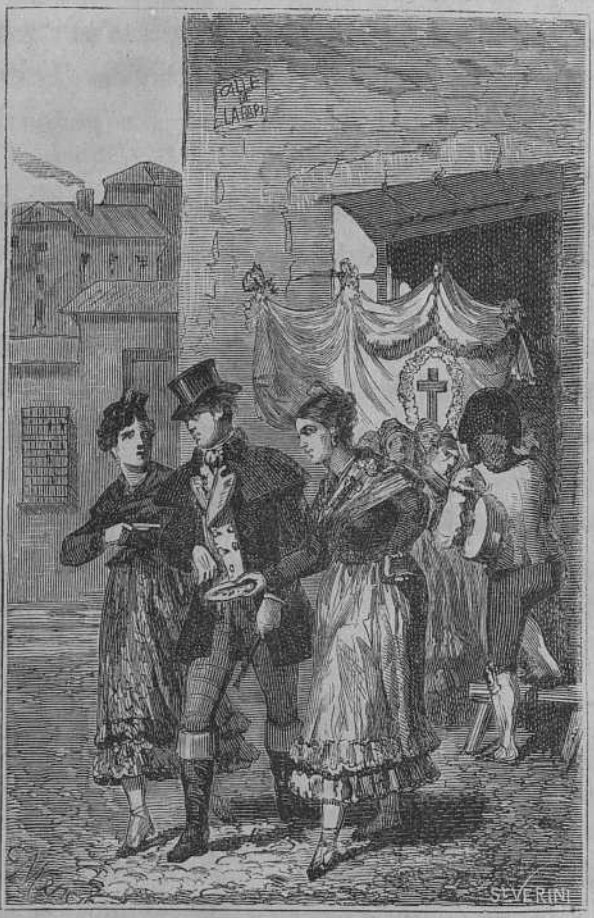
Una de ellas era Serapia.

—Señorito, para la Cruz de Mayo, dijo su compañera.

—Vamos á ver el rumboso, añadió la moza.

José, sin saber lo que hacia, porque Serapia le tenia hechizado, sacó la bolsa y pagó al mismo tiempo el tributo en amor y en moneda.

—Me estás matando, dijo á la manola.



Sin saber lo que hacia, porque Serapia le tenia hechizado, sacó la bolsa y pagó al mismo tiempo el tributo en amor y en moneda.

—No será tanto.

—Sí, te lo digo de veras. Y aunque me he convencido de que no tienes corazon; aunque sé positivamente que estás jugando conmigo, no puedo abandonarte. ¡Sí Dios te tocara en el corazon...!

—Dió no se mete en esas cosas.

—Pero ¿estás convencida de lo que te quiero?

—Me paé que sí.

—Y ¿tú no me correspondes?

—Yo no puedo amar á naide.

—Si merecen algo mis finezas, te suplico un favor.

—Diga usté.

—Quiero poder hablar contigo á solas; dame una cita.

—No se canse usté; ni usté ha nasío pá mí, ni yo pá usté; con que así lo mejó es poner tierra é por medio.

En vano insistió José con sus ruegos.

Se separaron, pero ya le era imposible dejar de verla todos los dias, y continuó visitando el barrio de Lavapiés.

XIII.

Dos meses despues de la escena que habian tenido el dia de la Cruz de Mayo, cayó enferma la madre de Serapia, y la muchacha, que era buena hija, se contristó muchísimo.

José, que entraba ya en su casa, llevó un médico de

los mejores de Madrid y él mismo hizo de enfermero.

La enfermedad era muy grave, mucha la edad de la paciente, y al cabo de veinte dias sucumbió.

Con la muerte de la madre de Serapia cesó la pension que le daba el mercader de la calle de los Preciados, y la jóven quedó en la mayor pobreza.

La pasion habia variado por completo las costumbres y las inclinaciones de José.

Ya no se ocupaba para nada de la Academia de los Cernícalos ni de las críticas dramaticales.

Ya no frecuentaba los degolladeros de los corrales, ni apenas parecia por el café de Canosa, y era *rara avis* en las gradas de San Felipe.

En cambio, todas las mañanas apenas salia de su casa iba á la de Serapia y no cesaba un solo instante de hablarle de su pasion, pero ya de otra manera muy distinta.

Al afecto se unia el deseo de proteccion que la desgracia de la jóven le inspiraba.

Al fin de tanto ruego pudo conseguir que aceptara algunos auxilios, y aumentando el respeto en él á medida que era mayor la desgracia de la jóven, pudo arrancarle una promesa.

—Déme Vd, le dijo Serapia, un año de término. Prométame Vd. en tó ese tiempo no hablarme, no verme, y si yo me convenzo por esta prueba de que es verdadero el afecto que me profesa, yo le aseguro que sabré corresponder á él.

José se resignó.

—Voy á hacer lo que quieres, le dijo, y se despidió de ella resuelto á ganar su amor con aquel sacrificio.

José no volvió á ver á Serapia.

La pobre jóven reconoció su cadáver entre los de los esforzados madrileños fusilados por los francos en la Montaña del Príncipe Pío en la madrugada del 3 de Mayo de 1808.

Veamos lo que pasó.

José permaneció un mes sufriendo los efectos de la ausencia.

Cuanto más apartado vivia de Serapia, mayor era el fuego que sentia en su alma.

Fijo su pensamiento en la jóven, ni aun en sueños se apartaba su recuerdo de su mente.

Al fin decidió faltar á su palabra.

—Me es imposible vivir sin verla; no la hablaré, pero sabré si es dichosa ó si sufre.

Y se encaminó al barrio de Lavapiés.

Sus pesquisas para encontrarla fueron inútiles.

Serapia habia abandonado su casa, habia desaparecido del barrio, habia ocultado á todo el mundo su resolucion y nadie sabia su paradero.

¿Qué significaba aquella determinacion?

El deseo de hallarla animó á José, y desde entonces se consagró á inquirir, á averiguar dónde se habia ocultado Serapia.

La desdichada pasion del jóven llegó á ser conocida y respetada de toda la manolería.

José fué en extremo simpático para aquella gente, tan

dispuesta á burlarse de los currutacos insolentes, como á respetar y á querer á los individuos de las clases superiores que mostraban á sus ojos grandeza de alma.

Trascurrió todo el invierno de 1807 á 1808 sin que José lograse averiguar el paradero de Serapia.

En este tiempo trabó verdadera amistad con los manolos más queridos del pueblo.

No sabia apartarse de su lado; sus costumbres le entusiasmaban; su trato distraía sus penas.

Como el pueblo inconscientemente se preparaba al gran drama que poco despues debia verificarse en España con asombro del mundo, participó del sentimiento patriótico, que poco á poco fué ganando el corazon de los españoles.

Desde luego renunció á la moda francesa; cambió su traje pretencioso por el de los españoles rancios; y animado en medio de sus desengaños por la esperanza de que Serapia cumpliria su promesa, se preocupaba con sus nuevos amigos de los asuntos que interesaban al porvenir de la pátria.

Sabido es que en aquellos tiempos por ódio al Príncipe de la Paz los frailes enseñaban al pueblo á obedecer al Príncipe de Astúrias.

En Palacio los servidores de este urdian intriga sobre intriga para aniquilar al favorito, para poner en pugna á Fernando con Cárlos, al hijo con el padre.

A la conspiracion del Escorial sucedió el motin de Aranjuez.

Napoleon tenia por agentes de sus planes los

ambiciosos que rodeaban al Príncipe de Astúrias.

Al mismo tiempo pactaba con Godoy.

Gracias á esta táctica, so pretexto de pasar á Portugal entraron en España numerosas legiones de franceses, se apoderaron traidoramente de algunas plazas, y á fines de Abril de 1808 llegaron á Madrid los generales más distinguidos del Imperio.

Entre tanto no habia ni sombra de gobierno en la capital de la monarquía.

El pueblo despertó tarde de su letargo.

Nadie hubiera sospechado que los que como esclavos se acortaron el dia 1 de Mayo de 1808 aparecieran como irritadas fieras el dia siguiente.

Abandonemos un momento á José para reproducir aquí el magnífico cuadro que del dia 2 de Mayo ha trazado una mano movida por un corazon entusiasta y leal.

Al final de la catástrofe volveremos á hallarle entre los héroes y los mártires de tan sublime epopeya.

XIV.

Amaneció el dia 2 de Mayo, dia memorable en los fastos de la insurreccion española, y el que los franceses habian señalado para la salida de las personas reales que aun quedaban en Madrid.

Varios coches de camino y una grande escolta de tropas francesas se hallaban en la plaza de Palacio, que estaba llena, desde muy de mañana, de una inmensa

multitud de hombres y mujeres que contemplaban tristemente los preparativos del viaje; veíase grabado en sus semblantes el carácter de aquel triste abatimiento que precede á las grandes explosiones del alma. A las nueve, la reina de Etruria con sus hijos salió de palacio, en donde quedaron dos coches, que varios criados de la casa real cargaban con precipitacion. Corrió el rumor de que aquellos coches estaban destinados para la salida del infante D. Antonio; y la servidumbre del infante D. Francisco referia en algunos corrillos que este interesante niño lloraba lleno de dolor, no queriendo salir de Madrid. Esta noticia contrista á las mujeres y desespera á los hombres. A las once un edecan de Murat viene á dar la órden de la marcha, y el pueblo, que adivina fácilmente su comision, profiere contra él las mayores injurias y amenazas. Al bajar por la escalera principal para tomar el coche los infantes D. Antonio y D. Francisco, su presencia arrebata á la multitud, y una miserable anciana, que aun se ignora si desahogó sus propios sentimientos ó servia á los designios de los franceses, exclamó en alta voz:

—*¡Válgame Dios! que se llevan á Francia á todas las personas reales.*

Este grito es la señal de explosion de la violenta ira de la multitud, que se lanza presurosa á cortar los tiros de los coches destinados á conducir los príncipes, resuelta á impedir su marcha. El destacamento de la guardia imperial que debia servirles de escolta, hace fuego entonces sobre la multitud indefensa, que lejos de

aterrarse ataca denodada á los soldados vencedores del mundo. El fuego de la insurreccion se extendió con la celeridad del rayo; Madrid entero se levanta contra los franceses, y cada casa es una fortaleza; ármanse como pueden los habitantes de toda clase, edad y sexo, y llenos de rabia y desesperacion atacan á los franceses en las calles y en las plazas, y otros desde lo alto de los tejados y ventanas.

No se oian más que voces mezcladas con el redoble de los tambores y trompetas que llamaban á los soldados á sus respectivos cuarteles, pero ínterin llegaban las tropas, continuaba en todas partes el asesinato de los franceses aislados. Veíanse jóvenes resueltos, sin más armas que un puñal ó un palo, arrojarse con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos. Otros desde las esquinas asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes y entorpecian las comunicaciones; otros, unidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballería; otros, saltando con la mayor agilidad sobre los caballos del enemigo, derribaban á puñaladas á los ginetes, haciéndose dueños del caballo y de las armas. Otros degüellan en sus mismas casas á los oficiales alojados en ellas: los albañiles, desde la altura en que les sorprendió el movimiento, lanzan sobre los franceses cuantos materiales tenian á mano. Las mujeres desde los balcones arrojan tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas que recorrian las calles. Y hasta los niños tomaron parte en

esta heróica lucha, y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron, mientras que otros arrastran y golpean al moribundo francés. El ódio del pueblo es sobre todo inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.

En tanto, cuatro mil hombres de tropas españolas se hallaban encerrados en sus cuarteles, en donde los jefes apenas podian contenerlos. Tres horas habian trascurrido desde que se empeñó la terrible lucha entre el pueblo y sus opresores, y los habitantes de Madrid continuaban incansables en la destruccion y carnicería de los franceses. Desde el principio de la insurreccion arranca Murat al infante D. Antonio, que se hallaba en su poder, una órden para que la tropa no saliese en todo aquel dia de sus cuarteles.

Desde que se oyeron los primeros tiros, el mariscal Moncey y los demás generales que no mandaban cuerpos se reunieron al duque de Berg, y tomaron posicion en el alto de la puerta de San Vicente con un regimiento de fusileros de la guardia imperial.

Las tropas que se hallaban en Madrid recorrieron las calles, y sus jefes destacaban partidas que entrasen en las casas donde se habia hecho fuego y castigasen á los agresores. La artillería volante hizo algunas descargas en la calle de Alcalá sobre la multitud, que no por eso se arredró y continuó el ataque: la columna apostada en la plaza de Palacio subió por la calle Mayor

haciendo fuego á los balcones y ventanas, y al mismo tiempo y hora de las doce, las columnas francesas de los campamentos de Chamartin, San Bernardino y la Casa de Campo entraron en la capital y ocuparon todas las calles.

La caballería de la guardia imperial penetra por la puerta de Alcalá, y en dos divisiones carga al galope á la multitud por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, viniendo á situarse en la puerta del Sol, en donde son inhumanamente asesinados grupos enteros de patriotas. Al mismo tiempo una columna de infantería ocupaba la extension de la calle de San Bernardo, reuniéndose en la plazuela de Santo Domingo con las tropas que defendian las inmediaciones del palacio de Murat.

Fuertes destacamentos de caballería sitiaban las puertas de la capital para impedir la entrada de los habitantes de los pueblos inmediatos.

Todas las calles de Madrid estaban erizadas de bayonetas francesas, y en todas se combatia sin consultar su número.

El general de brigada Lefranc al frente de una columna francesa, quiere apoderarse del parque de artillería español, situado en la calle de San José, en el barrio de las Maravillas. Dos valientes oficiales de artillería, D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, con treinta y tres hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, hicieron rendir las armas á un destacamento de cien franceses que ocupaban aquel punto; y reunidos á

catorce artilleros, la mayor parte inválidos, dieron entrada á una multitud de hombres y mujeres que suspiraban por armas para combatir contra el enemigo. Daoiz y Velarde tomaron el parque y sacaron cinco cañones tirados por los paisanos. Dos se colocaron enfilando la calle de San Pedro la nueva; uno lo interior del parque, cuyas puertas se cerraron inmediatamente; y los otros tres, el uno á la salida del cuartel mirando á la calle Ancha de San Bernardo, otro en la confluencia de las cuatro calles que están al extremo superior de la de San José, el que fué servido por las mujeres cuando murieron los artilleros á quienes se encargó, y el tercero quedó de reten en el patio.

Al recibir la intimacion de rendicion, el cañon cargado de metralla responde arrollando la columna enemiga. Por tres veces cargan nuevas tropas á paso de ataque contra la débil batería española y son nuevamente arrollados, dejando la calle cubierta de cadáveres.

El combate se renueva con más furor, y el enemigo, reforzado por todas partes, emprende un ataque general; pero Daoiz y Velarde aplican á un mismo tiempo la mecha á sus cañones y la columna entera queda destrozada, cubierta la calle de cadáveres y puestos en fuga los franceses.

Volvió á renovarse el ataque, en que fué herido gravemente Daoiz por no haber querido ponerse á cubierta de la metralla enemiga, sin poder reducirle á que se retirara. Acabóse la metralla; y con el cajon de pie-

dras de chispa que encontró en los almacenes Velarde, cargó las dos últimas veces Daoiz y disparó su cañon; volvieron á la carga los franceses, y mientras Velarde activaba dentro del parque el apresto de municiones, tuvieron que replegarse al interior del edificio los pocos artilleros y voluntarios que habian quedado. Daoiz, herido y sin querer retirarse al cuartel, permaneció casi solo en medio de la calle apoyado sobre un cañon, no pudiendo por su herida sostenerse en pié, pero con su espada en la mano. El general Lagrange, bajo pretexto de tratar de parlamento, se le aproxima para insultar el heroismo y alza su sable para herirle; pero Daoiz le da una fuerte estocada, y sofocado con el número de los franceses que cargan sobre él, recibe innumerables heridas, de las que murió aquella misma tarde.

Velarde al salir del almacen halla el patio del parque inundado de franceses, y un oficial polaco le asesta por la espalda alevosamente un pistoletazo, que atravesándole el corazon le dejó sin vida al momento.

Los voluntarios continuaban desde el interior del edificio el fuego; pero el asesinato de sus valientes comandantes desanimó sus corazones, y al saber que el gobierno intimaba la pacificacion, depusieron su actitud hostil y lograron volver á sus cuarteles, á pesar de que Murat habia mandado no se diese cuartel á los que se hallasen en el parque; pero el valor heróico de sus defensores admiró á sus enemigos, y el mismo general Lagrange y los comandantes franceses fueron sus intercesores.

La historia conservará eternamente los nombres de Daoiz y Velarde como el de los primeros heróicos mártires de la independencia y de la gloria nacional.

Tres horas trascurrieron desde que se habia empeñado la terrible lucha entre el pueblo y sus opresores, y los habitantes de Madrid continuaban incansables. Una hora más de duracion hubiera causado males espantosos, pues ya los habitantes de los pueblos circunvecinos se aproximaban inflamados para reunirse á sus valientes compatriotas. Murat, que á pesar del excesivo número de sus tropas desconfió de vencer y expidió órden á Dupont, que se hallaba en Toledo, para que al instante marchase sobre Madrid, adoptó un medio para pacificar la insurreccion: trató con el infante D. Antonio de evitar la efusion de tanta sangre, y los ministros de la Junta Suprema salieron por las calles agitando sus pañuelos para publicar una amnistía si los habitantes deponian sus armas y se retiraban á sus casas.

A las dos de la tarde los ministros de los consejos de Castilla, Indias, Hacienda y Ordenes, que se hallaban reunidos en un mismo local en la calle de Santa María de la Almudena, frente á la iglesia de este nombre, salieron solemnemente acompañados de los guardias de Corps y de algunos generales franceses, y divididos en secciones recorrieron todos los barrios de la capital, llevando en las manos pañuelos blancos y profiriendo las palabras de *paz*, *paz*, *que todo está compuesto*, salvando al mismo tiempo á varios infelices que habian caido en manos de los franceses.

La dulce voz de paz, proferida por los trémulos labios de magistrados venerables, hizo deponer á los habitantes de Madrid sus armas en el momento de su mayor exaltacion; y á la sola voz de la autoridad pasaron de la venganza á la prudencia y del furor al respeto: ejemplo único en los anales del mundo, y digno del mismo pueblo que en 19 de Marzo de aquel año contuvo su indignacion contra el privado á la sola voz augusta de un príncipe idolatrado.

Murat no se contentó con ver ceder al pueblo de Madrid, debido menos que á la fuerza de las armas á la persuasion de los magistrados, y quiso vengar pérfidamente la muerte de sus soldados. Un bando publicado al tiempo de anunciar la pacificacion imponia la pena de la vida á cuantos se encontrasen con armas. Bando que, á pesar de haber sido oido por muy pocos, empezó á obligar desde luego; y en un dia en que por la general efervescencia se hallaban obligados á llevarlas cuantos ignoraban la prohibicion de su uso, la capital se inundó de fuertes patrullas, que recorriendo sus calles, registraban escrupulosamente á todos los que encontraban, y los conducian á los cuerpos de guardia más inmediatos, y de allí á la casa de Correos, donde se habia establecido una comision militar presidida por el capitan general español D. Francisco Javier Negrete y el general francés Grouchi, desde donde eran conducidos al Prado y fusilados inhumanamente, sin concederles la asistencia de un sacerdote que los auxiliase en sus últimos momentos: así perecieron muchos ino-

centes, cuyo único crímen era el habérseles hallado casualmente una navaja, tijeras ó cortaplumas, hasta algunos miserables barberos por encontrarles las navajas de afeitar; los infelices trajineros por las agujas de ensalmar, que traian, segun costumbre, en las monteras, y aun los esquiladores, que llevaban descubiertas las tijeras de su oficio. Sacaron además á los pacíficos habitantes de las casas desde donde habian recibido más daño los franceses, y fueron igualmente condenados á muerte hombres, mūjeres, sacerdotes, religiosos; todos confundidos perecieron impunemente en la noche funesta del 2 de Mayo, cuyo lóbrego silencio interrumpia á largas distancias el pavoroso estruendo de las descargas, que abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas de la patria.

El terror heló el corazon de los heróicos madrileños, que en la madrugada del 3 vieron continuada la catástrofe de la noche. Cuarenta hombres que los franceses habian hecho prisioneros durante la sangrienta lucha del 2, y que habian sido conducidos al cuartel que se halla en la altura de la puerta de San Vicente cerca del palacio que ocupaba Murat, fueron fusilados al amanecer del 3 en la cima de la montaña del Príncipe Pío. La órden de perdon que aparentemente les concedio Murat, para reconciliarse con el pueblo, llegó algunos minutos despues de la ejecucion.

XV.

Los lectores acaban de ver la dramática y conmovedora pintura que del dia 2 de Mayo, él más glorioso de la historia moderna de España, he trascrito á estas páginas, tomándolas de un interesante opúsculo.

El pueblo de pan y toros, aquella masa inconsciente que hemos visto en todo el curso de esta historia viviendo poco menos que en la abyeccion, hizo más, mucho más, en aquellas solemnes circunstancias que los personajes que hasta entonces habian vivido al calor de la córte dirigiendo los negocios del país, influyendo en la marcha de la política ó conspirando en las antecámaras de palacio para saciar su ambicion.

Nadie estaba preparado para castigar la insolencia de los franceses; nadie hubiera creido en la madrugada del dia 2 que durante las horas que iban á seguir, el pueblo de Madrid se haria digno de la gloria de Numancia y Sagunto.

Desde la plaza de Oriente corrió como una chispa eléctrica la noticia del atentado cometido por los secuaces de Murat, y al llegar á los barrios bajos se encontraba José en la calle de Lavapiés.

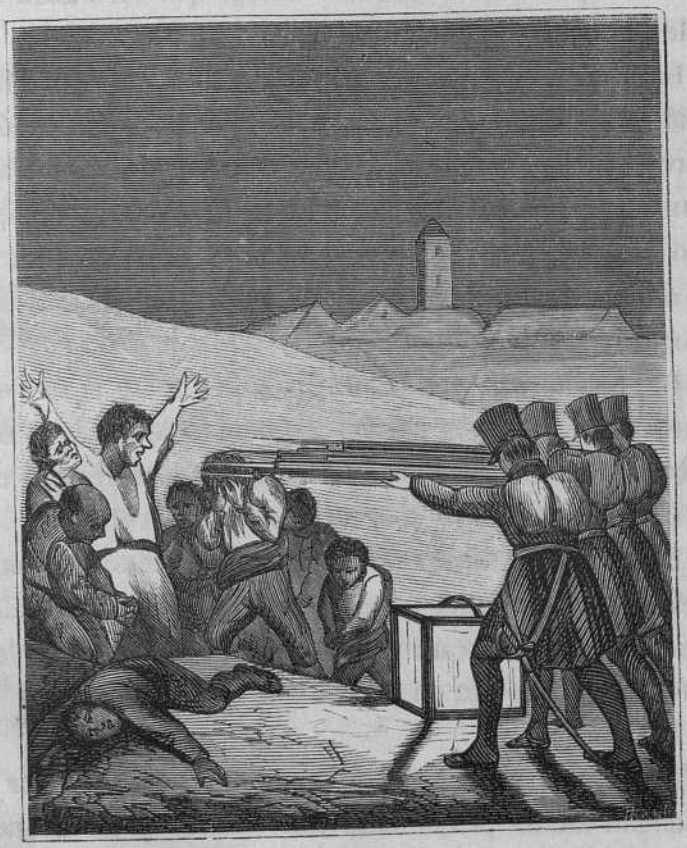
Aquel hombre dominado por una pasion, aquel hombre que al dia siguiente, segun las promesas de Serapia, debia volver á verla, poseido del sentimiento patriótico que embargó todos los ánimos en aquel instante, no pensó en otra cosa más que en ofrecer, como los

demás, el sacrificio de su vida en holocausto de la independencia de la pátria. El fué el primero que en el barrio de Lavapiés, corriendo de un lado á otro, llamando á sus amigos, recogiendo todas las armas que encontraba, abasteciéndose de municiones, colocándose al frente de un grupo numeroso de manolos, se batió en los alrededores del convento de la Merced y recorrió con su hueste la calle de Toledo y la plaza Mayor hasta las cercanías de palacio.

Aquel grupo de hombres esforzados sembró el terror en las filas del ejército francés, y con navajas, puñales, trabucos, escopetas, pistolas, martillos y garrotes aterraban á los soldados de Murat, y aunque algunos cayeron, las balas enemigas respetaron á José.

Al llegar á noticia de este la sin igual defensa que Daoiz y Velarde hacian en el parque, acudió con su gente, y con los que sobrevivieron á aquel heróico episodio del drama fué apresado por los franceses al caer la tarde y conducido con unos cuantos al cuartel de guardias de Corps.

En aquellos instantes no le hubieran reconocido los lectores. Durante la refriega se habia destrozado su traje; su rostro, tostado por la pólvora, habia perdido la brillantez y la blancura que le distinguian antes. Desgreñado, desencajado por la ira, y sin formacion de causa, fué conducido en la madrugada del dia 3 á una de las alturas de la montaña del Príncipe Pio y fusilado inícuamente por los soldados del invasor. Pero ni aun entonces decayó su ánimo.



Fusilamientos del 3 de Mayo de 1808.

De rodillas al lado de otros infelices que iban á recibir la muerte, extendiendo los brazos al cielo:

—¡Destruidnos, verdugos, exclamó, que muy en breve nos vengará la España entera!

Aun no habia terminado esta frase, cuando cayó mortalmente herido con los demás que formaban el peloton sentenciado á muerte.

La noticia de estos inícuos atentados circuló por Madrid; los soldados de Napoleon abandonaron los cadáveres, y todas las personas que echaban de ménos algun sér querido acudieron á la montaña del Príncipe Pio para examinar los cadáveres y ver si entre alguno de ellos se hallaban las personas unidas por los más estrechos vínculos á su corazon.

La escena era desoladora; el cielo, como si tomase parte en la profunda tristeza del pueblo de Madrid, estaba encapotado. Soplaba el viento de Guadarrama con la misma fuerza que en el mes de Diciembre.

Entre las infinitas personas que acudieron á la montaña, hubo una que, poseida de una fiebre horrible, buscaba con avidez un rostro conocido entre los de los infelices que yacian en tierra.

Era Serapia.

Al fin y al cabo halló al hombre de cuyo amor y fidelidad estaba plenamente convencida, y al reconocerle se postró de hinojos ante él y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Un instante despues se vió sorprendida por un destacamento de soldados franceses, quienes burlándose de

su afliccion se apoderaron de ella para ofrecerla como una buena presa á su oficial.

A viva fuerza la conducian hácia el cuartel de Guardias.

Serapia estaba resuelta á morir antes que ser víctima de los inícuos planes de aquellos hombres.

Al estar ya cerca del cuartel pudo escaparse de sus manos y refugiarse en casa de un pintor.

Los soldados entraron en ella, y no solo volvieron á apoderarse de Serapia, sino de todos los que habitaban en dicha casa; pero la jóven habia logrado su intento.

Sin que nadie se apercibiera se apoderó de un frasco que tenia aguarrás, y al acercarse á ella dos soldados para sujetarla, les roció la cara con parte de aquel líquido, y comprendiendo que su belleza era la causa de aquella persecucion, vertió en su rostro una buena cantidad de aguarrás que quedaba todavía en el frasco

Su heroismo admiró á los circunstantes.

Conducida Serapia al hospital, sucumbió en él al poco tiempo, terminando de esta manera la historia de los dos protagonistas de este episodio.

CAPITULO XLIX.

Recuerdos de la guerra de la Independencia.

I.

Vamos á ofrecer á la consideracion del lector los principales episodios que sirvieron como de prólogo, por decirlo así, al alzamiento en algunas provincias españolas, apenas comprendieron por la pérfida actitud de los soldados de Napoleon y las inícuas alevosías cometidas por su general en jefe con los habitantes de Madrid las miras opresoras de aquel hombre tan grande y tan funesto.

Ya hemos presenciado la heróica jornada del Dos de Mayo.

Despues veremos á los aragoneses hacerse dignos de la gloria inmortal que alcanzaron para su nombre.

Observemos ahora cómo nació el patriotismo en otras provincias y los primeros actos debidos á aquel fuego, á aquel entusiasmo que, despertando á los españoles del letargo en que vivian, los convirtió en héroes.

II.

El mismo dia 2 de Mayo llegó al pueblo de Móstoles, muy próximo á Madrid, la noticia del atentado cometido en la córte por los franceses. El alcalde de aquel pueblo se hizo inmortal, declarando la guerra á los extranjeros, llamando á las armas á todos sus compatriotas para que se opusiesen á los designios del opresor.

Esta breve y enérgica declaracion de guerra fué remitida por el alcalde á todas las provincias, y como chispa eléctrica comunicó á todas ellas el fuego que la habia producido.

III.

«Las mujeres y los niños, dice un historiador, los mozos y los ancianos, arrebatados del fuego patrio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza.

»Renació España, por decirlo así, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus glorias pasadas, y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas, se presentaban á la imaginacion como las describia Velleyo Patérculo.

»El viajero que un año antes, prosigue, pisando los anchos campos de Castilla, hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de

nuevo hubiese vuelto á recorrerlos entonces, viéndolos llenos de gente de afanosa diligencia, con razon hubiera podido achacar á mágica trasformacion mudanza tan extraordinaria y repentina. Aquellos moradores, como los de toda España, indiferentes poco antes á los negocios públicos, salian ansiosamente á informarse de las novedades y ocurrencias del dia, y desde el alcalde hasta el último labriego, horrorizados con las muertes y tropelías del extranjero, prorumpian al oirlas en lágrimas de despecho.

. . . . . .

»Cuanto mayores é inesperados habian sido los últimos triunfos, más terrible y asombroso fué el público sacudimiento. La historia no nos ha trasmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y unánime contra una invasion extraña.

»Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera dirigido tan gloriosa determinacion, las más de las provincias se levantaron espontáneamente, casi en un mismo dia, sin que tuviesen muchas noticias de la insurreccion de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heróico.»

IV.

Hasta aquí el historiador. Vamos á demostrar la razon que le asiste para expresarse de este modo.

Apenas llegó al noble Principado la noticia de los sucesos del Dos de Mayo, se amotinó el pueblo en Gi-

jon, y no contentándose con esto, apedreó la casa del cónsul francés. No faltó quien hiciera correr el rumor de que aquel desacato habia dado lugar á que se dirigiera desde Madrid á las autoridades de Astúrias órdenes terminantes para castigar á los revoltosos.

Murat trasmitió á todas las provincias el bando que con motivo de la lucha del Dos de Mayo publicó en Madrid.

La Academia territorial, de acuerdo con el jefe militar de la provincia, reprodujo el bando, y este fué el principio del alzamiento en Astúrias. Los estudiantes le iniciaron, y todas las demás clases de la sociedad se apresuraron á secundarle. Sus gritos ensordecian la voz del pregonero.

—¡Viva Fernando VII! ¡Muera Murat! decian, y con sus gritos y su actitud obligaron á las autoridades á retroceder, quedándose sin publicar el bando.

Las personas más influyentes se reunieron para considerar despacio la situacion y ver qué partido deberian tomar.

Nacieron mil escrúpulos, llegando á apoderarse de la mayor parte de los conciliados el temor de que los ejércitos franceses tratasen de tomar venganza de sus acuerdos; pero en aquella ocasion no faltó un hombre de energía, el marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien oponiéndose á las medidas contemplativas, exclamó:

—Donde quiera que se levante un hombre contra Napoleon, tomaré un fusil y me pondré á su lado.

No hay para qué decir que sus palabras exaltaron á todos los conciliados.

V.

Murat no quiso enviar allí sus soldados; pero exigió á las autoridades españolas, con quienes se entendia, que acudiesen á sofocar la insurreccion de Astúrias.

El paraje que escogieron para dar el golpe de gracia fué Oviedo. El dia que debia llegar el general La Llave enviado por Murat, fueron llamados á la capital todos los que habitaban en los alrededores, y se encargaron de acaudillar á las masas D. Ramon de Llanes Ponte y D. Manuel de Miranda. Se habia convenido en que la insurreccion empezaria á las once, tocando á rebato las campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas vecinas. Por una equivocacion no resonó el toque de alarma hasta las doce; pero lo que hicieron los patriotas fué apoderarse de cien mil fusiles que habia en un depósito de la ciudad.

El general La Llave, digámoslo en honra suya, estaba de acuerdo con los sublevados, y pisando la potestad suprema afirmó la rebelion. Al dia siguiente declaró solemnemente la guerra á Napoleon, y el entusiasmo de todos los astures fué asombroso.

No todos los militares que formaban parte de las tropas acantonadas en Astúrias se adhirieron al alzamiento; pero los pocos que no lo hicieron llegaron á ser odiados de tal manera, que, para evitar desórdenes

y atropellos, la Junta de armamento y defensa que se nombró en Astúrias resolvió enviarlos fuera de los límites de la provincia. Hallábanse detenidos y los sacaron de la ciudad en un coche. Antes de salir de las puertas, comenzaron á gritar unas mujeres:

—¡Que se marchan los traidores!

Esto bastó para que cundiese la noticia, y los afrancesados cayeron en poder de los revoltosos.

VI.

Acto contínuo los condujeron al campo de San Francisco, extramuros de la ciudad, y los ataron á los árboles, disponiéndose á fusilarlos.

La Providencia quiso que no manchase la limpia página del heroismo asturiano la sangre de aquellos hombres.

Un canónigo corrió al lugar del suplicio, recordó á los que iban á sacrificarlos que no podian morir aquellos hombres sin recibir los Sacramentos; pidió que se los concediera; el pueblo accedió, y de esta manera pudo salvarles.

Los mismos que momentos antes estaban decididos á darles un ejemplar castigo, se alegraron despues de no haber cargado su conciencia con aquel peso.

En Galicia, el pueblo y los soldados fraternizaron, y los jefes que mostraron alguna resistencia sufrieron los efectos de la justicia popular.

Por desdicha, no en todas partes se verificó el alza-

miento sin horrores. El clero fomentó y sostuvo la llama del patriotismo.

A los pocos dias de la insurreccion, corrió la voz de que entraban los franceses en Galicia, y esto produjo graves desórdenes.

En Orense, un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor en la misma puerta de la Casa consistorial solo porque dijeron que era afecto á los franceses.

Más tarde hubo que lamentar el asesinato del bizarro general Filangieri.

En la provincia de Santander comenzó la insurreccion con el siguiente pretexto: un francés que residia en la ciudad y le llamaban Carreiron, envalentonado porque el mariscal Bessiéres habia enviado tropas francesas á la provincia, hizo ostentacion de su génio díscolo y se permitió dar un azote á un niño.

El padre de la criatura salió, como era natural, á su defensa; la riña atrajo gente; el ódio se manifestó, y todos los que formaban el grupo pidieron á voces que se prendiese, no solo al francés, sino á todos los demás franceses que se hallaban en Santander.

Tocaron á rebato las campanas, los tambores á generala; se dieron vivas á Fernando VII y mueras á Napoleon; en ménos de media hora se armó todo el vecindario, arrestó á los franceses, los condujo á la puerta de San Felipe y se formó la Junta de armamento y defensa del mismo modo que en las otras provincias.

Castilla siguió el ejemplo; pero, por desgracia, en algunas de sus ciudades se cometieron desórdenes.

El gobernador de Ciudad-Rodrigo fué asesinado por la plebe; en Madrigal, el corregidor y algunos alguaciles; en Valladolid fué arrestado D. Miguel de Ceballos, etc.

VII.

En el espacio de dos meses, España entera estuvo armada contra los invasores; pero donde el drama llegó á su mayor desarrollo, donde el más subido patriotismo produjo los horrores más espantosos, fué en Valencia.

Allí hubo héroes y mártires, víctimas y verdugos.

En la madrugada del 23 de Mayo se recibió en Valencia la *Gaceta de Madrid* del dia 20, en la que aparecieron las renuncias de la familia real en la persona del emperador de los franceses.

Solian reunirse las gentes del pueblo en un puesto de la plazuela de las Pasas, y un estudiante se encargaba de leer en alta voz las noticias de la *Gaceta*.

Formaba parte del corro un vendedor de pajuelas llamado *Francisquet*.

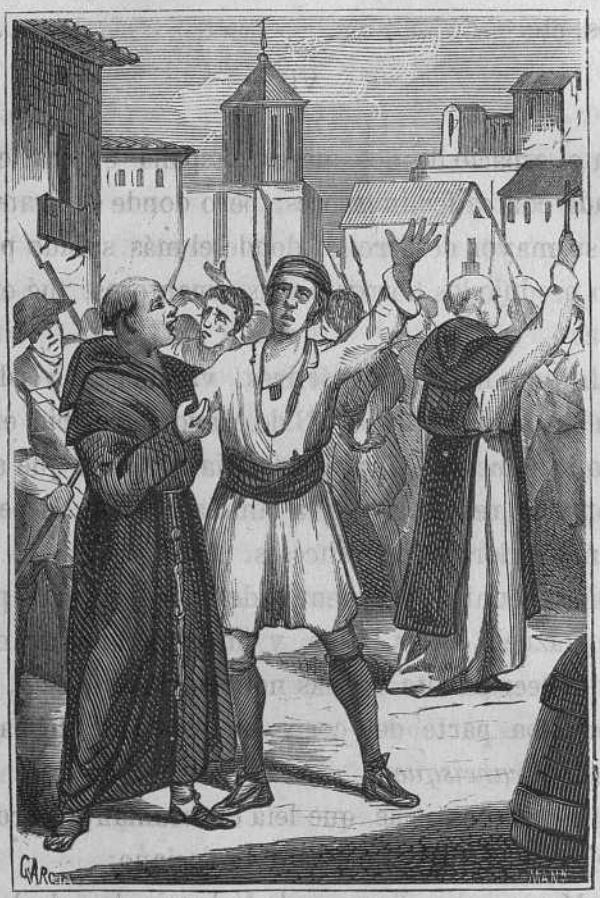
Al oir las noticias que leia el estuniante, ardiendo en ira exclamó en el dialecto valenciano:

—¡Mueran los franceses! Valencia les declara la guerra por mi boca.

VIII.

Sus palabras fueron acogidas con entusiastas aplausos.

Respondieron á su voz los numerosos oyentes, dice



El pajuelero de Valencia.

el autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, y corriendo con la velocidad del rayo, se repitió el mismo grito hasta en los más apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo agrupándose miles de personas, y acudieron en tropel á la casa del capitan general, que lo era el conde de la Conquista. En vano intentó este apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse sobre todo los amotinados muy apiñados y furiosos.

Faltábales caudillos, y allí por primera vez se les presentó el P. Juan Rico, religioso franciscano, el cual, resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia y resguardado con el hábito, que le santificaba á los ojos de la muchedumbre, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla é impedir que enervase esta su fuerza con el propio desórden.

Arengó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le escogieron para que llevase la voz. Excusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo, cediendo aquel, fué llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el Real Acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporacion y el P. Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acalorándose con la impaciencia los ánimos, asintieron las autoridades á lo que

de ellas se exigía, y se nombró por general en jefe del ejército que iba á formarse al conde de Cervellon, grande de España, propietario rico del país, aunque falto de las raras dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos reclamaban imperiosamente. Como el de la Conquista y el Real Acuerdo se habian sometido con repugnancia á tamaña resolucion, procuraron escudarse con la violencia, dando subrepticiamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con ahinco un envío de tropas que los protegiese. El pueblo, ignorante de la doblez, se recogió tranquilamente á sus casas la noche del 23 al 24. En ella habia tratado de sobornar á Rico el arzobispo, ofreciéndole una cuantiosa suma si queria desamparar á Valencia. Este pacto no se llevó á efecto por la honrosa repulsa del solicitado; se despertaron entonces los recelos, y en acecho los principales promovedores del alboroto, prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

IX.

Rico se habia albergado aquella noche en el convento del Temple en el cuarto de un amigo. Muy temprano, y á la sazon en que el pueblo empezó á conmoverse, fué á visitarle el capitan de Saboya, D. Vicente Gonzalez Moreno, con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque además de aunarse así las voluntades de militares y paisanos, tenía Moreno amistad con personas de mucho influjo en el

pueblo y huerta de Valencia, tales eran D. Manuel y D. Mariano Beltrán de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á deplorar los males que amenazaban á la pátria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurreccion. Conformes en sentimientos Moreno y Rico, meditaron el modo de apoderarse de la Ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente; habíase empeñado el pueblo en que se leyesen las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo; la balija que las contenia fué trasportada á casa del conde de Cervellon, y á poco de haber comenzado el registro se dió con un pliego, que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el Real Acuerdo se disculpaba de lo hecho y pedia tropas en su auxilio. Viendo la hija del conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo al intentar leerle le cogió, rasgóle en pedazos, y sin turbarse arrostró el furor de la plebe amotinada. Esta, si bien colérica, quedó absorta y respetó la osadía de aquella señora, que preservó de la muerte á tantas personas. Accion digna de eterno loor.

X.

En el mismo dia 24 y conforme á la conmocion preparada, pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la Ciudadela. Con pretexto de pedir armas

para el pueblo, se presentaron en gran número delante del Acuerdo, y como este contestase, segun era cierto, que no las habia, exigieron los amotinados para cerciorarse con sus propios ojos que se les dejase visitar la Ciudadela, en donde debian estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el baron de Rus, que era gobernador. Gran brio dió este suceso á la revolucion, tanto que sin resistencia de la autoridad se declaró el dia 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó en seguida una Junta numerosísima en que andaba mezclada la más elevada nobleza con el más humilde artesano.

La situacion, empero, de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos, que aun de plomo carecia; pero para suplir tan notable falta empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragata francesa cargada con 4.000 quintales de aquel metal, la cual, sin noticia del levantamiento, vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole caza un corsario inglés. A la entrada fué sorprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de fuerza, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del dia y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la Providencia y se ensanchó su ánimo alborozado.

XI.

Hasta ahora, en medio del conflicto que había habido entre las autoridades y los amotinados, no se había cometido exceso alguno. Sospechas nacidas del caso empezaron á empañar la revolucion valenciana y acabaron al fin por ensangrentarla horrorosamente.

D. Miguel Saavedra, baron de Albalat había sido uno de los primeros nombrados de la Junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparándose que no asistía, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el baron, odiado por el pueblo desde años atrás, en que como coronel de milicias decíase haber mandado hacer fuego contra la multitud opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia mientras durase el huracan que la azotaba, y se retiró á Buñol, siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga, todavía no bien cerrada, y el espíritu público se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la Junta que, pues había rehusado acudir á sus sesiones, se presentase arrestado en la Ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de Mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas en el mar del Poyo con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venía de Madrid. Por una ciega coincidencia, el de Albalat y el correo llegaron juntos, con

lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entonces, á pesar de sus vivas reclamaciones, cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la ciudad se adelantó á protegerle una partida de tropa al mando de D. José Ordoñez, quien á ruegos del baron, en vez de conducirle directamente á la Ciudadela, torció á casa de Cervellon, estravío que en parte coadyuvó á la posterior catástrofe, extendiendo la voz de su vuelta, y dando lugar á que atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amargado ya por los puñales de la plebe: aceleró hácia allí sus pasos el P. Rico, y vió al baron tendido sobre un sofá, pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podía ampararle en su desconsuelo: y con trémulo y penetrante acento le dijo: «Padre, salve Vd. á un caballero, que no ha cometido otro delito que obedecer la órden de que regresara á Valencia.»

Rico se lo prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon, fué en su busca; pero este, no menos atemorizado que el perseguido, se había metido en la cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deudo. Ruin villanía y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas había mostrado su hija.

Entonces el P. Rico, pidiendo el público desaforadamente la cabeza del baron, determinó con intento de salvarle que se le trasladase á la Ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno.

Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al pedestal del obelisco de la plaza. Allí al fin forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y sordo á las súplicas y exhortaciones de Rico, dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado baron, cuya cabeza, cortada y clavada en una pica, la pasearon por la ciudad. Difundióse en toda ella un terror súbito, y la nobleza, para apartar, toda sospecha, aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no deslucieron el esplendor de su cuna en empeñadas acciones.

XII.

Triste y doloroso como fué el asesinato del baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrorosa matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano.

Como si esto no fuera bastante, despues del heroismo inspirado por el sentimiento de independencia, produjo el fanatismo resultados espantosos.

El pueblo fué grande: sus caudillos inícuos.

La plebe frenética, dice un historiador, la autoridad popular floja por sí misma y aterrada en crísis tan lamentable, las armas en poder del populacho, los hombres más incultos y sanguinarios derramados á todas horas por la ciudad, los fanáticos labradores corriendo á la voz de venganza contra los impíos franceses, todo

presagiaba una catástrofe: en tan angustioso estado, y cuando habían sido encerrados en la Ciudadela para preservarlos del hacha de sus verdugos más de cuatrocientos franceses que pacíficamente ejercian la industria y el comercio, presentóse en la ciudad D. Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, hombre furibundo y travieso, hipócrita y apasionado admirador de los jesuitas.

Empapado en las máximas de sangre y destruccion, mónstruo con figura humana, representando en los templos indignas farsas de devocion y arrobamiento, y forastero, en fin, captóse el respeto de todos los asesinos, con quienes trabó estrechas relaciones. Comenzó el tumulto con el saqueo de las casas de comercio de los franceses, desde cuyos balcones tiraban á las calles ricos géneros de seda y lana, amontonándolos en la plaza del Mercado y de la puerta Nueva. Así desaparecieron inmensas fortunas, pasando centenares de familias de la opulencia á la miseria. Invadida despues la Ciudadela por sus satélites, difundido el rumor de que un ejército del imperio habia salido de Madrid y cruzando por la provincia de Cuenca se encaminaba á las márgenes del Túria, aparecio Calvo, cual otro Maillard en París, á la cabeza de los bebedores de sangre de Setiembre.

XIII.

«No, la naturaleza no habia criado tantos mónstruos para un solo dia, dice el elocuente Thiers. ¡Unicamen-

te el espíritu de partido puede extraviar tantos hombres á un mismo tiempo! ¡Triste leccion para los pueblos! ¡Creen en los peligros, juzgan que es preciso vencerlos, lo repiten, se enfurecen, y mientras que unos proclaman con ligereza que es necesario herir, otros hieren con sangrienta audacia!» Las comunidades de religiosos con el Santísimo Sacramento y las imágenes más veneradas corrieron á la Ciudadela á contener con su presencia la efusion de sangre; en vano ruegan y ponen ante los ojos de la embriagada multitud los objetos sagrados de la religion; el canónigo les incita con sus gritos de tigre á no soltar la presa, que ya devoraban con sus ojos. La imaginacion se asombra y el alma se estremece contemplando allí aquella lucha de los asesinos con los ministros del culto, y del Dios del cristianismo con el demonio de la destruccion. Oigamos cómo la pinta un contemporáneo testigo de vista: «No hay confesion. A pesar de esta voz sacrílega, que descendiendo de lo alto del baluarte llenó de escándalo y terror hasta el mismo vicio, la religion y la piedad emplearon toda su eficacia para que se les permitiera confesar. Confiésanse, en efecto, pero apenas se levantan de los piés del confesor, cuando cada uno de aquellos verdugos agarra su víctima y clava en ella repetidas veces el fiero puñal. Formábanse bien pronto montones de cadáveres, y todo nada en sangre. Cuantos, á su pesar, son espectadores de aquella horrorosa tragedia, todos experimentan en su alma los más vivos efectos de compasion y de ternura; la naturaleza

se queja del ultraje que se les hace con un suplicio que riega de sangre el pavimiento de aquellas estancias; los mismos asesinos, agitados de un estremecimiento involuntario, parece que se interesan á favor de aquellos infelices; solo el canónigo los ve sin estremecerse.» Y más adelante: «Pero en tanto que pasaba esto, los asesinos, cuyos brazos movian á la imperiosa voz del canónigo, sacan de la Ciudadela los ciento cincuenta y tres franceses que pudieron salvarse aquella noche tan á costa de los religiosos, con el pretexto de conducirlos á las torres de la puerta de Cuarte y tenerlos allí más seguros. Habíalo decretado así aquel inhumano jefe para llevar adelante sus ideas sanguinarias, y este decreto era irrevocable. En vano se le habia intentado persuadir que aquella conduccion era arriesgada entonces, porque la gente feroz que andaba á su rededor todavía respiraba estragos y el fuego de su cólera no estaba aun bien apagado; en vano se le dijo que la suspendiese hasta la noche, cuando el furor tal vez habria calmado ya; aquella alma inflexible, aquel hombre desapiadado, en cuya naturaleza de hierro no hacian mella los halagos ni las blanduras, no quiso ceder á las dulces reconvenciones de la humanidad. De hecho, la carnicería se multiplica, pues los sayones, á quienes bárbaramente habian encargado la conduccion bajo la equívoca promesa de perder antes sus vidas que permitir á nadie que los matase, apenas se ven fuera de los muros y llegan junto á la plaza de los toros, se avalanzan á la presa que anticipadamente devoraban con

sus miradas, y hacen el destrozo más bárbaro y cruel que pueda caber en la imaginacion.»

XIV.

El número de las víctimas inmoladas ascendió á cuatrocientos. La historia no ofrece en sus páginas un espectáculo tan atroz, porque el único delito que se les imputaba, horroriza el decirlo, era haber visto la luz en Francia, aun cuando hubiesen dado claras y patentes pruebas de no participar de las ideas que servian de base á la conducta del jefe de su nacion. Concluida la horrible matanza, presentáronse los asesinos á entregar los relojes y alhajas de que habian despojado á los muertos, y pidieron la paga de su trabajo para parecerse en esto tambien á los setembristas de Maillard. El magistrado D. José Manescau mandó al escribano dar á cada uno treinta reales, con la condicion de inscribir sus nombres y pueblos donde vivian para poder presentar la cuenta de la cantidad invertida. Parecióle este un ingenioso pensamiento para descubrir á los verdugos, sin ocurrirle que muchos infelices, atraidos por el cebo de la recompensa, acudirian á recogerla, suponiéndose matadores de los franceses. Y cuando sosegada la ciudad, preso el canónigo Calvo y sentenciado al patíbulo, se pensó en vengar la ley ultrajada, formóse un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres magistrados, para que juzgase á los reos que habian cometido tantos horrores en la Ciudadela.

La anarquía se habia apoderado de la patria é invadido hasta el santuario de las leyes. En vez de emplear las formas legales, servia de única é irrecusable prueba la inscripcion en la lista de que hemos hablado; á las dos horas de haber sido preso un desgraciado, ya no existia; sin defensa, sin pruebas, sin justificar siquiera la identidad de la persona. Hombre hubo que sentado ya en el suplicio, fué preguntado por su nombre; y conocido el error, se le desató y puso en libertad. ¡Desventurado! Ya habia sufrido la muerte, puesto que habia padecido sus mortales agonías. Así perecian agarrotadas veinte ó más personas cada noche en la cárcel, y al dia siguiente amanecian suspendidas de las horcas en las plazas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos, horrorizado con la muerte de algunos inocentes, acudió al tribunal, solicitó más detenimiento, más justicia; pero fueron despreciados sus ruegos y se le impuso silencio. Trescientos individuos de la sociedad fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal; á nosotros nos aterrorizan más los asesinatos jurídicos que los puñales del vulgo.

XV.

Borremos la impresion de estos recuerdos con una de las páginas más brillantes de la historia del patriotismo.

Dos cartas, una del general Sebastiani á Jovellanos, y otra de este á aquel, reproducidas aquí, serán el tes-

timonio vivo y el ejemplo elocuente de lo que era España á los ojos de los usurpadores y de lo que pensaban los españoles de corazon y de talento.

«Señor: La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España y por los de Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe saber que la España puede esperar el resultado más feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo génio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos hace se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la Constitucion que os ha dado el génio vasto y sublime del emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros y que la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera fe-

licidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos; sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso; hubiérais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todopoderoso en su infinita bondad os ha libertado de esta desgracia.

»Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion.—HORACIO SEBASTIANI.»

XVI.

Hé aquí ahora la respuesta de Jovellanos:

«Señor general: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sigue mi pátria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendeis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor

que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y su libertad contra una agresion tanto mas injusta cuanto menos debía esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo firmeza, y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerrra exige y encuentra en los más bárbaros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿A los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general, no os dejeis alucinar; estos sentimientos que tengo el honor de expresaros son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los propósitos que les atribuís son tan injuriosos como ajenos de

la generosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas las imploramos desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.

»En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que segun nos decís profesa nuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Este sería ciertamente un triunfo digno de su filosofía; y vos, señor general, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con voz en la comunicacion que me proponeis si la Suprema Junta central lo aprobase. Entre tanto, recibid, señor general, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso.

Sevilla 24 de Abril de 1809.—Gaspar de Jovellanos. —Exmo. Sr. General Horacio Sebastiani.»

CAPITULO L.

La inmortal Zaragoza.

I.

Hablemos de Zaragoza inmortal.

Los sucesos acaecidos en la ciudad con motivo de haber sido atacada y sitiada con el mayor empeño por el numeroso ejército de tropas francesas, son de tal naturaleza que exceden á cuantos presenta la historia.

Hélos aquí brevemente narrados por un testigo ocular en un notable manuscrito que se halla en mi poder.

El 17 de Mayo, á las doce y cuarto del dia próximamente, se divisó una nube que figuraba una blanca y hermosa palma, que, destacándose de un fondo azulado, y no ofreciendo á su alrededor sino otras pequeñas nubecillas, descubria con toda claridad la configuracion más concreta y de bastante extension.

Conmovióse todo el pueblo á la vista de aquel admirable espectáculo, y aunque se hubo disipado la nube, se redoblaron las súplicas, y la devocion, siempre viva en alma de los zaragozanos, tomó incremento, manifestando en aquella noche los fieles su gratitud con pú-

blicas y solemnes rogativas cual no se habian visto jamás.

Este suceso merece un detenido exámen para satisfaccion de las almas piadosas y confusion de las incrédulas.

II.

Hubo quien observó la nube, que, como ya hemos dicho, figuraba una palma desde el templo de Nuestra Señora del Portillo hasta el de la Vírgen del Pilar.

Por fin se disipó, habiendo sido su duracion de media hora.

Todos los que observaron la nube prorumpieron en un grito unánime:

—¡Es un milagro que se anuncia! dijeron.

Sin embargo, como la plebe está acostumbrada á hacer cierto abuso de una voz tan respetable, no faltó quien indicase que podia ser un fenómeno, aunque no dejaba de sorprender su aparicion.

Pero comprobado todo con lo ocurrido posteriormente, nadie ha dejado de confesar á boca llena que María quiso dar á entender á los zaragozanos su proteccion por medio de aquel anuncio, y asegurarles la victoria que tan gloriosamente lograron sobre sus enemigos.

En breve cundió la voz de tan singular acontecimiento hasta por los ángulos más remotos, y el pueblo siguió en sus oraciones sin comoverse.

Ocho dias despues, se vió á los paisanos dirigirse á

palacio del capitan general D. Jorge Juan de Guillelmi, y con la mayor armonía, aunque con intrepidez, pidieron las armas que se hallaban cerradas en el castillo de la Aljafería.

El 21 de Mayo se recibió en Zaragoza la órden para el nombramiento de diputados que debian ir á Bayona.

El 22 se notaron ya ciertas reuniones en los parajes más públicos, que indicaban ya lo que iba á suceder.

El 24 estaba la casa de Administracion de Correos, calles y plazas inmediatas cubiertas de un inmenso gentío.

En el momento en que se divulgó la violenta renuncia de Fernando VII, que traia la *Gaceta* de Bayona, sacó un estudiante su escarapela, y colocándola en el sombrero, exclamó:

—Está visto; el que quiera que me siga.

Y deteniéndole un artesano que escuchaba la lectura de la *Gaceta*, gritó:

—Vive Dios, que este negocio se ha de terminar con el puñal en una mano y el rosario en la otra.

III.

En breve todos se hallaron poseidos de iguales sentimientos y se dirigieron al palacio del capitan general, quien accedió por fin á las aclamaciones de la multitud, y fué conducido en brazos del pueblo al castillo donde se hallaban las armas.

Era tal el entusiasmo y calor del pueblo, que los que no pudieron tomar armas sacaron los cañones y cureñas, y en pocas horas montaron un sin número de piezas de artillería, operacion que en otras circunstancias hubiera costado muchos miles á un soberano; pero que por efecto del amor patrio fué ejecutada en poquísimo tiempo por aquella multitud ávida de gloria.

Los campesinos miraban con cierta complacencia aquellos instrumentos inventados para la destruccion de la humanidad, y los custodiaban con la exactitud que pudieran hacerlo los soldados mejor disciplinados.

Pasado el primer momento de efervescencia, observaron que les faltaba un jefe para dirigirles, pues sin él estaban seguros de que sus esfuerzos serian poco ménos que inútiles. En semejante estado todos aclamaron á Palafox, corriendo á buscarle y á prestarle sus homenajes.

Hallábase bien ajeno, por cierto, de tal nombramiento el Sr. D. José Palafox y Melci; pues retirado del bullicio de la córte, y sorprendido con lo que habia presenciado en Bayona, no hacia sino llorar en su retiro los males que auguraba para su amada patria; queria salvarla, pero como por sí solo le era imposible, se resignó á sufrir, presa de la más negra melancolía con el propósito de pasar el resto de sus dias en la torre llamada de la Alfranca.

De improviso vió llegar una tropa de paisanos armados, que con indescriptible alegría le rodearon, y

haciéndole saber cuál era la voluntad general, le proclamaron por su general y protector.

Palafox les hizo breves y profundas reflexiones sobre lo arriesgado del empeño, sobre la diversidad de padeceres, que podrian ocasionar una sedicion siempre odiosa, y por último les recordó la existencia de su antiguo general y aun la de su lugarteniente D. Cárlos Mori.

A pesar de cuantas reflexiones y argumentos empleó Palafox nada pudo convencer á la agitada muchedumbre, que se apoderó de él conduciéndole á la capital con festivas aclamaciones.

Palafox repitió de nuevo los graves inconvenientes que llevaba consigo una empresa superior á sus fuerzas, y propuso que se hiciese la eleccion por las autoridades y que estas señalasen una persona de su completo agrado.

Consiguió por fin que se reunieran los magistrados, y en el acuerdo general que se celebró en el dia de la Ascension procuró con enérgicas razones evadirse de un cargo tan delicado, expresando que por mucho que se esmerase en su cumplimiento nunca estaria á cubierto de la maledicencia, dispuesta siempre á turbar el órden y sembrar la discordia entre gentes que, por lo comun, se dejan llevar de las primeras impresiones.

Pero esta nueva resistencia de Palafox tampoco logra, no ya convencer á los zaragozanos, sino ni siquiera acallar por un instante la unánime aclamacion.

La delicadeza del negocio exigia una larga discusion, pero el inmenso gentío que esperaba con ánsia en la

plaza de la Seo y en las puertas de la Real Audiencia, no pudiendo contener su entusiasmo ni tolerar la pérdida de aquel tiempo precioso, empezó á demostrar su impaciencia con rumores que no dejaron de alarmar á algunas personas sensatas, las cuales, con objeto de evitar cualquier incidente, propusieron á los demás que subirian en comision á hacer presente la inquietud del pueblo al Real Acuerdo.

IV.

La proposicion fué aceptada.

Algunos sugetos distinguidos pidieron audiencia, que les fué concedida, y manifestaron que el pueblo estaba algun tanto conmovido esperando la decision; que el deseo general reclamaba á Palafox y que desearian poder anunciarles en breve que quedaba formalmente reelegido.

Poco tardaron en tener esta satisfaccion.

El grato nombre del nuevo jefe voló de boca en boca, y mil vivas acordes resonaron por todas partes.

Valvió Palafox á su casa rodeado de los magistrados y seguido de la muchedumbre, que redoblaba sus demostraciones de júbilo.

Inmediatamente dió las órdenes más eficaces con varios manifiestos que indicaban bien el fuego y entusiasmo de que estaba poseido.

V.

Por no cansar á los lectores omitimos el que en 31 de Mayo dirigió á los valientes aragoneses.

Baste saber que todos ellos excitaron más y más el ardor de los zaragozanos, que rayaba en frenesí.

De improviso apareció un sin número de gentes con su escarapela encarnada, que era la divisa abrazada por todos.

En aquella tarde, desde el niño hasta el anciano todos quedaron hechos militares, dispuestos á derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rey, y la multitud acudió en tropel al castillo para ver los cañones que el paisanaje habia extraido de la Aljafería y que custodiaba con tanta exactitud.

Era tal la impaciencia de los zaragozanos, que muchos valientes sintieron hervir su sangre y ambicionaban el momento de la lucha.

Entre tanto Palafox se ocupaba sériamente en la árdua empresa á que el cielo le destinaba, y conociendo las dificultades que tenia que superar en tan críticas circunstancias, no perdió un solo momento y tomó desde luego las disposiciones necesarias.

Dispuso, entre otras cosas, la convocacion de Córtes del reino y habiéndose despachado la circular se celebraron estas el dia 9 de Junio, aprobándose en ellas lo ejecutado y resolviéndose proclamar á Fernando VII con la debida solemnidad.

No se omitió trabajo alguno para organizar las tropas y poner la capital en estado de defensa.

Formáronse desde luego tercios de valientes aragoneses, que, ansiosos de volar al campo del honor, se instruyeron en el manejo de las armas y salieron en breve para las ciudades de Tarazona, Calatayud, Daroca y demás puntos, en número de cuatro ó cinco mil, para frustrar los planes del enemigo, y oponerse á su paso devastador.

VI.

Continuamente llegaban de los pueblos circunvecinos á Zaragoza miles de entusiastas patricios, á quienes se armaba sobre la marcha.

Cuando se trataba de darles instruccion y arreglar otras mil cosas necesarias, se supo que habian salido con direccion á Zaragoza algunas tropas francesas, que se aproximaban á marchas dobles y que muy pronto llegarían á Tudela.

Partieron varias compañías á aquella ciudad, bastantes para haber hecho una vigorosa defensa si hubieran hallado buena acogida; pero, por desgracia, sus habitantes no solo yacian en la indolencia, sino que, supeditados por jefes tal vez envilecidos por la intriga, se vieron en la dura necesidad de sofocar tan nobles sentimientos.

Sin embargo, algunos paisanos, amantes de su honor, supieron, leales cuando menos, evitar la ruina de los que acudian de Zaragoza.

Circulaban las noticias con una rapidez increible, y en el instante se supo que parte de las tropas enemigas habia pasado á Tarazona, cuyos naturales, no pudiendo defenderse por haber salido las suyas á unirse con las de Tudela, se vieron en la triste precision de ceder.

VII.

Entraron los franceses con su acostumbrado orgullo, y despues de haber destrozado las pocas armas que hallaron, dejándolos indefensos, de guerreros se convirtieron en traficantes, y se vió á los vencedores de Marengo hacer plaza y vender los trajes y ropas que tranquilamente y á placer robaron á sus aliados de Tudela.

Esta conducta, propia tan solo de salteadores, sirvió ya para dar á los zaragozanos una idea del carácter de sus enemigos.

Consternáronse los habitantes de Zaragoza al ver frustrados los primeros pasos y al reflexionar que con la rapidez del rayo iban á descargarse sobre ellos los franceses.

VIII.

En la noche del 13 de Junio, noche de horror y espanto, que no se borrará tan fácilmente de la memoria de los héroes zaragozanos, á las doce se oyó tocar ge-

nerala con la campana de la torre Nueva, cuyo sonido difundía un terror pánico.

De repente se vió ir, venir y moverse en todas direcciones á millares de personas, dirigiéndose unas al depósito de las armas y pidiéndolas con el mayor empeño, y otras á disponer lo necesario para una pronta expedicion.

Los pasos silenciosos de unos y otros, el ruido de los carros y los caballos, el estrépito de las armas, todo formaba una tétrica é imponente escena.

Una vez dispuestos, se reunieron en el campo llamado del Sepulcro, extramuros de la ciudad, y allí se encontraba al mozo junto al anciano, al soltero junto al padre de familia, al eclesiástico y al religioso.

Era un cuadro á la vez que imponente arrebatador y lleno de encanto.

Elegidos sus jefes, se distribuyeron de la mejor manera posible las compañías.

Dióse la señal y S. E. partió al frente de todos á las inmediaciones de Alagon.

Como la mayor parte de los que se reunieron para esta jornada eran personas mayores y bien acomodadas, y otras que por su nacimiento, educacion y costumbres no tenian la suficiente robustez, llegaron casi exánimes y agobiados por el calor.

Una parte de caballería del regimiento de dragones que se habia destacado para la descubierta, aseguró á los fatigados zaragozanos que podian descansar porque el enemigo estaba distante; pero cuando, confia-

dos en semejantes palabras, se iban á entregar á un ligero descanso para organizarse, se distinguió el ejército francés, el cual, desplegándose en toda la línea, no les dió lugar para defenderse, por lo que fué preciso, despues de una pequeña escaramuza, evitar un nuevo encuentro.

En este suceso, más desgracias ocasionó la premura de la partida, que por la reunion de hechos posteriores se ha visto que fué suscitada por algunos tumultuarios, que la destreza del grande ejército.

No dejó este de exagerar el suceso, pues los franceses se alimentan con las descripciones pintorescas y desconocen la verdad, pero bien pronto quedó confundida su altanería.

IX.

Se hallaba Zaragoza á la sazon como un desierto.

Reinaba en sus calles y plazas el silencio más profundo.

Las infelices esposas y madres no esperaban sino que se les noticiase la muerte de sus maridos y de sus hijos.

Amaneció el dia 15, y S. E., herido como estaba por un acaso, previendo una fatal consecuencia, á las nueve de la mañana, enarbolando una bandera blanca con la efigie de Nuestra Señora del Pilar, salió á reunirse con sus tropas dispersas, por si llegaba á ser invadida la capital.

Para formarse una idea, aproximada siquiera, de los

maravillosos sucesos ocurridos en el dia más célebre que pueden contar los zaragozanos, se hace indispensable referir aquí lo que constituia sus preparativos de defensa.

X.

Nadie ignora que esta ciudad se halla rodeada de hermosísimos paseos, que en varias calles ofrecen halagüeñas perspectivas; muchos edificios, ya de conventos, ya de torres y caseríos particulares; que estaba llena de flancos, que consistian en débiles tapiales; que sus puertas no eran de gran sesistencia, y que ofrecia mil puntos accesibles y peligrosos, para cuya custodia se hubieran necesitado ejércitos enteros.

En aquella mañana se cerraron á la parte del Ebro las puertas llamadas del Sol y de San Ildefonso hácia el Oriente, y la Quemada hácia el Mediodia junto al rio Huerva.

Las de Santa Engracia, Cármen, Portillo, Sancho y Angel permanecieron abiertas.

A la parte interior de sus umbrales habia uno ó dos cañones y algun obus, sin trincheras, fosos ni fortificacion alguna.

Como que la colocacion de estos cañones era obra del paisanaje, se divisaban dos en la plaza del Pilar junto á la puerta superior del templo metropolitano, tres en el Mercado, uno en la calle de Predicadores y así esparcidos por dentro del pueblo sin direccion.

Observado esto por algunos buenos patricios se hizo presente al ilustrísimo Ayuntamiento, quien comisionó á tres de sus iddividuos para que persuadiesen al pueblo, como lo hicieron, de la mala distribucion que se habia dado á las armas de defensa, manifestándoles que, en vez de servirles allí de utilidad alguna, les causarian destrozos de consideracion.

Cedieron á tan justas insinuaciones los paisanos y se volvió á practicar la distribucion de los cañones en esta forma.

Dos se colocarau en la puerta del Cármen, otros dos en la calle del Sol y otro en el cuartel de caballería, que se hallaba inmediato á la puerta del Portillo.

Hecha esta operacion, quedaron los artilleros en sus respectivos sitios con una limitada porcion de municiones y algunos pocos paisanos para resguardarlos.

XI.

Tal era todo el aparato y disposicion para recibir y detener á más de diez mil hombres que venian esparciendo el terror.

El invencible ejército se aproximaba erguido con sus figurados triunfos, satisfecho de la acogida que le habian prometido sus parciales y en la seguridad más completa de que sin el menor esfuerzo ni sacrificio conquistarian á Zaragoza.

Era digno de notarse el aire y continente de los ginetes y la arrogancia de los infantes, pues cubiertos los

primeros de cotas y morriones y enristrando disformes lanzas, parecia que era poco para ellos la atmósfera que les rodeaba y la tierra que pisaban.

Tan confiados estaban en su inevitable triunfo, que anticipadamente celebraron la vitoria, adornándose con sus mejores trajes y joyas las mujeres que les acompañaban.

Ya se sentía el ruido de las armas y el relincho de los caballos; todo era estrépito y confusion.

Algunos que voluntariamente habian salido y llegado á la Casa Blanca, volvian anunciando que se hallaban cerca los franceses y que iba á ser imposible impedir que entrasen.

Esta noticia, léjos de infundir el espanto, reanimó á los pocos ciudadanos que se hallaban con armas, y sin detenerse á considerar que no habia un jefe militar; que los artilleros no solo estaban á cuerpo descubierto sino que no podian atender al desempeño de todas sus funciones, y en fin, que no podian resistir tanta fuerza, se abalanzó cada cual donde le llamaba su destino y á las dos de la tarde se sintió romper el fuego con la mayor actividad en la puerta del Cármen.

Cayeron las primeras filas como las espigas á impulsos de la hoz, pero en el instante se vió ocupado su lugar por otras nuevas.

Los intrépidos saltaban por encima de los cadáveres, lanzándose frenéticos hasta la boca del cañon, pero no por eso tuvo mejor suerte su heroicidad.

Entre tanto, el paisanaje sostenia un fuego graneado

que hacia medir el suelo á muchos soberbios de los que arrostraban por todo con una temeridad increible.

Viendo los franceses que la resistencia era ya formal y que empezaba á costarles demasiado caro el empeño, procuraron rehacerse, y lejos de atacar de frente, trataron de desfilar unidos á las paredes, para huir así de la direccion del fuego y salirse de los cañones, que amenazaban destruirles.

Hostigados por sus jefes, que espada en mano les iban arengando, usaron para acometer de una estrategia que tal vez no tenga ejemplo en la táctica militar, y aunque en mucho tiempo no pudieron avanzar un solo paso, por fin, huyendo el cuerpo y aprovechándose del desórden, llegaron por intérvalos á internarse unos cien hombres, que con tambor batiente se dirigieron hácia la Misericordia y puerta del Portillo.

Bien pronto, sin embargo, fué abatido su orgullo por los labradores esparcidos á la sazon por dicho tránsito.

Al ver los franceses la tenaz persecucioon de que eran objeto, desorganizados y dispersos, trataron de huir por las puertas del cuartel de caballería; pero fué inútil, porque estaban completamente cercadas por los incansables y heróicos zaragozanos, que cayeron sobre ellos.

Con igual sistema y bajo tales procedimientos atacaron á un mismo tiempo las cinco puertas referidas y con la misma heroicidad fueron rechazados.

En vano procuraron los franceses sorprender el vigor

y actividad de los zaragozanos; en vano tambien se propusieron fatigarlos con su tenacidad.

El fuego se sostenia sin intermision; retumbaban las cercanías con el estampido del nuevo cañoneo y cada vez se aumentaba más y más la pérdida de los enemigos.

Activaban los heróicos defensores el tiroteo con tanto acierto, que á media tarde se vió que iba perdiendo el grande ejército mucho de su teson y que sus tropas sin órden andaban vagando de puerta en puerta haciendo inútiles tentativas.

La infinidad de arboledas que rodea á la capital, les proporcionaba un sin número de asilos, desde los cuales hicieron los mayores esfuerzos, siendo notable la ligereza de sus maniobras y la actividad de su fusilería, que apenas dejaba á los defensores tomar aliento.

Como que las disposiciones eran muy limitadas, se veia concluir por momentos la municion de los zaragozanos.

Pero muy lejos estuvieron de desmayar por tan peligroso incidente, pues con un calor y entusiasmo indescriptibles, al notar aquella falta se pusieron en movimiento mujeres y muchachos, los cuales recorriendo la ciudad se dirigieron unos á los almacenes á tomar pólvora y cartuchos; otros iban pidiendo metralla por las casas y ropas para tacos, y todos precipitadamente se dirigian donde les llamaba la necesidad.

Nada, pues, se omitió para completar la mayor resistencia de todas las puertas que atacaba el enemigo, y

hasta las mismas mujeres se presentaron junto á los cañones para ayudar á los intrépidos artilleros, animandoles con las frases más tiernas y poniendo en sus manos jarros de agua y vino porque no les era posible resistir más.

La serenidad con que semejantes heroinas se presentaron en medio del fuego, tomando algunas la mecha y aun tizones en su defecto haciendo las veces de los artilleros, fué un incentivo que acabó de acalorar los ánimos irritados, y redoblándose la energía comun, continuó con igual valor la defensa.

Los enemigos, desesperados, iban de puerta en puerta, sin saber dónde atacar ni de qué manera.

Las heróicas mujeres les decian sin cesar:

—¿Veis cómo la Vírgen nos asiste y nos favorece?

Algunas de ellas distribuian estampas de Nuestra Señora del Pilar, que los artilleros colocaban con la mayor devocion y alegría en sus sombreros.

Los franceses observaban en torno suyo los cadáveres hacinados y multitud de heridos próximos á espirar.

Su orgullo no podía tolerar aquellas pruebas de su vencimiento, y mientras se complacian los más crueles en hacer dar á muchos el último suspiro, los ambiciosos llevaban tras sí los muertos para despojarles y ocultar así mejor sus pérdidas.

No cesaban de atacar los batallones á las puertas, precedidos de sus jefes, que con su oficialidad y algunos soldados de á caballo, se presentaron á su frente enarbolando las banderas y haciendo resonar con bronca

voz el nombre del destructor comun, poniéndoles á la vista las águilas imperiales y recurriendo á todos los medios posibles para ver de sembrar el espanto en los heróicos defensores.

Los franceses se aproximaban con fiero continente y ánimo resuelto; en su semblante se descubría cierto aire de satisfaccion, porque las legiones francesas tenian la necia vanidad de apellidarse invencibles creyendo que á todas partes les acompañaba la vitoria, y que para conseguirla no necesitaban sino presentarse en el campo de batalla.

—¡Qué! decian, ¿es posible que retrocedamos ante unos cañones aislados, con unos artilleros indefensos y algunos labradores? ¿No debemos mirar todo eso como un juguete? ¡Adelante, adelante!

Y diciéndo esto, se arrojaron las nuevas huestes á carrera tendida hasta poner los caballos sobre el mismo cañon.

Pero en esto rompió felizmente el fuego y su boca vomitó mil muertes á la vez, confundiendo la loca osadía de los *invencibles* franceses.

Los muchachos, poseidos tambien del entusiasmo de aquellos heróicos defensores, penetraron entre la mortandad y uno de ellos logró arrancar una bandera, partiendo todos con la velocidad propia de sus años y gritando:

—¡Viva la Vírgen del Pilar! al que respondian con lágrimas en los ojos las piadosas mujeres, que por calles y balcones se agitaban, aunque llenas de confianza en

su patrona y prevenidas con cal, fuego, piedras y hierros para hacer la más vigorosa defensa.

Ya resonaban los vivas por todas partes, cuando se percibió de nuevo jugar con más calor que nunca la artillería; oyóse un fuego graneado y aterrador, y á la conmocion sucedió el más profundo silencio.

Al ver aquella tenacidad, los pusilámines creyeron cierta su perdicion y titubearon; pero los heróicos defensores cobraron mayor denuedo, y rechazando de nuevo á los invasores, llenaron el campo de cadáveres en disposicion de cortar el paso al enemigo.

Siguió, sin embargo, la pelea con indecible entusiasmo por una y otra parte, y los incansables zaragozanos, reforzados con una pequeña parte de voluntarios del regimiento de Aragon, dignos de todo elogio, se disputaban la honra de pelear, ansiosos de morir, si era preciso, por la más justa causa, y teniéndose por felices los que espiraban en medio del combate.

Cada hombre parecía un leon fiero cuando vé aproximarse al cazador que quiere quitarle sus leoncillos, y la idea de que defendian sus esposas, sus hijos y sus hogares los hacia tomar con más ardor la resistencia hasta que no hubiese en pié quien pudiera continuarla.

Y al acordarse de que su religion peligraba; que iban á perder su libertad y que de esto dependia el recuperar á su soberano, deseaban tener en sus manos todo el fuego del Etna para abrasar á tan viles opresores.

Sin embargo, estos peleaban con la mayor obstinacion é inmediatamente cubrian los puestos que dejaban los muertos ó heridos, y aunque estos tenian igual suerte, á la siete de la tarde duraba la pelea con los mismos síntomas que si acabara de principiarse.

Era inmenso el polvo y humo que llenaba la atmósfera de la heróica Zaragoza, y el funesto estampido del cañon, que continuamente dejaba sentirse, al par que a gritería y ayes de los moribundos, ofrecía la escena más triste y desgarradora que puede concebirse.

Nada inmutaba á los valientes defensores; obraban todos con el acierto y destreza que pudieran hacerlo los ejércitos más aguerridos, y destrozando cuanto se les ponía por delante, se sonreian de placer en medio de tan duras fatigas.

Furiosos los jefes enemigos, poseidos de cólera y sin comprender cómo una porcion de campesinos, insignificante en número al lado de los franceses, con unos míseros cañones, sin jefes ni órden, impedian el paso al innumerable ejército, y se lo impedian teniendo abiertas las puertas, lo que era más vergonzoso; alucinados por su orgullo y empujados por la ira que rebosaba en sus pechos, trataron de hacer un último esfuerzo.

Pero la misteriosa mano oculta que velaba por los zaragozanos hizo con admiracion general que se les viera retroceder, trémulos, aterrados y dispuestos á una precipitada fuga.

Un grito universal reconoció á la protectora que tan

visiblemente se mostraba y nadie dudó de la total victoria.

La noche puso término á tan reñido combate, y á las ocho, prevalidos de las tinieblas, se retiraron los franceses despues de un ataque de nueve horas consecutivas, arrastrando en su marcha con el mayor cálculo todos los cadáveres que les fué posible.

Las almas piadosas tributaron las más rendidas gracias á María, y los muchachos y mujeres presentaron hasta seis banderas, llevadas en triunfo por todas partes.

Iluminároнse las fachadas de las casas para celebrar aquella victoria, y muchos vecinos honrados llevaron á los artilleros y defensores, que no abandonaban su puesto por nada, los alimentos y refrescos necesarios para reparar sus fuerzas.

XII.

Así terminó el dia 15 de Junio, dia glorioso é inolvidable que dará fama eternamente á Zaragoza, poniendo á sus habitantes al lado de los héroes mas célebres de la antigüedad.

Una ciudad que tenia por muros débiles tapiales, las puertas abiertas sin tropas ni auxilios; en una palabra, indefensa, sorprendida por los sucesos de los dias anteriores, dispersa la mayor parte de sus ciudadanos, impedir la entrada á un ejército de diez á catorce mil hombres aguerridos y acostumbrados á vencer, es ver-

daderamente asombroso y debe recordarse siempre con orgullo.

Apenas se cerró la noche, cuando lejos de pensar en el reposo, se trató de pertrechar los puntos lo mejor posible, no cesando de preparar metralla y de tomar otras precauciones por lo que pudiera suceder.

El enemigo continuaba silencioso; se hallaba inmediato al puente de la Muela y dividido en cuatro divisiones.

Ni en aquel dia ni en los inmediatos se observó de su parte el más leve movimiento: tal fué el espanto que le infundieron las puertas de Zaragoza.

Los zaragozanos se ocupaban con ardor en multiplicar sus medios de defensa, y en las pequeñas escaramuzas que tuvieron aquellos dias rechazaron con igual energía á los franceses.

Estos mientras tanto hicieron varias correrías por las inmediaciones, sin abandonar tampoco el puente de la Muela, saqueando, incendiando y cometiendo toda clase de excesos.

Despues de ser robado y quemado el monasterio de Santa Fé dieron muerte al abad y algunos de sus monges.

Los pueblos de Cuarte, Cadrete, María y otros sufrieron atropellos semejantes, tal vez con objeto de que tales nuevas llevaran el espanto y desfallecimiento á los heróicos zaragozanos.

Admiraban estos la aparente calma del enemigo, pero la aprovechaban para disponer cuanto era necesario

á fin de no hallarse desprevenidos y contener nuevamente á los franceses.

XIII.

Ocho dias se habian pasado sin que lograse el invasor sobrecoger á los zaragozanos por medio de ataques repentinos y á horas irregulares. Siempre alerta aquellos heróicos defensores, les dispersaban sin dejarles ganar un solo pié de terreno.

De repente vieron los zaragozanos maniobrar al enemigo con mucha tenacidad en el punto de la torre llamada de la Bernardona, y en el acto tomaron las más activas y sérias medidas.

Trasladaron la pólvora de los almacenes de Torrero á la ciudad y fortificaron aquel punto, al cual no se habia aproximado aun el enemigo, y se expidieron comisionados á Lérida en demanda de artillería de grueso calibre, granadas y bombas.

Todo ofrecia un aspecto ventajoso, cuando el dia 27 de Junio, á las tres de la tarde, un espantoso ruido, mayor aun que el de cien cañones disparados á la par, hizo temblar y crujir todos los edificios, creyendo los habitantes que iban á quedar sepultados en sus ruinas.

Corrió la noticia de lo que habia ocasionado tan formidable detonacion y todos se dirigieron al sitio que les indicaban, y hallaron, llenos de admiracion y horror, el Seminario Conciliar derruido y hecho escombros.

Sospechando los franceses que aquella espantosa sacu-

dida fué ocasionada por haber volado algun repuesto de pólvora, intentaron aprovecharse de aquel incidente, suponiendo que estarian abandonadas las puertas; pero al llegar á ellas, la artillería les demostró que se habian engañado y pagaron su proyecto regando el suelo con su sangre.

XIV.

Al dia siguiente, á pesar de la resistencia que opusieron los zaragozanos, logró su enemigo apoderarse de las importantes alturas de Torrero, donde colocaron algunas baterías, por más que procuraron impedírselo sus contrarios.

En esto Palafox, que habia reunido parte de las compañías formadas de los primeros tercios con otras de línea y algunas de caballería que se le habian agregado, al hallar tomada tan buena posicion por los franceses, trató de llamar su atencion, pero aquellos se desentendieron.

Las puertas de la heróica Zaragoza llegaron á hacerse inexpugnables; pero los franceses tenian que apoderarse de la ciudad, fuera como fuese, y cuando los valientes defensores, al terminar el dia 30 y dadas las doce de la noche pensaban que pronto se retiraria el enemigo, al ver lo inútil de sus esfuerzos empezó este á bombardear desde Torrero y la Bernardona.

Las primeras granadas que despidieron de Torrero fueron á sepultarse en la corriente del Ebro; pero debi-

litando en seguida su impulso, se abrieron algunas camino por las bóvedas de la parte superior del templo de Nuestra Señora del Pilar de la fábrica antigua.

Llovian sin cesar de una y otra parte las granadas, destruyendo los edificios, y á media noche se veian caminar infinitas familias por las calles, que ignorando el partido que deberian tomar, decidieron salir por el puente de Piedra á la campiña, horrorizadas por el estrépito que ocasionaba la explosion de las granadas y la ruina de los caseríos.

Las madres, trémulas de espanto, llevaban á sus hijuelos ya de la mano, ya en su regazo, esperando el momento en que la muerte, que volaba en torno de Zaragoza, se los arrebatase impíamente.

En poco tiempo quedó destruida la parroquia de San Pablo, y todo lo que miraba frente á Torrero se vió envuelto en humo denso, advirtiéndose de trecho en trecho los tristes escombros de la desolacion.

Amaneció aquel dia lúgubre y los naturales miraron con rostro sereno y ánimo heróico el vil atentado del enemigo, cuidándose tan solo de socorrer á sus hermanos y enjugar las lágrimas de los infelices que habian experimentado las consecuencias de la explosion.

El bombardeo continuaba con tanta actividad que no dejaba respirar á los corazones, llegando á mil cuatrocientas las bombas y granadas que en veintiocho horas expidieron los franceses desde Torrero y la Bernardona, segun los partes del vigía situado en la atalaya de la Torre Nueva.

En aquel dia se experimentaron bien los desastres que la guerra ocasiona, y la ferocidad del enemigo llegó á tal extremo que en el acto del bombardeo atacó las puertas é hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso; pero quedaron frustrados sus intentos, porque el espíritu de los zaragozanos excedió entonces al de los mayores héroes.

Si en el dia 15 brilló la proteccion de la Virgen del Pilar y todos reconocieron la maravilla, en el momento del bombardeo desplegó su patrocinio para gloria de Zaragoza y confusion de los sectarios del mónstruo que habia jurado reducirla á cenizas.

Tanto es así, que aun cuando los edificios sufrieron bastante, las desgracias fueron de muy pequeña consideracion, cuando semejante bombardeo hubiera bastado para reducir á polvo, no solo la ciudad de Zaragoza, que por su antiguo caserío y posicion ofrecia la menor resistencia, sino la fortaleza más famosa.

Por todas partes resonaban las palabras, milagro, portento, maravilla; pues muchas fueron las que se experimentaron durante el bombardeo, habiéndose salvado casi todos los niños á pesar de caer las bombas cerca de sus cunas sin causarles la menor lesion.

XV.

Una hora antes de amanecer el dia 2 de Julio quedó todo en el mayor silencio; pero al rayar el alba, el enemigo, reuniendo sus tropas y figurándose que el bom-

hardeo habria consternado á todos los habitantes, trataba de pasar las puertas.

Nuevamente fueron rechazados con más energía que nunca, logrando ponerles en precipitada fuga.

Doce horas duró el sangriento combate, y al cabo de ellas los valientes defensores pudieron descansar de sus fatigas, cargados de gloria y de multitud de fusiles y mochilas, en las cuales no solo hallaron varias riquezas, sino tambien candeleros, patenas y hasta un manto, procedente todo sin duda del saqueo que habian verificado en las cercanías, que al momento se puso á la Vírgen del Portillo, llevando las demás alhajas á la iglesia del Pilar.

Las armas fueron presentadas á S. E., cuya satisfaccion fué extremada al ver cómo los hijos de Zarogoza conseguian cada dia y á cada momento una victoria, y al hallarlos incansables y dispuestos á derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rey.

Distribuyó infinidad de premios, y entre otros á la mujer de un artillero, que en la puerta del Portillo desempeñaba sus funciones dando fuego al cañon con una serenidad y destreza admirables.

Viendo el enemigo que las puertas eran inexpugnables, procuró aproximarse á varios puntos, y despues de muchas pérdidas logró situarse en los conventos de Capuchinos y de San José, inmediatos á ellas, como cosa de medio tiro de fusil.

La proximidad les hizo concebir el plan de dar un ataque por la noche, para ver si obtenian mejor éxito.

Dada la norma del ataque, el 17 de Julio, á las nueve de la noche, se dirigieron desde Capuchinos á la puerta del Cármen con el mayor sigilo para procurar ponerse bajo tiro cañon.

A pesar de haberlo observado los artilleros, guardaron el mayor silencio sin moverse de su sitio.

Ya se figuraban los franceses hallarse en posesion de las baterías y próximos á tocar el fin de sus desastres, cuando de repente rompió el fuego, haciendo caer á la mayor parte y estrellándolos, á pesar suyo.

Creyeron, sin embargo, los pocos que quedaban con vida que habria sido una leve pérdida, y cuando se disponian á atacar de nuevo, una segunda descarga de fusilería les impidió pasar adelante.

Escarmentados de este modo, permanecieron tranquilos hasta media noche, en que con más furiai ntentaron un nuevo ataque por las puertas de Santa Engracia, Cármen, Portillo y Sancho, pero en todas ellas hallaron la más firme resistencia.

El mal éxito que alcanzaron los franceses debia contenerlos; pero como Zaragoza debia tomarse á toda costa, aun cuando se sacrificase la Francia, siguieron en las noches sucesivas aparentando ataques falsos para despues hacerlos con todo vigor.

Por dos veces se empeñaron, durante aquellas noches, en asaltar el convento de los Trinitarios, pero siempre los heróicos zaragozanos les obligaban á retroceder abriendo profunda brecha en sus filas.

XVI.

Dueños los franceses de los conventos de Capuchinos y San José, como sabemos, se propusieron pasar el Ebro para sitiar á los zaragozanos, habiendo tanteado vadearle, en cuya operacion pagaron muchos con su vida.

Lo consiguieron al cabo, y con una maravillosa prontitud fabricaron un sólido y ancho puente para facilitarse paso.

Por fortuna la primera division de caballos que vadeó el Ebro se dirigió huyendo de los tiros de la batería colocada en las alturas de Juslibol y Torre de Ezmiz, hácia Villamayor, Zueza y otros pueblos, con lo que dieron lugar á los hijos de Zaragoza para fortificar las entradas del arrabal, que estaba del todo indefenso.

Aunque los labradores rechazaron por dos veces la infantería francesa en el campo de Ranillos, próximo al puente que habian fabricado, y llegaron á rodear á más de cuatrocientos, siendo ellos ménos número, vieron aparecer legiones enteras, sin saber por dónde, y les fué preciso ceder al torrente impetuoso de la fuerza y retirarse con precaucion.

Dirigiéronse los franceses á Juslibol, destrozando é incendiando los molinos y todo cuanto encontraban al paso.

Apoderándose tambien del puente Gállego, le dieron fuego, y en un momento se vieron rodeados de humo los heróicos defensores de Zaragoza, cortada toda co-

municacion, ardiendo los campos y sufriendo sin cesar choques á las puertas.

Mientras que ellos carecian de auxilios, el enemigo recibia incesantemente tropas en número considerable y municiones, y aunque por no ser una ciudad murada no tenia aquello el carácter ni podia ser un sitio formal, sin embargo, los franceses se colocaron á la vista de los puntos más importantes, impidiendo el paso á toda provision, bien fuese de boca, ya de guerra.

En esta situacion los zaragozanos recogieron el trigo y otros artículos de primera necesidad que guardaba el vecindario, amasándose pan de municion, que todos, hasta las personas bien acomodadas, comian con sumo gusto.

Se estaban esperando de dia en dia las tropas auxiliares que de todas partes iban para acudir á la defensa de los zaragozanos; pero estos, llevados de su intrepidez y sin aguardar refuerzo alguno, salieron el dia 29 de Julio con ánimo de batirse en campo abierto; sin detenerse á reflexionar la diversidad de fuerzas, reunieron el escuadron de cazadores de Fernando VII, compuesto de cincuenta plazas, otro de igual número del cuerpo de reserva, treinta voluntarios y de cuatrocientos á quinientos paisanos armados y les atacaron con la mayor osadía.

Los franceses se retiraron hácia el rio Gállego, en cuyas inmediaciones se hallaba emboscada una buena parte de ellos, y en tanto que los defensores de la independencia atacaban su retirada, notaron que de las al-

turas de Juslibol y San Gregorio se dirigian dos columnas bastante numerosas; les fué preciso dividir las pocas fuerzas con que contaban para hacerles frente, y antes de que se aproximaran las grandes columnas ya se habian recuperado los molinos, castigando con la mayor energía al enemigo, pues los heróicos zaragozanos avanzaban despreciando todo peligro.

Al ver la caballería francesa semejante destreza y que se pisoteaban las águilas imperiales, llegó á todo galope, aproximándose como á tiro de pistola á la de los zaragozanos, que permanecia oculta entre la arboleda; pero al divisarlos se arrojaron sobre ellos como tigres hambrientos, con un valor que no puede explicarse lo bastante, haciéndoles revolcarse en su sangre, y tocando á degüello hicieron huir vergonzosamente á carrera tendida á los franceses.

Esta expedicion merece figurar al lado de las más gloriosas, pues las pérdidas del enemigo fueron considerables, al paso que las de los zaragozanos, que componian un pequeñísimo número para luchar con ellos, solo fueron de un voluntario de Aragon y unos cuatro heridos, habiéndose apoderado de bastantes provisiones de boca y multitud de fusiles, mochilas y cajas de cartuchos.

Los labradores habian desplegado tambien un valor sin igual unidos al corto ejército de los zaragozanos.

XVII.

Apenas amaneció el siguiente dia, el enemigo, tantas veces cubierto de ignominia, juró la venganza más atroz, y despechados, más que atrevidos, se lanzaron con ímpetu sobre las avanzadas zaragozanas, que lograron, sin embargo, hacerles retroceder un buen trecho.

En esto llegó un escuadron de reserva de S. E. que causó gran destrozo en los franceses; pero como de las alturas de Juslibol y San Gregorio bajaban dos columnas en su auxilio que constaban de seiscientos hombres cada una y además otra que se hallaba de emboscada por la parte de Gállego, fué preciso á los zaragozanos retirarse hasta la torre del Arzobispo, desde cuyo sitio sostuvieron un fuego vivísimo, hasta que llegando una compañía de refuerzo del regimiento de Extremadura y la caballería volante, cargaron todos con el mayor denuedo sobre el enemigo.

Confiado este en sus extraordinarias fuerzas resistió el primer ímpetu, si bien les hizo titubear, pero al segundo se vieron precisados á sucumbir, maldiciendo en su agonía al ambicioso emperador que tanto daño les ocasionaba, dando igual cuenta la artillería volante de os que acudian en refuerzo de los franceses.

Su general, ébrio de coraje, les arengaba poniéndose al frente de ellos, pero los franceses reparaban más en sus vergonzosas derrotas que en los figurados triunfos que les pintaba su jefe y combatian enteramente á remolque.

Animóles de nuevo su general, pero una bala cortó su palabra y cayó exánime al lado de las infinitas víctimas sacrificadas á los manes del estúpido ambicioso.

Despues de tan espantosa lucha quedó el campo enemigo enteramente cubierto de cadáveres, siendo extraordinario el número de los heridos y bastantes los prisioneros.

Los fusiles, sables, mochilas y demás fueron tan considerables que hubo necesidad de entrarles á cargas por la puerta del Angel.

Las pérdidas de los heróicos zaragozanos fueron ocho muertos y doce heridos.

El pueblo, compuesto de ancianos, mujeres y niños, salió á recibir á los vencedores con una gritería inmensa, y los paisanos y soldados, cubiertos de sudor, sangre y polvo, se presentaron satisfechos completamente, sin acordarse de sus fatigas, por la plaza del Seo, llenos de victoria y precedidos del triunfo.

La madre pátria les recibió en su seno vertiendo lágrimas de inmenso placer, pues la vigorosa defensa que hicieron destrozando completamente á tan viles opresores, teniendo en cuenta su exíguo número, es superior á la decantada batalla de las Termópilas y á las célebres de la antigüedad.

El júbilo era inmenso, y entre algunas exclamaciones de esta especie, decia un labrador:

—El placer que yo experimento cuando rendido por las duras faenas del campo veo llegar á mi hija que me trae un vaso de vino fresco, no puede compararse

al que he disfrutado al contemplar cómo corrian los franceses.

XVIII.

Por espacio de quince dias se ocupo el enemigo en rehabilitar un camino cubierto, desde el convento de San José, por las orillas del rio Huerva, hasta las del Ebro, en las inmediaciones de la torre de la Bernardona, con objeto de formar allí sus baterías.

Como tenian que custodiar los zaragozanos multitud de puntos, no les era posible impedir la maniobra de los franceses, á pesar de hallarse demasiado cerca y de conocer sus marcadas intenciones.

El 1.° de Agosto arrojaron los franceses algunas bombas y granadas, desde el amanecer hasta las ocho, pero cesaron en dicha hora, y ni en el resto del dia ni al dia siguiente hicieron el más leve movimiento.

Pero amaneció el fatal y horroroso dia 3, empezaron á una los morteros, obuses y cañones, y el bombardeo se desencadenó con toda su furia diabólica, pues parecia que el infierno lanzaba sobre Zaragoza el fuego que la abrasaba.

Primero procuraron los franceses destruir los edificios mas próximos á las puertas, luego dirigir sus proyectiles al convento de San Francisco y en seguida al hospital general de Nuestra Señora de Gracia, en el que cayeron por la mañana varias bombas en las mismas salas de los pobres enfermos, siendo otros tantos prodigios, pues no les causaron el menor daño.

Causaba horror y despedazaba el alma ver á los infelices salir desnudos á la calle, cubiertos de palidez, arrastrando algunos sus camillas y clamando al cielo con lastimeros ayes.

XIX.

¡Crueles y más que bárbaros franceses! ¡El abrigo de la humanidad hubiera sido respetado por los sarracenos!

Asestar sus tiros contra el infeliz que yace en el lecho del dolor, complacerse en su extincion y precisarle á buscar un nuevo asilo, no lo hubieran hecho todos los tiranos juntos que han existido, pero lo han hecho los franceses.

Los celosos patricios trasladaron á los infelices á la Lonja de la Ciudad, entresuelos de la casa del ilustre Ayuntamiento, á la Real Audiencia y á otras casas inmediatas.

El destrozo fué completo y aterrador: el hospital general destruido; las inmediaciones de las puertas del Cármen y Santa Engracia reducidas á escombros; la hermosa calle del Coso convertida en ruinas; pues infinitas casas habia por tierra, y otras ardiendo á impulsos del fuego más voraz.

Aun no caia un edificio, cuando se sentía la explosion de otro, y por el aire volaban al mismo tiempo el fuego y la muerte, que parecian querer no dejar punto alguno donde refugiarse.

En efecto, así sucedia, pues el que iba huyendo llegaba á tiempo de presenciar cómo se hacia el funesto globo mil pedazos, sucediéndole igual fracaso si se refugiaba en otra parte.

Solo la justa confianza que todos tenian en Nuestra Señora del Pilar, cerciorados de lo ocurrido en el primer bombardeo, podia sostener á los zaragozanos; pues por mucho que se exagere, nunca se describirá con exactitud dia tan terrible.

Por la noche continuó con mayor intensidad el bombardeo. Las vírgenes tuvieron que abandonar su clausura, las huérfanas su recinto, porque los inícuos y bárbaros franceses dirigian con preferencia su encarnizamiento á los asilos de la virtud y la inocencia.

Por todas partes se veia traspasar las imágenes y os vasos sagrados para impedir que quedasen sepultados en los escombros; todos los semblantes estaban agitados, trémulos y sin accion para levantar los ojos del suelo.

XX.

Al amanecer el dia 4 no se respiraba en Zaragoza aire, sino fuego; el sol parecia ensangrentado, las nubes brotaban centellas, temblaban los edificios, los trozos de las torres y casas de alguna elevacion, impelidos por la bala rasa, se desplomaban con una fuerza parecida á la de la piedra que arroja la honda.

La mayoría de las bombas y granadas se dirigian á la batería de la puerta de Santa Engracia.

Menudeaban las bombas y granadas sin dejar maniobrar á los artilleros.

Aun no perecian unos, ya otros los reemplazaban.

Los defensores, apiñados en la puerta, se veian en la imposibilidad de herir á los que tan cruelmente los sacrificaban usando de la mayor cobardía.

Espiraban los valientes hijos de Zaragoza con toda la grandeza del heroismo, bien satisfechos del inmarcesible laurel que iban á conseguir.

Entre tanto el estrépito del combate era semejante al que produce un volcan al fermentar en sus entrañas los combustibles que forman luego ardiente lava, ó al que produciria una montaña que se abriese por medio de una explosion, volando por el aire formidables peñascos y dejándose oir un millon de estampidos.

Despues de ocho horas que se sostuvo tan nutrido fuego y la más inaudita defensa, el enemigo consiguió abrir brecha con objeto de apoderarse de la batería; pero ya los zaragozanos, con general admiracion, habian retirado los cañones.

Aprovechándose los franceses de la brecha que habian conseguido abrir en los heróicos zaragozanos, se lanzaron á un tiempo por el monasterio de Santa Engracia, y por la huerta que corresponde á la parte del convento de Santa Catalina, cerca de tres mil hombres.

Suspendiéronse por tres horas las operaciones; pero asediados los zaragozanos por todas partes, tuvieron al fin que ceder, y á las dos de la tarde se dirigieron los franceses á salir por San Diego á la calle de Santa

Engracia, y de esta á la del Coso, publicando que habian conquistado á Zaragoza.

¡Infelices, no habian calculado en toda su extension la heroicidad de los zaragozanos!

Cuando más envalentonados estaban los franceses, unos siete labradores salieron al encuentro del ejercito, y el primero que pereció fué el orgulloso jefe que los mandaba; pero como un jefe no podia quedar aislado, los labradores le hicieron todo el obsequio que se merecia matando al tambor y rodeando con una rapidez extremada su cuerpo de cadáveres.

A estos siete labradores se unieron muchos escopeteros y la fusilería empezó á hacer el fuego más activo; colocando además un cañon en la calle de la Parra y otro cerca de la plaza de la Magdalena, consiguieron hacer una completa carnicería, dejando muchos cadáveres tendidos por aquel trecho.

Confundidos los franceses al ver tan espantosa mortandad y que sus columnas desaparecian, trataron de rehacerse los dispersos y al primer paso dejaban de existir.

Si alguno se refugiaba dentro de las casas, allí encontraba su segura muerte.

Fueron desplegándose los demás hácia la Cruz del Coso y extendiéndose hasta el palacio del general Guillelmi, y no pudiendo refrenar por más tiempo sus instintos, se olvidaron del aparente carácter de guerreros y se entregaron al robo y al asesinato.

Robaron la tesorería, maltratando á cuantos opusie-

ron alguna resistencia; saquearon la casa del conde de Sástago, la de Aranda y demás principales, cometiendo todo género de atropellos y asesinatos.

Algunos zaragozanos de las parroquias de San Miguel y San Pablo, al ver semejantes excesos, subieron á las casas pidiendo venganza, y sepultando en el pecho de los franceses que encontraban sus bayonetas, teñidas ya en sangre, los arrojaban por los balcones con el mayor desprecio.

Los que al pronto no tuvieron el espíritu necesario para chocar con la muchedumbre, al considerar las infamias que cometian los invasores, empezaron á hacer el destrozo más horrendo que puede imaginarse, tanto por la calle del Coso como por las de Santa Fe y Cármen.

Otras ocho horas duró tan célebre combate, que dió una victoria más á los zaragozanos; pues aterrorizado el enemigo corrió á refugiarse al convento de San Francisco para hacerse fuerte.

Hacia ya más de diez y seis horas que estaban peleando los zaragozanos, y sin embargo, sin dejar unos de hacer fuego á los encastillados, otros cerraron las bocas calles, abrieron fosos y formaron en ellos sus baterías.

Ni las granadas, ni la bala rasa, ni la metralla que disparaba el enemigo desde sus baterías, colocadas en las calles de Santa Engracia y del Cármen, lograban suspender sus operaciones.

Llegó á apoderarse el terror del ánimo de los france-

ses hasta tal punto, que solo se presentaban por los torreones del convento ó por algunas troneras; pero el dia 6 fingieron querer entregarse para llevar á cabo sus inícuos planes.

La buena fué característica de la nacion inclinó á los zaragozanos á dar crédito á tan infame traicion, y don Pedro Hernandez, teniente coronel, su ayudante, don Simon Jimeno, y un religioso de San Ildefonso fueron á parlamentar con el enemigo.

No bien se presentó el ayudante Jimeno con una pica en la mano y en su lanza un pañuelo blanco, cuando fué traspasado por una bala junto á la cruz del Coso, aproximando la mecha al cañon para pagar así la hidalguía y buena fé de los nobles zaragozanos, que no esperaban traicion tan baja y atroz.

Tambien intentaron hacer lo mismo los cobardes franceses por el lado de Convalecientes; pero los defensores, en vez de pañuelo blanco presentaron uno rojo con las palabras *vencer ó morir*.

En medio de tales apuros, acudió en auxilio de los zaragozanos un batallon de voluntarios por las alturas de Villamayor, que, con los tercios formados en el partido de Huesca y Barbastro y un número extraordinario de catalanes, guardias walonas y suizos, componian un número de cinco á seis mil hombres, ahuyentando á su paso cuantos franceses habian pasado el Ebro.

Reforzados ya todos los puntos, se hizo la más heróica defensa, con particularidad en el convento de Santa Catalina y Hospital de Convalecientes.

Los franceses continuaron, sin ganar un solo paso, en la porcion de caserío que hay desde Santa Catalina á San Francisco, y desde este por San Diego y Santa Rosa hasta la puerta del Cármen, sin atreverse á romper por ningun punto ni á internarse en la ciudad.

Pero su ferocidad y su barbárie no estaban aun satisfechas.

El anciano, el párvulo y el adulto fueron pasados á cuchillo; el esposo vió perecer á su esposa, y ambos dieron, juntos tal vez, el último suspiro.

Los que salieron ilesos de aquellas atrocidades, conocidas tan solo entre salvajes, sufrieron el hambre, la sed y todos los horrores de la miseria.

El dia 12 observó el vigía de la Torre Nueva que habia partido hácia Alagon una columna de más de mil hombres conduciendo algunas piezas de artillería, lo que les indujo á crer en una retirada.

Sin embargo, atacaron varias veces enviando infinidad de granadas, pero sin causar el más leve daño, pues la mayor parte cayeron en la ribera del Ebro.

Siguieron el 13 las hostilidades, y por la noche, despues de entregar los franceses los prisioneros que tenian, incendiaron á Torrero y varias casas de la ciudad, y por último se sintio á cosa de las doce una explosion disforme que estremeció todos los cimientos, cuya causa fué el haber volado el monasterio de Santa Engracia.

Esta fué la señal de su fuga y la demostracion de la ira que sentian en su infame pecho.

Partieron aquella noche las tropas francesas precipi-

tada y desordenadamente, abandonando en su vergonzosa retirada muchos comestibles, pertrechos de guerra é infinitas piezas de artillería de todo calibre.

Quisieron ocultar entre la oscuridad, no la vergüenza, desconocida entre ellos, sino su soberbia y cólera, al reflexionar que, habiéndose presentado ante una ciudad indefensa, abierta, con más de veinte mil hombres entre caballería é infantería, fueron arrollados y vencidos siempre, por simples labradores sin práctica ni disciplina, y que despues de haber arrojado más de siete mil bombas y granadas en quince ó más ataques que intentaron por espacio de dos meses, no consiguieron otra cosa que aumentar el número de sus infamias y cobardías, dejando en el campo más de catorce mil franceses.

Esto llenó de coraje y despecho al jóven Lefevre y á Verdier, que, á pesar de sus juramentos y de las órdenes superiores, tuvieron que huir cabizbajos y taciturnos.

¡Triunfo sublime el de la inmortal Zaragoza; pero cuán costoso!

Ofrezcamos aparte el cuadro de uno de los episodios más notables de aquella epopeya.

CAPITULO LI.

—

El héroe de Santa Engracia.

I.

Al estallar la guerra contra los franceses desempeñaba el cargo de corregidor de Teruel el coronel don Antonio Quadros.

Vivia feliz al lado de su esposa y sus tres hijos, dos varones, contento de su suerte, ávido de servir al rey y á la patria.

La noticia del primer sitio de los franceses á la inmortal Zaragoza llegó á Teruel y produjo en sus habitantes la misma indignacion que en el resto de España.

Cada español sintió en su alma la levadura de un soldado, y por eso en pocos dias la España entera se puso en armas.

El corregidor de Teruel se informó de los detalles, admiró las proezas de los aragoneses, ardió en ira al saber la perfidia de los sitiadores, y obedeciendo á un noble y generoso impulso de su corazon, reunió cien soldados y trescientos paisanos, les confió su plan, que

no era otro que el de auxiliar á los valientes de Zaragoza, inflamó su espíritu, y poniéndolos inmediatamente en marcha, les ofreció guiarlos á la victoria ó á la muerte.

Corrió á su casa, comunicó poseido de viva emocion, á su adorada esposa el designio que habia concebido, estrechó en sus brazos á sus hijos, y llamó á su hija Cármen, niña entonces de ocho años.

La pobrecita, como si presintiera el inmenso dolor que iba á embargar á su familia, apenas oyó las primeras palabras de su padre, resolvió esconder las botas de montar del ilustre soldado, creyendo, con tan inocente ardid, evitar el peligro al autor de sus dias.

II.

Quadros partió con lágrimas en los ojos, porque dejaba la mitad de su corazon, y su esposa y sus hijos se despidieron de él con lágrimas tambien, lágrimas que en mucho tiempo iban á ser los horizontes de su alma.

El caudillo se reune á sus tropas, avanza con ellas, traspasa el Ebro á pesar de encontrarse cercada la ciudad por el enemigo, y penetra en Zaragoza el dia 3 de Julio.

Escuchen los lectores como uno de sus más ilustres descendientes (1) refiere la breve pero grandiosa epoya de su última campaña:

---

(1) La Excma. Señora Marquesa de San Miguel de la Vega, nieta del brigadier Quadros.

«Por sus distinguidos servicios, conocimientos militares y prendas políticas, habia sido nombrado á los 37 años el coronel Quadros corregidor de la provincia de Teruel, y desempeñó este importante cargo diez años con tal acierto y satisfaccion de sus administrados, que se ganó su afecto hasta el punto que el Ayuntamiento y Junta de gobierno de aquella ciudad se creyeron en el deber de manifestar al capitan general del reino de Aragon que la memoria de aquel quedaria para siempre grabada en los leales y agradecidos corazones de los habitantes de dicha ciudad.

»Llegó el momento de la accion y de la lucha, sonó la hora en que la independencia y la libertad de España necesitaron los esfuerzos de sus hijos, y con el espíritu que es solo propio de los corazones nobles y virtuosos, olvidó su posicion, sus intereses y su familia, y respondió voluntariamente al llamamiento de la patria, reuniendo una compañía de cien hombres, única fuerza militar que habia en Teruel, y trescientos veinte voluntarios que su prestigio reclutó en breves momentos, dirigiéndose con ambas fuerzas á Zaragoza.

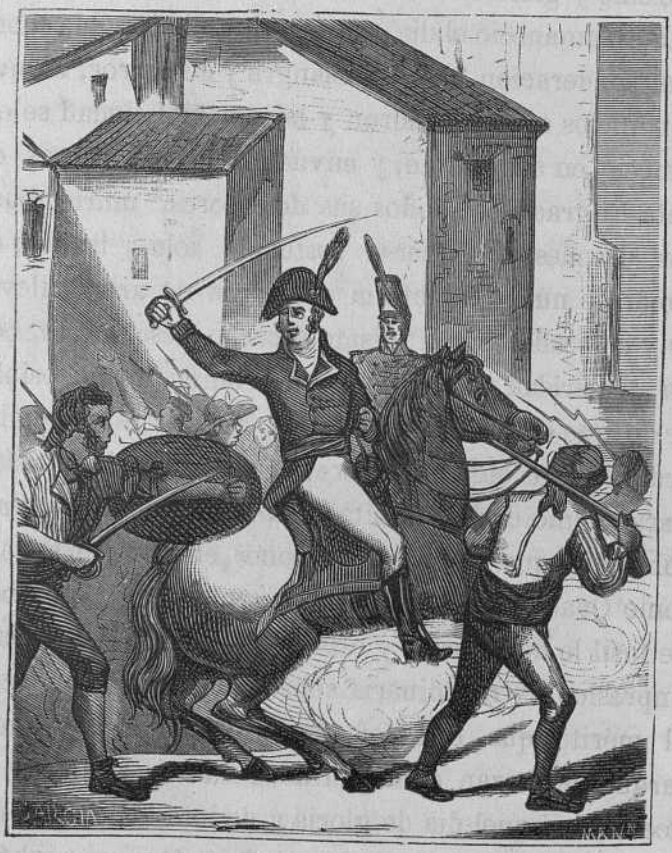
»El 3 de Junio á las cuatro y media de la mañana entró con ellas en Puebla, pues la gente que el gobernador de Daroca habia reunido para remitírsela se retiró á sus casas antes de agregársele, con cuyo ejemplo estuvo expuesto á que le abandonasen los suyos y en grandes apuros para continuar su marcha.

»El ejército francés oponia tambien nuevas y grandes dificultades á la realizacion de su idea, porque ocu-

paba el monte Torrero; pero su prestigio y dotes de mando vencieron el primer peligro, y su estrategia y táctica militar superaron el segundo, realizando una larga, difícil y penosa marcha, logrando pasar el Ebro y penetrar en Zaragoza con todos los suyos.

»Ya en la ciudad, se dedicó á su defensa con tal ardor, pericia, acierto y heroismo, que llamó particularmente la atencion del brigadier de los reales ejércitos, D. José Rebolledo de Palafox y Melci, capitan general del reino de Aragon y de su ejército, y mereció que le confiriese la comandancia de Santa Engracia, el punto más arriesgado, y al que señaladamente dirigia el enemigo sus ataques, y que lo nombrase brigadier de los reales ejércitos el dia 1.° de Agosto, empleo que, prévias las informaciones necesarias, confirmó el rey ocho años despues de su muerte, el 15 de Mayo de 1816.

»Imposible es detallar sus heróicos esfuerzos y las arriesgadas empresas que realizó con buen éxito, segun dijo Palafox, contribuyendo eficazmente á la prolongacion del sitio; por desgracia para la historia y la honra nacional, desaparecieron por completo los partes y diarios de guerra, dando lugar á que se pierdan en el olvido proezas y nombres que servirian de notable ejemplo al mundo; pero en aquella desigual y gigantesca lucha, ni los sucesos debian salvarse: pueden, sin embargo, deducirse por las indicaciones que hace el historiador de los dos sitios de Zaragoza, D. Agustin Alcaide Ibieca, en su concisa y elocuente obra compuesta y publicada poco despues de los acontecimientos, y



El brigadier Quadros momentos antes de morir combatiendo en Zaragoza.

por el constante cuidado con que añade siempre al hablar de Quadros los adjetivos de «valiente, denodado, impertérrito, etc.,» y de las declaraciones hechas por Palafox en el certificado que expidió para constatar su heroismo y gloriosa muerte.

»Pero amaneció el dia 4 de Agosto, dia terrible sobre toda ponderacion, fecha de sangre y de horror, en que los edificios se desplomaron y la inmortal ciudad se estremeció en su asiento, y envuelto en las ruinas de Santa Engracia con todos sus defensores, murió Quadros despues de haberse sostenido solo y tratado de formar de nuevo la batería con sacos de arena llevados y colocados por sí mismo á pecho descubierto, con una temeridad y arrojo que rayaron en lo imposible; por lo que el historiador citado refiere esta notable pérdida en las siguientes breves pero sentidas frases: «Para colmo de las infinitas desgracias que ocurrian, »sobrevino que al tiempo de poner el valiente D. An»tonio Quadros un saco *para formar batería*, una bala »de fusil le dejó yerto; y esta notable pérdida hizo una »impresion extraordinaria sobre todos los que conocian »el mérito que este jefe tenia contraido,» y que el marqués de Lazan consignara su muerte al referir los sucesos de aquel dia de gloria y de luto diciendo: «En »medio de aquellos tan denodados ataques, acabó su »vida gloriosamente el coronel D. Antonio de Quadros, »corregidor de Teruel y comandante que era del pun»to de Santa Engracia.»

»Y por último, los despachos de Palafox de 1.° de

Octubre de 1808, nombrando á los dos hijos varones de Quadros, D. Antonio María y D. José María, de seis y cuatro años de edad, abanderado agregado al tercer batallon de Reales Guardias españolas, y teniente del primer batallon de voluntarios de Aragon, respectivamente, con derecho á percibir desde luego el sueldo de sus empleos, concedidos por dicho general el mismo dia de la muerte de Quadros, y en que fueron confirmados por el rey el 1.° de Noviembre de 1814, prueban más elocuentemente que la palabra, la admiracion y el alto aprecio que los hechos de su padre inspiraron á los testigos presenciales y que interpretó el inmortal Palafox.

»La fecha, el sitio y la forma de su muerte correspondieron á la grandeza de su alma, ni sus restos pudieron recogerse para tributarles el último recuerdo de la vida, la tumba, y es que su glorioso destino le tenia preparada como premio de sus virtudes cívicas y militares la aureola de los mártires, y los mártires no tienen tumba porque viven en la memoria de los pueblos.

»Mas como no se derrama en vano la sangre por la pátria, ni han brillado jamás en el mundo, para apagarse eternamente, hechos de tan sublime abnegacion, algunos años despues, Zaragoza, la inmortal ciudad, daba el nombre del brigadier Quadros á una de sus calles; Galvez y Brambila, comisionados por el gobierno para grabar las ruinas de Zaragoza, dedicaban una lámina al comandante de armas de Santa Engracia, impresionados por su heroismo, que publicaban aquellas

ruinas y que aun calentaban sus cenizas. Más tarde distinguidos artistas han reproducido en el lienzo este hecho, que inflamó sus génios y arrancó la inspiracion de sus paletas; y por último, el ayuntamiento de Baeza pueblo que le vió nacer, «acordó declararle benemé»rito de aquella ciudad, y mandó colocar su retrato de »cuerpo entero en tamaño natural en el salon de sesio»nes de las Casas Consistoriales, con el fin de perpetuar »la memoria y conservar un recuerdo más vivo del »héroe que, inflamado del amor de su pátria, se sacri»ficó por ella, y para que su vista sirva de noble entu»siasmo y estímulo á sus conciudadanos.»

Esta página arrancada al olvido es la ejecutoria de una familia, y uno de los timbres de gloria de la España de 1808.

Las letras y las artes han eternizado la memoria de Quadros: su nombre, unido á los de Daoiz y Velarde, figurará siempre en primer término en el catálogo de los héroes y de los mártires de la independencia de España.

CONCLUSION.

El novelista propone y las circunstancias disponen.

De lo que nos proponiamos hacer á lo que hemos hecho hay gran distancia. Hemos reunido datos, tipos, sucesos y los hemos presentado sin órden ni concierto.

Circunstancias que no son para contadas, y nuestra insuficiencia, han sido causa de esta torpeza.

Pero de todos modos hemos ofrecido á la España de hoy, que pretende ser civilizada, la España de ayer sin civilizar, y hemos visto que los sentimientos de religion y de pátria convirtieron en grande y heróico al pueblo abyecto y bárbaro.

Alguna analogía hay entre ayer y hoy: solo un gran sacudimiento puede sacarnos de la postracion en que estamos. La religion y la pátria nos hicieron grandes y temibles, y aun pueden salvarnos.

El amor á la monarquía no ha podido borrarse ni se borrará de nuestra alma.

Los héroes de la independencia, vencedores, llamaron á Fernando VII, depusieron á sus piés sus laureles, y la entrada de Fernando VII en Madrid á su regreso de Valencey fué una prueba de que la religion, la pátria y el rey habian sido los móviles del heroismo de los españoles.

Fernando VII no supo pagar su deuda de gratitud, y con su conducta creó el liberalismo, que nos ha tenido y nos tiene en contínua agitacion desde entonces.

España ha perdido el carácter español, y solo podrá recuperarlo cuando, impulsados sus hijos por los mismos sentimientos, hagan de la religion, de la pátria y de la monarquía el punto de partida de su progreso, la base de su felicidad y el timbre de su gloria.

FIN.

Entrada de Fernando VII en Madrid á su regreso de Valencey.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

En brazos de la molicie.

		Páginas.
Capítulo i.	Una sirena de tierra.	1
ii.	Un negocio.	12
iii.	Donde Rufo empieza á ganar las peluconas.	24
iv.	Los enemigos domésticos.	30
v.	Donde se vé cómo el dinero por un lado y el peligro de sacar cardenales en las espaldas aguzan el ingénio.	36
vi.	De cómo se puede volver loco á un hombre que disfrute de cabal razon.	44
vii.	Donde Rufo sigue haciendo de las suyas.	54
viii.	Un cómplice más.	60
ix.	Lo que consiguen la ambicion, el talento y la gracia cuando toman la forma de una mujer bonita. . . .	72
x.	Donde se descubre la intriga. . . .	82
xi.	Entre toreros.	89
xii.	Palabras y papeles.	97
xiii.	Una visita al guardian de San Francisco.	103
xiv.	Una alegría inesperada.	110
xv.	Una píldora dorada.	116
xvi.	Lo que se hace por un hijo.	127
xvii.	Donde Pepe-Hillo y su mujer descubren que lo que les hace tragar la marquesa es una píldora.	134
xviii.	Lo que se puede oir desde una antesala.	144

Páginas.

CAP. XIX. Donde la marquesa y su convidado, queriendo divertirse á costa del prójimo, encuentran la horma de su zapato. 151
XX. En alas del amor y del deber. . . . 160
XXI. El militar y la novicia. 171
XXII. Corazon y cabeza. 179
XXIII. Sucesos históricos. 187
XXIV. La familia en 1795. 193
XXV. Una intriga disfrazada de caridad. . 201
XXVI. Severidad é hipocresía. 209
XXVII. Una conferencia en una celda. . . . 217
XXVIII. Medidas extraordinarias. 223
XXIX. Un mal corazon. 231
XXX. Una mujer muerta en vida. 238
XXXI. Una resolucion desesperada. 248
XXXII. Efectos de la intriga de la marquesa. 253
XXXIII. Donde Pepe-Hillo se desahoga. . . . 260
XXXIV. La curiosidad. 268
XXXV. Confesiones dolorosas. 276
XXXVI. Quien siembra vientos. 283
XXXVII. Generosidad y abnegacion. 293
XXXVIII. El amor y el amor propio. 301
XXXIX. El dia 11 de Mayo. 315
XL. El buhonero. 333
XLI. Una carta de recomendacion. 343
XLII. Intriga y amor. 349
XLIII. Un gran favor. 357
XLIV. Una inícua ingratitud. 365
XLV. La realidad de un sueño. 378
XLVI. Transicion. 392
XLVII. El verdugo. 397
XLVIII. El currutaco. 417
XLIX. Recuerdos de la guerra de la Independencia. 459
L. La inmortal Zaragoza. 483
LI. El héroe de Santa Engracia. 526
Conclusion. 531

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

Páginas.

Portada.

Colilla vió aparecer en la esquina de la calle de la Salud á una vieja apoyada en dos muletas. . 31

Ese que veis, dijo á los enmascarados, es el emisario del conde de Aranda. 64

Permítame V. E. que en señal de reconocimiento bese su mano. 102

¡Atrás! dijo Pepe-Hillo. 219

Juan tendió cariñosamente la mano á Sebastian Reyes. 502

Filiberto no pudo ménos de levantarse de su asiento. 584

Pedro Romero cae desmayado en los brazos de su padre. 696

Comenzaba por describir la suerte de frente ó á la *Verónica*. 745

TOMO SEGUNDO.

Yo te diré, truhan, lo que hace al caso. 51

Fray Celedonio y Fray Antolin miraron á la hermosa Paquita para admirar aquella obra de Dios, y de paso al rico chocolate que iba á servirles. 198

La marquesa de Lallana manifestó su indignacion á Filiberto. 291

Antes de comenzar la lidia oraban todos con verdadera fé. 315
Muerte de Pepe-Hillo. 318
Un sarao en Palacio. 394
Sin saber lo que hacia, porque Serapia le tenia hechizado, sacó la bolsa y pagó al mismo tiempo el tributo en amor y en moneda. 440
Fusilamientos del 3 de Mayo de 1808.. 457
El pajuelero de Valencia. 466
El brigadier Quadros momentos antes de morir combatiendo en Zaragoza. 529
Entrada de Fernando VII en Madrid á su regreso de Valencey. 532

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 228 | Precio de la obra..... .....

Estante . 1 | Precio de adquisición.. .....

Tabla... f | Valoración actuál..... .....

Número de tomos. .....

228.

PEPE-HILLO

2